



LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

Y LA HISTORIA LITERARIA DE ESPAÑA (I).



XXII.

Los periódicos diarios consagrados á la política, los semanarios de literatura y las revistas científicas constituyen un género de publicaciones que, si bien no carece de antecedentes históricos, puede decirse que sólo ha llegado á su completo desenvolvimiento en la edad contemporánea. Ya al comenzar el siglo presente se publicaba en Madrid una revista consagrada casi exclusivamente á la crítica literaria y científica, que se intitulaba *Minerva ó el revisor general*, dirigida, y en su mayor parte redactada, por un D. Pedro María Olive, cuyo nombre es ménos conocido que lo que en justicia merecía serlo. Todos los libros importantes que veían por aquel entónces la luz pública y las obras dramáticas que se representaban en los *coliseos*, que así se acostumbraba á designar los teatros en aquella época, se hallan juzgadas en las páginas de la *Minerva* con erudicion y criterio sereno é imparcial, aunque no muy elevado; demostrando don Pedro María Olive, autor de la mayor parte de estos juicios críticos, la variedad de sus conocimientos y su noble empeño

(1) Véanse las páginas 69 y 346 del tomo IX y la página 276 del tomo XII.

de contribuir con todas sus fuerzas al progreso de las letras y de la cultura patria.

También por aquellos tiempos la parte que se consagraba á la literatura en el *Diario de Madrid*, y las obras periódicas intituladas *El cajon de sastre*, el *Diario de los literatos*, las *Varietades de ciencias, literatura y artes*, el *Memorial literario* y algunas otras publicaciones, iniciaban ya ese género de literatura, que años más tarde ha adquirido tan gran desenvolvimiento en el considerable número de periódicos diarios y semanales y de revistas quincenales ó mensuales que en la actualidad ven la luz pública así en Madrid como en provincias.

Ahora bien, en esos millares de volúmenes que podrian formarse con las colecciones de diarios y de revistas que han aparecido en España en la primera mitad del presente siglo, se hallan gran número de artículos de crítica y de costumbres, de novelitas y cuentos; de estudios históricos, de relaciones de viajes; en suma, de trabajos pertenecientes á todos los géneros literarios, cuyos autores han muerto sin coleccionar sus escritos, y que por lo tanto sus nombres están casi desconocidos y olvidados, por más que algunos de ellos sean dignos de honorífica mencion en la historia de las modernas letras españolas. Tan sólo con recorrer las colecciones de *El Artista*, *El Iris*, el *Semanario Pintoresco Español*, *El Laberinto*, *La Semana*, el *Museo de las Familias*, la *Revista de Madrid*, *La Razon*, la *Revista Ibérica*, por no citar más que publicaciones muy conocidas, se vería el gran número de autores, que ya por haber escrito muy poco, ó ya por no haber coleccionado sus obras, apénas son conocidos, y que, sin embargo, merecían serlo; pues en sus escritos, pocos ó muchos, que el mérito literario no se ha de medir al peso, se revelan dotes literarias, ora de pensamiento, de erudicion ó de estilo, que les colocan muy por encima de algunas medianías universalmente celebradas.

Gran servicio á la justicia podría prestar la *Biblioteca de Autores Españoles*, consagrando un tomo, cuando ménos, que podría titularse: *Periodistas del siglo XIX*, á presentar reunidos los más notables trabajos de todos los géneros literarios que han aparecido en los diarios y revistas desde princi-

pios del siglo hasta el año de 1850, y que no habiendo sido coleccionados por sus autores, permanecen casi desconocidos para la mayoría del público, siendo en verdad dignos de mejor suerte. Creemos que con el nombre de periodistas puedan ser designados, no sólo los que han escrito los artículos de fondo propios de los periódicos diarios, si que tambien deben serlo los autores de los artículos de todas materias y aún los de las novelas y otros trabajos semejantes que se escriben con destino á llenar las páginas de una publicación periódica; si bien este nombre general de periodista, que podría definirse, el que escribe con alguna frecuencia en publicaciones periódicas, no impide el que despues sea clasificado el *escritor periodista*, segun el género á que sus obras pertenezcan. Exponemos nuestras ideas acerca de este particular, para poner en claro la amplitud que permite el título de *Periodistas del siglo XIX* que ántes indicamos, pues bajo este título, segun nuestra opinion, podrían coleccionarse todos los escritos que se hallan en diarios y revistas, siempre que reuniesen las condiciones que ya dejamos suficientemente indicadas.

XXIII.

Para que se forme una idea de lo que debería ser la *Biblioteca de Autores Españoles* en su relacion con la historia literaria de nuestra patria, presentaremos el cuadro general de las secciones en que habría de considerarse dividida la colección total de las obras en ella publicadas, añadiendo las que nosotros, en el curso de este escrito, hemos indicado que debían publicarse, y aún haciendo algunas otras adiciones que procuraremos justificar en la misma exposicion del pensamiento que ahora vamos á presentar en sus líneas generales.

Completando la *Biblioteca de Autores Españoles*, desde la *formacion del lenguaje hasta nuestros dias*, segun el plan que hemos seguido en el presente escrito, debe comprender no tan sólo las obras pertenecientes á los géneros puramente literarios, épico, lírico y dramático, sino tambien al género histórico, á la filosofía, á la teología racional y á las ciencias mo-

rales y políticas, comprendiendo en esta última calificación á la didáctica militar. Además, según nuestro juicio, las obras más modernas que formen parte de la *Biblioteca*, deben de haber aparecido en la primera mitad de este siglo, sin que este límite sea tan preciso que pueda figurar en ella una obra publicada en Diciembre de 1850, y no otra publicada dos ó tres años después.

Bajo estas bases podría formarse el catálogo de las obras que compondrían la *Biblioteca de Autores Españoles*, en la forma siguiente:

SECCION DE POESÍA ÉPICA Y LÍRICA.

Poetas castellanos anteriores al siglo XV.—Un tomo, ya publicado.

Poetas épicos y líricos del siglo XV.—(Jorge Manrique, el marqués de Santillana, D. Juan II, D. Alvaro de Luna, Juan de Mena, D. Alonso de Cartagena, etc., etc.) Uno ó dos tomos, aún no publicados.

Poetas líricos de los siglos XVI y XVII.—Dos tomos, ya publicados.

Poetas líricos del siglo XVIII.—Tres tomos, ya publicados.

Antología de poetas épicos y líricos de la primera mitad del siglo XIX.—(Espronceda, Zorrilla, D. José Joaquín de Mora, Mauri, el conde de Cheste, Buzarán, Enrique Gil, Ros de Olano, Pastor Díaz, Príncipe, Villergas, doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda, Cabanyes, Tapia, Ochoa, García Tassara, Arolas, Carolina Coronado, el duque de Rivas, Romero y Larrañaga, Martínez de la Rosa, Breton de los Herreros, el duque de Frias, Bermudez de Castro, García de Quevedo, etc., etc.) Uno ó dos tomos, aún no publicados.

Elegías de varones ilustres de Indias, por Juan Castellanos.—Un tomo, ya publicado.

Romancero general, de D. Agustín Durán.—Dos tomos, ya publicados.

Romancero y cancionero sagrado.—Un tomo, ya publicado.

Poemas épicos.—Dos tomos, ya publicados, que comprenden

las obras de este género escritas en los siglos XVI, XVII y XVIII. Quizá, y sin quizá, debiera formarse para completar esta sección uno ó dos tomos en que se coleccionasen las mejores composiciones que se hallan en los cancioneros de Baena, de Estúñiga, etc., tomos que pudieran llevar por título *Cancionero general*.

SECCION DE POESÍA DRAMÁTICA.

Dramáticos anteriores á Lope de Vega ú Orígenes del teatro español.—Con uno de estos dos títulos se deberían coleccionar en dos ó tres tomos las principales obras de Juan del Encina, Gil Vicente, Lúcas Fernandez, Torres Naharro, Lope de Rueda, Carvajal, Jerónimo Bermudez, Lupercio Leonardo de Argensola, Cervántes y otros varios autores dramáticos que literariamente hablando son anteriores á Lope de Vega, aunque algunos de ellos fuesen contemporáneos suyos en esta vida terrena.

Comedias escogidas de frey Lope Félix de Vega Carpio.—Cuatro tomos, ya publicados.

Comedias de D. Pedro Calderon de la Barca.—Cuatro tomos, ya publicados.

Comedias de D. Juan Ruiç de Alarcon.—Un tomo, ya publicado.

Comedias escogidas de fray Gabriel Tellez.—Un tomo, ya publicado.

Comedias escogidas de D. Agustin Moreto.—Un tomo, ya publicado.

Comedias escogidas de D. Francisco de Rojas.—Un tomo, ya publicado.

Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega.—Dos tomos, ya publicados.

Dramáticos posteriores á Lope de Vega.—Dos tomos, ya publicados.

Teatro del siglo XVIII.—(Aquí debieran coleccionarse las obras dramáticas de Montiano, Huerta, Trigueros, Iriarte Forner, Cienfuegos, doña Rosa Galvez, Meseguer, Vargas

Ponce, el duque de Híjar, etc., etc. Los sainetes de D. Ramon de la Cruz y alguna muestra de lo ménos malo entre lo que escribieron Comella, Arellano, Zavala, Valladares, etc., etc.) —Uno ó dos tomos, aún no publicados.

Antología de poetas dramáticos de la primera mitad del siglo XIX.—Gil de Zárate, el duque de Rivas, Breton de los Herreros, Martinez de la Rosa, Hartzenbusch, doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda, García Gutierrez, Romero y Larrañaga, Muñoz Maldonado, Castro y Orozco, Flores Arenas, Diana, el marqués de Molins, D. Ramon de Navarrete, Zorrilla, Príncipe, D. José María Diaz, Florentino Sanz, D. Eusebio Asquerino, Valladares y Garriga, García Doncel, etc. Dos ó tres tomos, aún no publicados.

Autos sacramentales.—Un tomo, ya publicado.

SECCION DE NOVELISTAS.

Orígenes de la novela en España y novelas pastoriles.—Don Enrique de Aragon, D. Alvaro de Luna, Juan Rodriguez del Padron, Diego de San Pedro, Jorge de Montemayor, Gil Polo, etc., etc. Dos tomos, aún no publicados.

Novelistas anteriores á Cervántes.—Un tomo, ya publicado.

Obras de Cervántes.—Un tomo, ya publicado, que debiera titularse *Novelas y poesías líricas de Cervántes*, puesto que en él no se hallan las obras dramáticas del autor del *Quijote*.

Novelistas posteriores á Cervántes.—Dos tomos, ya publicados. Aquí debemos llamar la atencion acerca de que los novelistas contemporáneos de Cervántes no aparecen en los títulos de esta coleccion, aunque en verdad sea dicho sus obras de ella forman parte.

Novelistas del siglo XVIII.—Torres Villaroel, Montengon, Mor de Fuentes, D. Fernando Gutierrez de Vegas, autor de una curiosa novela titulada *Los enredos de un lugar*, que puede considerarse como un ensayo del moderno género realista en su grado de mayor exageracion, Trigueros, D. Pedro María Olive, etc., etc. Un tomo, aún no publicado.

Novelistas de la primera mitad del siglo XIX.—Espronceda, Larra, Escosura, García de Villalta, Lopez Soler, Ros de Olano, Martinez de la Rosa, D. Gregorio García de Miranda, autor de *El primogénito de Alburquerque*, D. Serafin Estébanez Calderon, el conde de Fabraquer, D. Manuel Juan Diana, Enrique Gil, doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda, D. Ramon de Navarrete, D. Antonio Hurtado, D. Gregorio Romero y Larrañaga, Navarro Villoslada, Salas y Quiroga, D. Juan de Ariza, Tenorio, etc., etc. Dos tomos, aún no publicados.

Libros de caballerías.—Un tomo, ya publicado. Quizá debiera añadirse aún otro tomo de este mismo género de escritos.

SECCION DE HISTORIA.

Historiadores primitivos de España.—*Historiadores provinciales.*—*Historiadores de ciudades.*—*Historiadores de las órdenes religiosas.*—*Escritos biográficos.*—Tales debieran ser los títulos de una serie de tomos de la *Biblioteca de Autores Españoles*, cuyo número no nos aventuramos á fijar, en que se coleccionasen las obras históricas de Estéban de Garibay, Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales, Abarca, Zurita, el príncipe de Viana, Cascales, Ortiz de Zúñiga, Colmenares, el P. Yepes, Fr. José de Sigüenza, Fernando del Pulgar, Diaz de Gamez, el P. Martin de Roa, Vargas Ponce, Mayans, etc.

Obras del P. Juan de Mariana.—Dos tomos, ya publicados, en los cuales se halla, como es natural, la *Historia de España* de este célebre jesuita.

Historiadores de sucesos particulares.—Dos tomos, ya publicados.

Historiadores primitivos de Indias.—Dos tomos, ya publicados.

Crónicas de los reyes de España desde Alfonso X hasta los Reyes Católicos.—Tres tomos, ya publicados. Parece que esta coleccion de crónicas debiera completarse reimprimiendo las obras de los autores que se han ocupado de relatar la historia

de los reyes de la Casa de Austria y de la de Borbon, hasta Fernando VII inclusive.

Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, por el conde de Toreno. Un tomo, ya publicado.

SECCION DE HISTORIA Y PRECEPTIVA LITERARIA.

Preceptistas, historiadores y críticos literarios.—En dos ó tres tomos pudieran coleccionarse, segun ya dijimos, las más importantes obras, pertenecientes á los géneros que en el título se indican, del marqués de Santillana, de Fernando de Herrera, Juan de la Cueva, Jimenez Paton, Velazquez, el P. Sarmiento, Luzan, Forner, Mayans, Lampillas, Marchena, Silvela, D. Vicente de los Rios, Lopez Sedano y otros muchos que sería prolijo enumerar.

SECCION DE OBRAS RELIGIOSAS Y FILOSÓFICAS.

Escritores místicos.—Como ya hemos dicho en otro lugar, así debiera intitularse el tomo que contiene las obras de San Juan de la Cruz, Malon de Chaide y Fr. Fernando de Zárate, que hoy absurdamente se titula *Escritores del siglo XVI*, y en otro volúmen semejante debieran coleccionarse las obras de Avila, Estella, Alonso Rodriguez, Nuremberg, etc., etc.

Obras del V. P. M. Fr. Luis de Granada.—Tres tomos, ya publicados.

Escritos de Santa Teresa de Jesus.—Dos tomos, ya publicados.

Obras de Fr. Luis de Leon.—Así debiera titularse el segundo tomo de lo que hoy lleva por título *Escritores del siglo XVI*.

Escritores anti-católicos.—Dos ó tres tomos en que se comprendiesen los principales escritos de nuestros heresiarcas de la Edad Media, de los protestantes españoles de la época del Renacimiento y de nuestros pensadores racionalistas de los tiempos modernos.

Obras filosóficas.—Titulando así el tomo que hoy se llama *Obras escogidas de filósofos*, en otros dos tomos semejantes debieran publicarse las obras de Fox Morcillo, Gomez Pereira, Perez y Lopez, Forner, Suarez, Soto, Ayala, Arteaga, Piquer, Lapeña, etc., etc.

Obras filosóficas de los musulmanes y judíos españoles.—Averroes, Maimonides, Avicbron, etc., etc.) Dos tomos, aún no publicados.

SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

Obras de Saavedra Fajardo y de Pedro Fernandez de Navarrete.—Un tomo, ya publicado.

Políticos y economistas.—En tres ó cuatro volúmenes debieran coleccionarse las obras de los autores españoles que han cultivado estos ramos de las ciencias políticas y morales.

Tratadistas de milicia.—(El Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Palacios Rubios, Sala y Abarca, D. Bernardino de Mendoza, Rojas, Cristóbal Lechuga, Vargas-Machuca, Escalante, Álava, Eguiluz, D. Sancho de Londoño, Diego de Salazar, D. Vicente García de la Huerta, D. Ramon de Salas, Jimenez Donoso, D. Vicente de los Ríos, etc., etc.) Dos ó tres volúmenes, aún no publicados.

SECCION DE ORATORIA.

Obras oratorias.—Dos ó tres volúmenes en que debieran coleccionarse, desde los más antiguos monumentos de la elocuencia española, hasta los discursos dignos de memoria que se han pronunciado en el Parlamento español durante la primera mitad del siglo presente.

Añadiendo á las obras incluidas en las secciones en que hemos considerado dividida la *Biblioteca de Autores Españoles*, los tomos en que se hallan los escritos de Jovellanos, Quevedo, el P. Isla, Quintana, los Moratines, Feijóo, el Conde de Floridablanca y el P. Rivadeneyra, el *Epistolario español*, el vo-

lúmen titulado: *Curiosidades bibliográficas*, el de *Periodistas del siglo XIX*, que há poco indicamos, y quizá algun otro consagrado á las narraciones de viajes (Ruy Gonzalez de Clavijo, Pedro Tafur, Lafuente, Mesonero Romanos, Ochoa, el Conde de Fabraquer, Segovia, el Marqués de la Córte, etc., etc.), creemos que aparecería el cuadro completo de la cultura española en lo referente á la esfera de la literatura y de las ciencias filosóficas é históricas, que con ella guardan estrechas relaciones y permanentes afinidades.

XXIV.

Tratando el erudito catedrático D. Manuel Milá y Fontanals, en sus *Principios de literatura general*, de las obras que deben de consultarse para adquirir exactos conocimientos en la historia de nuestra literatura nacional, cita con gran elogio algunos de los trabajos críticos que forman parte de la *Biblioteca de Autores Españoles*, «tales, dice, como el *Romancero*, de Durán, obra de todo punto incomparable (prescindiendo de algun ligero resabio que pudiera notarse), la excelente colecccion de poetas del siglo XVIII de D. Leopoldo Augusto de Cueto, y los tomos dedicados al Teatro Español por Hartzenbusch, Mesonero Romanos, Gonzalez Pedroso y D. Luis Fernandez Guerra.»

El reputado crítico D. Juan Valera, en uno de sus discursos académicos, lamentándose del olvido en que se hallan nuestras antiguas glorias intelectuales y conmemorando los generosos esfuerzos que se hacen por restaurar su memoria, decia lo siguiente:

«A pesar de todo, aunque muchos de nuestros autores siguen siendo más celebrados que leídos, en el dia se conocen ya mejor y se estiman con más recto criterio. Nada ha influido tanto en esto, como la *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada por D. Manuel Rivadeneyra, cuya gloria y merecimientos comparte uno de vuestros compañeros por haber logrado de las Córtes que el Gobierno le concediese su indispensable proteccion. Dicha *Biblioteca*, á más del texto bien

enmendado y corregido de los autores, contiene un tesoro de noticias biográficas y bibliográficas, y no pocos discursos preliminares y brillantes introducciones, que bien pueden formar unidos la historia de nuestra literatura, ó al ménos una abundante y rica coleccion de materiales para escribirla.»

Serían interminables las citas que pudiéramos hacer aquí, tomadas de nuestros mas ilustres escritores contemporáneos, en que se elogia, ya el conjunto de libros que forma la *Biblioteca de Autores Españoles*, ya algunos de los trabajos críticos de los colectores ántes nombrados por el Sr. Milá, y de algunos otros, tales como D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Cayetano Rosell, D. Adolfo de Castro, D. Francisco Pi y Margall, D. Florencio Janer, D. Eustaquio Fernandez de Navarrete y D. Vicente de la Fuente; pero lo hasta ahora escrito sobre el asunto de que tratamos, creemos que basta para indicar, que no por espíritu de apasionada censura, sino tan sólo en nombre de la verdad, que la crítica debe buscar siempre, hemos creído que debíamos de señalar las omisiones que se notan en la *Biblioteca de Autores Españoles*; omisiones que fácilmente pueden corregirse, haciendo que dicha *Biblioteca* constituya la historia documentada, por decirlo así, de la ciencia filosófica y de las letras españolas.

Nosotros no hemos tratado de hacer una crítica de la *Biblioteca* fundada por el inteligente editor D. Manuel Rivadeneira, considerándola como una obra ya terminada, esto hubiese sido absurdo; lo que hemos procurado ha sido señalar los vacíos que deben llenarse en esa ya numerosa coleccion de libros españoles antiguos y modernos, que aún está en vías de publicacion.

El interes bien entendido de los actuales editores de dicha *Biblioteca*, debe hallarse enteramente de acuerdo con las observaciones que hemos hecho en el curso del presente escrito. Claro es que miéntras en la *Biblioteca de Autores Españoles*, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, falten los poetas épicos y líricos del siglo xv, los orígenes del teatro español, las novelas y las obras dramáticas del siglo xviii, casi todos los escritores de la primera mitad del siglo xix y los historiadores, críticos y preceptistas literarios, esta coleccion

de libros, incompleta en la mayor parte ó en todas las secciones en que puede considerarse dividida, carecerá del interes que tendría, si se corrigiesen tales omisiones, pues en este caso el poseedor de ella podría decir que tenía todas las obras que constituyen la historia de las ciencias filosóficas y de las letras españolas.

Además, el aficionado á un solo género literario podría satisfacer su deseo de tener en su biblioteca todas las obras españolas que al dicho género perteneciese. El aficionado al teatro podría tomar sólo la seccion dramática, en la cual hallaría desde las primeras farsas del siglo xv hasta los dramas de la Avellaneda, Hartzenbusch, el duque de Rivas, García Gutierrez, Martinez de la Rosa y Gil de Zárate, escritos y representados en el siglo presente. Lo mismo podría hacer el aficionado á la poesía lírica ó á la épica ó el que quisiera estudiar el desenvolvimiento de la cultura española en las varias ciencias filosóficas que ya se hallan comprendidas en la parte publicada de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

No insistimos más sobre este punto, porque es evidente la superioridad que tiene una coleccion de libros referentes á cualquier materia cuando está completa, sobre otra coleccion semejante, pero que se halle incompleta. Los gastos que pueda ocasionar la publicacion de las obras que nosotros hemos indicado en el curso del presente escrito, quedarían ampliamente compensados con la mayor venta y suscripcion que alcanzaría la *Biblioteca de Autores Españoles*, hallándose completas las varias secciones en que puede considerarse dividida esta ya numerosa coleccion de obras científicas y literarias.

LUIS VIDART.

(Se concluirá.)





EL ATENEO DE MADRID

IV.

Más que enojoso, sería insoportable seguir aquí paso á paso la historia del establecimiento que dejó instalado en la antigua casa (ya demolida y sustituida por otra magnífica) de la esquina de la calle de Carretas y la plaza del Angel. En cerca de cuarenta años han debido pasar allí muchas cosas: muchos días de alboroto y de contento; muchas horas de sombras y angustias. El teatro mismo de los empeños del Ateneo ha variado. La casa del Consulado fué abandonada en el otoño de 1848 por la de la calle de la Montera, núm. 34, donde por muchos años tuvo, como ya he dicho, sus oficinas el Banco de San Fernando y donde hoy tiene todavía, en la vecindad misma de la *Academia Matritense de Jurisprudencia*, sus salones y sus cátedras el precoz hijo de la *Económica*. Allí le alcancé yo siendo casi un niño, y si tomara á mi cargo la empresa de reseñar los cambios, reformas y mejoras del local y del menaje, mudanzas que vagamente se presentan á mi memoria en los pocos instantes que lo laborioso del momento me permite volver los ojos atrás, ya necesitaría encomendarme á la longanimidad del lector.

Alcancé yo al Ateneo hácia 1860, reducido á la tercera parte, si no ménos, del local que actualmente ocupa y por el que pagaba unos 25.000 reales al año. La solicitud de la Junta

directiva, presidida en 1854 por el Sr. Martínez de la Rosa, siendo secretario el Sr. Cantolla, había introducido ya (1) algunos cambios, suprimiendo un gabinete para extender la biblioteca, empapelando los pasillos, alguno de los cuales se ensanchó considerablemente, é introduciendo otras pequeñas mejoras; todo lo que no excedió de unos 4.000 reales. A pesar de las dificultades económicas con que, sobre todo durante el verano, luchaba el instituto, cuya vida indudablemente había decaído un tanto, la obra se imponía como una necesidad, máxime despues del pequeño fuego que se produjo á fines del 53 en la chimenea del salon de conversaciones. Despues de 1860 las cosas ya pasaron á mayores; bien que el progreso y esplendor del Ateneo á todo autorizaban. En 1863-64, bajo la presidencia del Sr. Alcalá Galiano y siendo secretario el Sr. Prieto y Caules, se procedió á una reforma total del establecimiento, echando abajo tabiques, renovando el mobiliario, acometiendo obras de adorno, vistiendo á los criados, ensanchando el local por concesion del propietario de la casa, que cedió todo el piso principal, mediante el alquiler de 60.000 rs. anuales, dando nueva entrada á los socios y arreglando la del patio destinada al público, poniendo ventiladores, etc., etc. Aquellas obras subieron á unos 70.000 rs., de los que más de 40.000 correspondieron al ebanista y tapicero. ¡Pero cómo títubear! Los presupuestos de la Sociedad arrojaban en 30 de Diciembre de 1863 un saldo en favor de la misma de 61.221 reales, á los que habría que añadir 25.000 de ingreso en Enero, para entrar en el nuevo año con cerca de cuatro mil y pico de duros en caja. Así podían acometerse obras y se podía gastar (como se gastó en 1864) al mes 2.500 rs. en gas, y al año, 35.000 en libros y 19.000 en periódicos y revistas del extranje-

(1) Me refiero aquí sólo á las obras y gastos hechos en el local de la calle de la Montera. En el de la Plaza del Angel, núm. 1, donde el Ateneo estuvo desde 1839 á 1848, se hicieron dos veces gastos de alguna importancia. La una al trasladarse á él la Sociedad desde la calle de Carretas y otra en 1847, en cuya fecha se puso una alfombra, se adornó la tribuna, se compró un gran espejo, y, en fin, se *adecentó* el local, cuya exagerada modestia era objeto de críticas. En 1847 eran, presidente el Sr. Pacheco y secretario D. José García Barzanallana.

ro. ¡Y la prensa se hacía lenguas de los grandes debates de la Sección de ciencias morales y políticas, donde aparecían Moreno Nieto, Nicolás Salmerón, Joaquín Sanromá, Segismundo Moret, Tristan Medina, Gabriel Rodríguez, Carballo, Bugallal, Fabié, Canalejas, Dacarrete, Echegaray, Balart, Gimenez... nombres todos nuevos, hijos todos del movimiento político é intelectual que siguió á la revolución del 54! ¡Y la cátedra resplandecía con Rivero y con Castelar, anunciando la *buena nueva*, mientras Berzosa rechazando el germanismo filosófico y Galiano volviendo los ojos á la aristocrática Albion, mantenían desde ella la tradición del Renacimiento de 1836 que se desvanecía ante ideales más ricos y esplendorosos!

Y la satisfacción y el entusiasmo llegaron á tanto, que surgió la idea, no ya sólo de dar un gran ensanche al establecimiento, trasladándolo á otro gran local, como los que hoy ocupan el hotel de Paris y el restaurant de Fornos (entonces en construcción, y que fueron ofrecidos, así como otros edificios de las calles del Clavel y del Baño), si que la de levantar, al modo británico, un palacio *ad-hoc* para el Ateneo. Eran de oír entonces los proyectos y las aspiraciones. Por de contado nadie estaba satisfecho en los viejos y angustiosos salones de la calle de la Montera. Se hablaba de gastos, de gastos imprescindibles, y el clamor unánime se mostraba por el cambio de domicilio.

El pensamiento de la construcción de un palacio arredró á los tímidos, que esta vez vencieron. Aun hoy se me antoja aquella idea muy defendible. Excusado es decir lo que su realización contribuiría al lustre del Ateneo. Su principal abogado—el socio Sr. Cortijo—exponía el proyecto con gran discreción. Debía intentarse la obra por un capital en acciones amortizable en veinte años. Los ateneistas debían suscribirse, en la seguridad de no perder lo que desembolsaran, quizá de obtener una renta, y, sobre todo, de servir los intereses morales del país y la gloria de la casa. Bastaba la mitad de los socios de aquella época. No era imposible tampoco obtener el concurso de personas extrañas amantes de la ciencia, y de verdadero patriotismo. En último caso, quedaban los conciertos y arreglos con fabricantes y constructores para la materialidad de la obra;

y estos arreglos no serían difíciles, dada la existencia de un gran solar y el destino del vasto edificio, que no había de ocupar sólo el Ateneo. En la misma calle de la Montera, luchando con grandes inconvenientes de espacio, estaba la Academia de Jurisprudencia. En otros lugares, no ménos incómodos, estaban la Económica, las Academias de Medicina, de Ciencias Naturales, etc., etc. En Madrid faltaban—era notorio—salones como los que en el extranjero se arriendan para fiestas literarias, para reuniones sueltas de tal ó cual sociedad... Pues bien, todo ésto era utilizable.

Todas aquellas academias tendrían un local *ad-hoc* en el gran palacio del Ateneo. Entónces no faltaron asombros y risas. ¡Sobre todo allegar un capital! ¡Y esperarlo de gentes extrañas—de la gente de provincia, quizá!!! ¡Ah, y cómo el tiempo se encarga de rectificar á los presuntuosos y de confundir á los descreídos! ¿Quién había de decir á los tímidos de 1863 que en España existía un centenar de hombres, capaces de reunir treinta mil duros para fundar un establecimiento puramente científico, del que ellos personalmente no habían de disfrutar, y respecto del cual tenían la casi seguridad, la seguridad completa que sus productos nunca podrían ni remotamente reembolsar la mitad del capital aprontado? Y sin embargo, la coña ha sucedido. Ahí está la *Institucion libre de Enseñanza*, fundada en 1876: la Institucion creada en condiciones incomparablemente inferiores y desventajosas á las que siempre acompañarían al establecimiento de un Ateneo científico y literario, en el cual sus socios, por lo ménos, sacan de él un inmediato y material provecho. Pero el Sr. Cortijo y los suyos fueron vencidos en 1863. El deseo quedó vagando y la Junta general bajo la presion de la necesidad, resolvió acometer obras en el mismo local. Casi transigían el entusiasmo y la timidez.

Mas roto el hielo, abierta la brecha, ¡qué ideas surgieron! ¡qué proposiciones se formularon! Todos los apetitos y todas las locuras tuvieron oídos donde dejar sus sugerencias. Figuraos la Academia Española iluminada por el gas. ¡Qué revolucion en las ideas! ¡Qué perspectivas y qué sensaciones para el diablillo de las novedades y los atrevimientos!... En aquel Ateneo del botijo de barro y de la burda estera, se llevó la audacia hasta pe-

dir la libertad para el juego del tresillo y el servicio de chocolates y cenas por cuenta de la casa. ¡Cómo! ¡El Ateneo tomando las formas de un casino!... Y también se transigió. Mantúvose la absoluta prohibición de todo juego, y se accedió á que en el Ateneo se montase un pequeño servicio de cocina, con un cocinero dotado con unos cuatro mil reales al año, para atender al desmayado estómago de los socios. Pero no se pasó de ahí; probando, al fin, la experiencia que efectivamente la novedad no encajaba en el carácter especialísimo del Ateneo; á lo ménos mientras las cosas no tomen un vuelo y un sentido que no han presentado hasta ahora. ¡Quién sabe si esta reforma fuera viable á realizarse el pensamiento del *Palacio de las Letras*, en el cual tuvieran cómodo y hasta espléndido albergue las diversas y mal acondicionadas academias y sociedades científicas matritenses!

Es indudable que lo que en 1863 y 64 se hizo, dando amplitud y elegancia al viejo Ateneo, remozándole, poniéndole, en fin, al nivel de su tiempo, por algo entró en la crisis económica que á poco sobrevino : la crisis más grave, á no dudarlo, por que ha atravesado el Ateneo de 1835 hasta nuestros días. Pero qué injusticia, no ya atribuirle exclusivamente á aquellos cambios y aquellos gastos, sí que tan sólo ver en estos la causa principal de las aprensiones, los temores y los disgustos que ante el terrible déficit—fiebre ya endémica en España—se produjeron en el espíritu de todos los amantes del instituto de la calle de la Montera! ¡Y qué ceguedad la de censurar, como por algun tiempo se hizo, aquellas mejoras, aquellas novedades, aquel avance, en fin, que en la historia de la casa viene á hacer fecha, al lado del de 1839, y sin el cual el Ateneo hubiera desentonado escandalosamente en la ostentosa vida de aquel período de sociedades anónimas, ferro-carriles, treses al 53 y *Union liberal*. La crisis vino, es cierto; y vino terrible por muchas causas. Entre estas, la desanimación que sucedió al período brillante de 1861-1865. La obra del Ateneo estaba realizada en aquel período. Vino, pues, cierta decadencia en las secciones y vino el retraimiento y vinieron los sucesos políticos de 1866 que principiaron por determinar la clausura de la casa en Enero, fueron causa despues

de que no se celebrara la junta general de 1867, vedaron luego los debates y concluyeron por infundir en todos los espíritus la reserva, el temor, el disgusto. El Ateneo no vibraba. El Ateneo era reducido á un mero círculo de lectura. El Ateneo dejaba de ser lo que había sido, lo que como he dicho, le caracteriza en todo el mundo culto. Contúvose, pues, el ingreso de socios; despidiéronse muchos de los antiguos; bajaron los recursos y subsistían con las atenciones ordinarias y del momento, las últimas consecuencias y los descubiertos de la época de la reforma, cuya responsabilidad justamente debía alcanzar á las posteriores. El año 66 se cerró bien. Gastáronse unos 209.329 rs., y los ingresos subieron á 210.172. Al año siguiente asoma su cabeza el *déficit*. Y el año 1870 llega éste á su apogeo. Era cosa de 90.000 rs., que afectaban á la biblioteca, á los periódicos, á la parte, por decirlo así, moral é intelectual de la Casa, más que al *comfort*, al decorado, á la vida material y aparente.

Y no es parte á contener este desequilibrio la variación de las cosas políticas españolas. La revolución del 68, lo mismo que la del 54, no comunicaron una gran vida al Ateneo, por la sencilla razón de que éste necesita para su brillantez y su desarrollo épocas de relativa tranquilidad, de calma en el exterior y de señalados, cuando no escasos atractivos en la plaza pública, en la prensa y en el parlamento. Cuando lo que fuera del Ateneo se da es bastante para absorber toda la atención, afectando de diverso modo, pero con excepcional energía á todas las esferas de la existencia social, es imposible que el ánimo busque los dulces entretenimientos de un círculo científico, ni que un instituto como el Ateneo realice su misión pacífica y ordenada. Por esto las verdaderas épocas de esplendor del Ateneo son (fuera del período de iniciación), de 1842 á 1847, y de 1860 á 1865. Y por esto, en 1867 el *déficit* no sólo continúa si que crece; y al cabo la crisis se impone.

No se había dejado sorprender la junta directiva. En 1863 la cuota mensual de 20 rs. (indudablemente muy baja dada la subida general de precios en Madrid), se había elevado á 30 rs., bien que con carácter provisional, y en 1865 se hace definitiva. Pero no bastó eso, y llegó el año *triste*, el año del

petróleo y de los azucarillos. El gas que había entrado en la casa en Febrero de 1852 sustituyendo las seis grandes lámparas solares que como un gran atrevimiento se pusieron en 1846, desaparece en 1870 reemplazados los diez y ocho mecheros por grandes quinqués de aceite mineral. Los azucarillos que acompañaban á todo vaso de agua pedido por un socio (y cuyo importe anual no bajaba de 3.000 rs.), son suprimidos. Es declarado cesante el cocinero; se baja á 56.000 rs. el alquiler de la casa y se obtienen del dueño treguas para el pago. Llévase la desesperacion al ánimo del entusiasta bibliotecario (que lo era Moreno Nieto), prohibiéndole terminantemente sacar más libros de casa de Durán ó de Bailly. Prescíndese de buena parte de los periódicos y revistas. Todo clama ¡economías! Y el Ateneo se cuaja de sombras y pesares. Así comenzó la presidencia del Sr. Cánovas del Castillo. Sus biógrafos—los amigos se entiende,—no lo olvidarán, y alguno llegará, de seguro, á que al ilustre ministro de la restauracion borbónica se debe la salvacion y vida actual del Ateneo. No es para tanto; pero sin duda aplauso merece aquella presidencia del *recogimiento* que duró más de dos años y que hizo posible la nueva vida de 1874, en cuya fecha torna el instituto de la calle de la Montera á relampaguear y á imponerse á la atencion pública.

Volvió el gas á iluminar los salones, y esta vez con profusion. Construyéronse nuevos estantes para libros. Empapeláronse al estilo novísimo salas y pasillos. Se colocaron varios y magníficos relojes en los sitios más concurridos. Los criados fueron dotados de grandes casacones. Se entarimó el salon principal. Se alfombraron los demas. Volvióse á las obras de ensanche por el derribo de tabiques. Dispusiéronse cómodamente, ora el gabinete exterior izquierdo donde presiden las conversaciones de alegre juventud los graves retratos de Alonso Martinez, D. Nicolás Rivero, Moyano, Corradi, Barzanallana y Juan Valera, ora la salita interior, en otro tiempo destinada á cátedra y ántes á las secciones, que ahora se apellida la *Cacharrería*, centro de los aficionados á las bellas artes, y donde se ostentan las figuras de Washington y Sanz del Rio. Dióse un gran impulso á la obra de los retratos, que al principio (en 1868, y por iniciativa del secretario Gomez Moli-

nero, que lo fué con gran provecho del Ateneo desde 1867 á 1870), debieron reducirse sólo á los presidentes desde el duque de Bailén hasta Alcalá Galiano pero que despues se extendió á todos los ateneistas ilustres cuya reproduccion pictórica vino en voluntad á los muchos y afamados artistas que se cuentan en el seno de la casa (1).

La gran cátedra, capaz como ninguna de Madrid, abierta en 1864, ahora era restaurada elegantemente, dotándola de una sillería de 250 butacas de rejilla (destinadas á los socios), cuyo costo subió á 12.000 rs. Créose una sala-escritorio, contigua á la biblioteca, que tambien fué reparada al mismo tiempo que se ponían campanillas eléctricas en todas partes; se establecían ventiladores en los pasillos casi convertidos en claustros; se reformaba elegantemente la portería y la antesala, adornando sus paredes con grandes cuadros donde anuncian sus obras los socios y donde exhibe sus acuerdos la Junta directiva; se levantaba á la entrada misma de los salones, el buzón destinado á recibir las observaciones y quejas de los ateneistas, y se disponía artísticamente, para que ocupase el centro de la antigua *mesa de azucarillos*, un bajo relieve del Parthenon regalado hace muchos años por un socio al establecimiento. Por último, el bibliotecario pudo dedicar en un año (1876), 33.709 reales en libros y suscripciones á periódicos extranjeros, 5.684 á periódicos nacionales y 4.632 á encuadernaciones. De esta suerte, en solos dos años (1874-76), la Biblioteca se aumentó, por compra ó por donativos, en 867 volúmenes, y se pudo hacer el tercer catálogo (2), que lleva la fecha de 1873 y que acusa una existencia de más de 12.000 volúmenes, á la cual han contribuido singularmente, primero, los legados que de sus respectivas bibliotecas hicieron en 1868 el Sr. Barros,

(1) Entre éstos merece especial mencion el Sr. Suarez Llanos, que ha hecho y regalado cuatro retratos. La serie la comenzó en 1868 D. Dióscoro Puebla.

(2) Un volúmen de más de 600 páginas en 8.º mayor; bibliotecario don José Moreno Nieto. Costó su impresion 11.162 rs. Despues se han publicado dos suplementos.

Los dos catálogos anteriores son el hecho por el Sr. Mesonero en 1837 y el impreso por el Sr. Godoy en 1852.

y en 1872 el Sr. Gallardo (D. Manuel), la una de 200 y la otra de 402 libros (1); despues el cambio de obras (mediante donativo de las propias por parte de varios socios del Ateneo) con algunas asociaciones de Portugal, como la Academia de Ciencias de Lisboa, el gremio literario, la Universidad de Coimbra y Biblioteca nacional portuguesa, hecho debido á la intervencion del Sr. D. Angel Fernandez de los Rios, representante de España en Portugal en 1870; y en fin, la Real órden de 1872, por la que «teniendo el rey (D. Amadeo) en cuenta los servicios prestados por el Ateneo á la causa de la civilizacion y de la cultura españolas le concedía un ejemplar de cada una de las obras que se hubiesen adquirido ó se adquiriesen en lo sucesivo por el Ministerio de Fomento con los fondos destinados al de las letras y las artes...» En fin, se reanudó el hilo de las mejoras y los esplendores de 1864, correspondiendo ahora la gloria de este nuevo período al señor Moreno Nieto, justamente elevado por el voto unánime del Ateneo á la Presidencia del Círculo, y al Sr. Gonzalez Búrgos, Secretario, dotado de un amor y de un celo por la institucion, comparables sólo al gusto con que ha presidido á la realizacion de los cambios de 1874 á 77.

El éxito no pudo ser más satisfactorio, coincidiendo esto con el renacimiento del espíritu moral y político del Ateneo, cuya fórmula precisa es el reglamento, ó mejor dicho, los estatutos novísimos de 1876, los cuales vienen á ser la tercera ley dada en el Ateneo desde su fundacion (2) consagrando y desenvolviendo ámpliamente el carácter del establecimiento, nunca contradicho en los cuarenta años que lleva de vida y bajo la distinta administracion de sus trece presidentes, de los cuales Martinez de la Rosa lo ha sido trece años (1838-39, 48-52 al 62) muriendo en el ejercicio de tan alto cargo; Alcalá Galiano, siete (1845-46, 49-50-51 y 63-64); Posada Herrera, cuatro (1865 al 68); Cánovas, cuatro (1870 al 73); Pacheco,

(1) El Ateneo remitió á la Biblioteca Nacional en 1870 hasta 330 folletos que resultaban duplicados en la suya.

(2) Los primeros son de 2 de Enero de 1836; los segundos de 1.º de Marzo de 1850.

tres (1842-43 y 47); Pidal, dos (1844-45) Moreno Nieto, dos (1875-76) (1); Rivas, dos (1835 á 1836); Olózaga, uno (1837); Gor, uno (1841); Donoso, uno (1841); Figuerola, uno (1869), y Molins uno (1874). Y ya que de ellos y por vía de pasada se habla, convendrá anotar que entre todos, los que ménos importancia han tenido para la vida del establecimiento, han sido el marqués de Molins, Donoso, Gor, Pidal y Posada Herrera, este último con la desgracia de haber sido ministro de la Gobernacion precisamente en la triste época de 1866, en que de orden de la autoridad militar fué cerrado el Ateneo. En cambio, Figuerola ha funcionado como presidente cerca de tres años (1866-68) supliendo al titular. Y los que por varios motivos han dejado huella en la Casa han sido (aparte del duque de Rivas, á quien sólo da importancia el simple hecho de haber ocupado el *primero* la presidencia) Martinez de la Rosa, Alcalá Galiano, Moreno Nieto, Cánovas (2) y sobre todo Olózaga.

Y por cierto que es para reflexionar sobre la inestabilidad de las cosas humanas y la injusticia de los tiempos la suerte que en el Ateneo cupo al ilustre orador progresista. Sólo es necesario hojear el libro primero de actas del famoso círculo para comprender que el alma del Ateneo en sus primeros años fué D. Salustiano de Olózaga. Él presidió la comision que preparó la constitucion de la Sociedad, é hizo los estatutos y el reglamento primitivo; él quien presidió tambien la sesion del 26 de Noviembre de 1835 en que se acordó la inaugural y se votó la primera Junta directiva; él quien desde el puesto de consiliario primero que modestamente aceptó al ser elevado al primer cargo el duque de Rivas en 1835 y 36, y despues desde la presidencia, que ocupó en 1837, luchó y reluchó hasta vencer todos los inconvenientes que se ofrecieron á la apertura de las cátedras y al planteamiento de las Secciones; él quien al frente de la de Ciencias morales y políticas en 1836 y 1838 principalmente sostuvo el calor de los debates... Y, sin embargo, cuando en 1865 se presentó su candidatura para la

(1) Lo sigue siendo en el bienio de 1877-78.

(2) El período de éste es simplemente el de las economías.

presidencia del Ateneo, sólo obtuvo 153 votos, contra 159 que logró Posada Herrera (1).

No era para compensar esta injusticia la elección con que para dirigir los debates le había distinguido la Sección de Ciencias morales y políticas en 1860.

Bien que deteniendo el ánimo en esto ¡cómo no dolerse del profundo, del absoluto olvido en que se ha tenido, y aún hoy se tiene en el Ateneo al verdadero fundador de este establecimiento, al celoso, al infatigable D. Juan Miguel de los Ríos, cuyo nombre encuentra el curioso identificado con todas las obras de carácter liberal y propagandista del renacimiento español de 1835! ¿Dónde está su retrato, dónde un recuerdo para tan esclarecido patricio?

En cambio, estoy harto de oír en los pasillos del Ateneo, y hasta creo haberlo visto impreso en un discurso inaugural muy reciente, que el hombre ilustre á quien deben volverse todas las miradas, si no como único fundador, sí como primer Presidente del Ateneo, es el antiguo duque de Bailén; y la verdad es que el victorioso general Castaños fué el *último* Presidente del Ateneo del 20 al 23, y quizá ni puso los pies en su vida en el Ateneo actual, á pesar de pertenecer á él desde la segunda sesión (2). Así es la historia menuda, que no es la realidad de la historia (3).

(1) Esta ha sido la elección más reñida que registra la historia del Ateneo. ¡Y qué fatal! Al año como ántes he dicho, el Ateneo era cerrado, sin que fuese parte á evitarlo su Presidente, entónces ministro de la Gobernación.

(2) Consta en una de las primeras actas su deseo de pertenecer á la Sociedad, y en otra su imposibilidad, por achaques de salud, de asistir á ella.

(3) El señor marqués de Molins en su discurso inaugural de las cátedras del Ateneo en 1874 afirma repetidas veces, con la autoridad del contemporáneo, que el Sr. Olózaga nunca llegó á ser Presidente de la Casa. Contra esta afirmación habla el acta de la Junta general de 30 de Diciembre de 1836, en la cual consta la elección de oficios para 1837. En ella obtuvo el Sr. Olózaga 59 votos para presidente contra 16 que logró el Sr. Martínez de la Rosa, 10 el marqués de Someruelos y uno el conde de Parsent. Y siendo el total de votos 86, «se publicó la elección del primero.»

RAFAEL M. DE LABRA.





LA ENSEÑANZA EN PARIS.

II.

LA SEGUNDA ENSEÑANZA.

SEMÉJASE en los momentos actuales la segunda enseñanza á ciertas enfermedades; atraviesa un período crítico del que saldrá vivificada ó muerta. La instrucción primaria tiene por objeto desenvolver, desarrollar la inteligencia del niño, y la segunda enseñanza formar al hombre. Desde hace mucho tiempo realiza muy mal esta última su tarea. Hasta el presente, por lo ménos, no es más que un arma en manos de los partidos; el *Gradus ad Parnassum* ha sido elevado repentinamente á la altura de una institucion y la cuestion de los versos latinos ha llegado á ser una cuestion ministerial. Estos hechos no nos habrían inspirado más que una sonrisa si no nos pareciera que ofrecen un lastimero espectáculo á los ojos de Europa, que calladamente contempla cómo procuramos resucitar de nuestro abatimiento y nuestros desastres. Muchas veces se ha tratado de introducir modificaciones en el modo de enseñar; pero hay que convenir en que se ha emprendido muy mal camino para realizarlas, puesto que jamás han producido efecto alguno. Lo que oprime á la segunda enseñanza es un pesado sistema, una tradicion abrumadora que neutraliza todos los esfuerzos. He-

mos creado en este siglo la instrucción primaria, que realmente no existía; pero en cuanto á la segunda enseñanza no hemos hecho más que recibir del pasado un método que fué célebre, que ha sido ciegamente aplicado, y que es hoy de todo punto insuficiente.

Necesitamos explicar esto.

Cuando Napoleon I reconstituyó la Universidad, de 1806 á 1808, no había en Francia magisterio, ni cuerpo docente; las órdenes religiosas escolares destruidas y dispersas por la revolución no se habían organizado; aquí y allá se habían abierto colegios particulares en que se aprendían algunas nociones incompletas de frances y de latin. Entónces se pensó y se dijo que los padres jesuitas habían profesado con éxito la enseñanza durante el siglo xviii y que de sus aulas había salido una juventud ilustrada é inteligente. Los jesuitas con efecto descollaron en lo que se llamó el arte de formar discípulos brillantes, en educar á los hijos de la nobleza, del comercio, de la magistratura, de la clase media, de tal suerte, que pudieran desde muy jóvenes entrar en el mundo y hablar de todo sin decir extravagancias, desflorando la superficie de las cosas, pero sin profundizarlas lo más mínimo. A los jesuitas se deben los resúmenes, compendios y trozos escogidos, que atentamente leídos dan cierto barniz de cultura, método facilísimo, sin género alguno de duda; pero falaz y engañoso á primera vista, porque es completamente exterior, absolutamente superficial, y no toca jamás á la realidad de las cosas.

Este sistema de educación se consideraba maravilloso en el país, donde el «*pour paraître*» del baron de Fœneste ha sido siempre la consigna mejor obedecida. Por este medio los profesores y los alumnos hallan constantemente realizada su tarea, con sólo valerse de ciertos libros y de algunos diccionarios que sobresalen en el servicio de resolver todas las dificultades posibles. Este sistema de enseñanza fué impuesto á la Universidad; prevaleció y prevalece todavía. Es en definitiva la enseñanza mecánica y maquinal que reemplaza la acción del razonamiento con la de la memoria. Todo se aprendió desde entónces de memoria, la gramática, la sintáxis, la historia, el griego, el latin, las ciencias exactas. La memoria abru-

mada de palabras, reglas abstractas, frases aisladas, hechos separados de sus causas y de sus consecuencias, no dispone más que de sus propias fuerzas y decae y desfallece; el niño, á quien no se ha enseñado que toda educacion debe tener por principio tres términos correlativos que son: atencion, comparacion y razonamiento, olvida las cosas al tiempo mismo que las aprende; los escolares salen en general del colegio en un estado de ignorancia real que no se vislumbra á primera vista; pero que ya demostraremos al hablar de los exámenes del bachillerato. Hace mucho tiempo que Montaigne lo dijo: «*Savoir par cœur, ce n'est pas savoir.*»

En esto consiste el vicio fundamental de nuestra segunda enseñanza; en referirlo y traerlo todo á la memoria, descuidando el espíritu y la inteligencia. No procede ni por observacion, ni por reflexion; amontona aforismos con sus ejercicios mnemotécnicos y siempre que el alumno los repita sobre poco más ó ménos textualmente, no se inquieta de si los ha comprendido. De esta manera en vez de formar hombres que posean nociones generales, de las que podrían deducir ciertas consecuencias lógicas, lo que forma son repetidores que nada saben de cosa alguna, y que dos años despues de salir de la escuela serían incapaces de explicar un verso de Virgilio, ó de citar una fecha histórica (1).

Si el método general es vicioso, el método particular aplicado á la enseñanza de las diferentes facultades ó asignaturas que ha de cursar el estudiante, no es mejor. ¿Es creíble que se aprenda todavía al estudiar el idioma del Lacio una regla en virtud de la cual se supone que los romanos suprimían un vocablo que no existía en su idioma? Es verdaderamente cruel imbuir todo este galimatías á los niños. Un antiguo profesor, miembro de la Academia Francesa, hablando de la educacion que se da en los colegios, la ha llamado educacion homicida. La palabra es dura; pero justa.

(1) Ese estado de cosas no es reciente; Eveyr en el *Diario* de su *Viaje á Paris*, 1652, dice: «los trabajos escolares no tienen profundidad ninguna.» Mercier, en 1782, se expresa así: «Hay diez grandes colegios en que se estudia el latin durante siete ú ocho años. Pues bien, de cien alumnos que estudien esa lengua, noventa salen del colegio sin saberla.»

Las consecuencias del sistema adoptado son bastante singulares. Nadie hace nada, ni el alumno, ni el pasante, ni el profesor. Durante las clases el profesor dice á los alumnos qué es lo que deben hacer y qué lecciones han de estudiar. Durante el estudio los alumnos cumplen con lo que se les ha ordenado y estudian sus lecciones. El profesor les señala el trabajo, el pasante les mira trabajar; nadie les *hace trabajar*, que es el objeto preferente de la enseñanza.

¡Ah! ¡Cuánto mejor y más fecundo es el método que se sigue en las escuelas primarias! En vez de dejar al niño frente á un enojoso dictado ó estudiando en libros cuya vista le abrumba, una leccion, cuyas palabras retiene, sin comprender su sentido, se habla con él, se le interroga, se le inclina dulcemente á que responda, se excita en su juvenil espíritu el afan de investigar y conocer, de razonar, y se le obliga, por decirlo así, á realizar constantes descubrimientos personales que le enorgullecen, que le excitan á proseguir por ese camino y le prueban que la mayor parte de las dificultades las resuelve la reflexion.

Hay en el capítulo XLVIII del *Evangelio de la infancia* un pasaje que debemos citar porque contiene un método completo de enseñanza. Jesus quiso ir un dia á la escuela y lo llevaron allá. «Cuando le vió el maestro escribió un alfabeto y le dijo que pronunciara esta palabra: *Aleph*. Jesus la pronunció y el maestro le dijo que pronunciara esta otra: *Beth*. Jesus le replicó entónces: «Decidme qué quiere decir *Aleph* y yo pronunciaré *Beth*.» Esta es la esencia misma de la instruccion. Debe explicarse á los niños todo lo que pueden aprender y no pasar á nuevas demostraciones sin la certidumbre de que han comprendido las anteriores. Para realizar esto era necesario que las clases y los estudios de nuestros liceos fueran constantemente una especie de conferencias donde estuvieran en comunicacion permanente el profesor, el pasante y los alumnos, conversando siempre, manteniendo el espíritu en vigilia y esclareciendo en comun los puntos oscuros de las materias que se estudian. Este procedimiento, léjos de fatigar á los alumnos, les permitiría descansar de las molestias que produce en ellos esa vida de uniformidad, de disciplina, de cuartel á que se les sujeta, mediante ejercicios intelectuales combinados para que

no llegue á la memoria ninguna idea sin haber pasado ántes por el razonamiento. El niño retiene siempre aquello sobre que ha razonado, y cuando llega á hombre todavía lo recuerda.

Existe otra causa que ha influido desastrosamente en la enseñanza secundaria. Esta causa es el concurso general. Los diferentes liceos y colegios de Paris envían todos los años sus mejores alumnos á la Sorbona. Reunidos éstos allí hacen composiciones de diverso género ; son premiadas las mejores y se distribuyen los premios con gran solemnidad en una ceremonia pública que se inaugura invariablemente con un discurso en latin pronunciado por un profesor de retórica. Merece referirse el origen de esta costumbre. En 1733 falleció un canónigo de Nuestra Señora llamado Luis Legendre, que en su testamento hizo donacion al capítulo á que pertenecía de una suma considerable, disponiendo que la renta se empleara cada cuatro años en premios para los estudiantes autores de las mejores poesías escritas en latin y en frances; en el caso en que el capítulo de Nuestra Señora no aceptase el encargo, debían sustituirlo los franciscanos de Paris. Ni el capítulo, ni los frailes aceptaron. Los parientes del canónigo reclamaron la herencia, y entónces el Parlamento de Paris dispuso que pasara el legado á manos de la Universidad y que se encargara ésta de cumplir la voluntad del testador.

El proceso había durado muchos años. La primera distribucion de los premios Legendre no se hizo hasta el 23 de Agosto de 1747. Continuó desde entónces sin interrupcion, excepto en los años de 1794 á 1800. En 1793, cada estudiante laureado recibió una corona de encina y un ejemplar de la Constitucion. Desde 1801 esta ceremonia se ha practicado con regularidad todos los años. Hoy es aún la gran fiesta de la segunda enseñanza, la que desgraciadamente califica el valor y la importancia de los colegios públicos y privados de Paris. Debemos insistir mucho en esto porque el resultado que ofrece es muy grave.

Cuando una institucion ó liceo obtiene mayor número de premios en el concurso, á ella van los padres en mayor número tambien para encomendarle la enseñanza de sus hijos.

El concurso excita más emulacion que entre los alumnos entre los propietarios de los colegios. Los profesores de colegio y los propietarios rivalizan en celo, porque para los unos es esta cuestion, cuestion de gloria, y para los otros de dinero. Nada habría en esto de censurable si á fin de lograr esos envidiados premios no se descuidara por completo la educacion de la generalidad de los alumnos para ocuparse exclusivamente de la de aquellos pocos que, por su mayor inteligencia ó la más constante laboriosidad que revelan, son considerados en aptitud de aspirar á la honra de que los corone el mismo ministro de Instruccion entre los acordes de la música en la gran sala de la Sorbona. En clases compuestas por término medio de cincuenta alumnos, el profesor escoge cuidadosamente siete ú ocho que tienen probabilidades de intervenir con éxito en aquellos ejercicios solemnes. « Ir al concurso ; » hé aquí una frase que se escucha incesantemente en el lenguaje de todos los pedagogos de la segunda enseñanza. Miéntras que á sus privilegiados camaradas se les atiborra de griego y de latin, los demas alumnos hacen lo que quieren. En mi tiempo se leían novelas de Paul de Kock ; hoy se leen las *Memorias de una corza inglesa* (1).

Tener premios en el concurso es el asunto vital para los maestros de colegios particulares, y á ese fin se sacrifica todo. La necesidad los excita hasta el punto de que no hay esfuerzo que no realicen y del que no se sientan capaces á fin de insertar los más estupendos reclamos en la tercera plana de los diarios de mayor circulacion, donde se enumeran los éxitos obtenidos por sus alumnos. Esto és para ellos una especie de necesidad ; así ganan su vida y á menudo con esto realizan su fortuna.

Esta ambicion desmesurada y excesiva, tiene, sin embargo, un buen aspecto que acaso no se sospecha. Como el primero de

(1) En 1847 M. Laisset, profesor de filosofía en el colegio de Enrique IV, dejaba con frecuencia su cátedra é iba á sentarse en la primera grada de los bancos donde estaban los seis alumnos distinguidos de su clase ; hacíales repetir las lecciones en voz baja, y cuando los otros escolares hablaban demasiado alto, se volvía á ellos diciéndoles : « No hagais tanto ruido, que nos impedís hablar. »

los cuidados que les preocupa es el de hacer célebre su casa, ó por lo ménos que adquiriera más reputacion que las otras, tienen una especie de recolectores ó *ganchos* que están al acecho de toda ocasion favorable y que viajan por provincias buscando muchachos inteligentes, aptos para el estudio, hijos de padres cuya escasez de recursos no les permita costearles una carrera. Se recibe á estos jóvenes fénix, se les educa y se les instruye gratuitamente; pagan con premios y accesits. Indudablemente esto es favorable para ellos; pero ¡cuán triste es la existencia á que se les condena! No tienen salida el domingo, ni horas de paseo el jueves; no tienen mas que siempre y á todas horas y en todos los momentos griego y latin. Uno de esos desgraciados solicitaba en cierta ocasion que se le permitiera ir á pasar la fiesta de Pentecostés con su familia. El director le respondió: «¿Habeis pensado bien en ello? Se aproxima el concurso, y cuando ménos debeis reconocer los sacrificios que se han hecho aquí por vos.» Conozco muchos que han llegado á ser célebres y que hablan de esa época de su enseñanza con verdadero horror. A veces este procedimiento ha producido efectos contrarios á los intereses del director de una institucion. Una madre tan diestra y hábil como poco escrupulosa, consiguió que su hijo entrara de ese modo en un colegio privado; el primer año obtuvo el niño tres premios en el concurso general. La madre manifestó entónces el propósito de colocarle en otra escuela, rival de aquella en que estudiaba, y tal traza se dió que, asustado el director de ésta, le asignó una pension de 1.200 francos anuales con la condicion de que no retirara su hijo.

Estos hechos evidencian el resultado del concurso general, que es el abandono más completo y ultrajante de la instruccion de las nueve décimas partes de los alumnos, en beneficio de un pequeñísimo número y para aumentar la fama y el prestigio de un establecimiento de enseñanza cualquiera. Pero, a pesar de todo, ¿quién será bastante osado para pedir que ese concurso se suprima?

Los 7.500 alumnos que siguen los cursos de nuestros seis grandes liceos y del pequeño de Vanves, los 13.000 que se educan en los colegios particulares, y los 2.200 que reciben

la enseñanza en otros dependientes de la autoridad eclesiástica, suministran un contingente muy restringido bajo el punto de vista del verdadero y sólido estudio. De todos ellos puede decirse que sólo trabajan los que se dedican á escuelas especiales, y éstos limitándose á los conocimientos que se les exige en los exámenes. Los demas arrastran una juventud ociosa y pervertida sobre los bancos de las aulas, donde se les permite vegetar á condicion de que no perturben la disciplina. Cuando llegue la hora de terminar sus estudios, aprenderán de memoria en un manual del bachillerato lo poco que necesitan para presentarse sin riesgo á este ejercicio tan fácil como supérfluo. Despues entrarán en la vida, y Dios sabe para qué podrá servirles aquella enseñanza, que no les ha producido más que un enojo sin compensaciones de ningun género por espacio de ocho años.

Se ha tratado más de una vez de modificar los métodos y de adoptar otros más prácticos y encaminados á hacer útiles, verdaderamente útiles, los esfuerzos que se obliga á realizar á la infancia. Las animosidades que suscitó han dado cierta celebridad á una de esas tentativas radical y atrevidísima, la de la famosa bifurcacion iniciada en 1852 por M. Fortoul. Y este ensayo parecía, sin embargo, racional y propio para satisfacer las exigencias de las diferentes carreras que pueden seguir los alumnos cuando abandonan la segunda enseñanza. Consistía la reforma sólo en permitirles que á la mitad de los estudios escolares se consagraran á las ciencias ó á las letras, segun la carrera ú ocupacion á que pensaran consagrarse más tarde. Nada parece á primera vista tan sencillo, ni tan legítimo como ésto: es necesario remontarse á aquella época para comprender la oposicion casi general que suscitó esta medida. Se acusó á M. Fortoul de haber dado un golpe mortal á la Universidad.

Léjos de ésto, esa reforma la salvó; porque en aquel momento tan perturbado de nuestra historia, la Universidad estaba condenada á desaparecer. Han muerto ya los tres principales actores del drama en que se jugó la suerte de una de las mas respetables instituciones de nuestro país, y pueden referirse los hechos ocurridos que entónces no llegaron á tener publicidad.

Después del golpe de Estado de 2 de Diciembre de 1851, el conde de Montalembert fué uno de los primeros adheridos á la nueva situación política, con cuyo jefe, el príncipe-presidente, tuvo frecuentes conferencias. En ellas obtuvo de Napoleón la promesa de que la Universidad, que Montalembert le había presentado como el foco de una oposición permanente, y el plantel donde se reclutan los adversarios de todo poder regular y de toda ambición positiva, sería suprimida, y que los colegios oficiales se convertirían en instituciones particulares. Basta eso para adivinar el partido que sacarían de ella los que se juzgan exclusivamente llamados á dirigir la enseñanza en virtud de aquel axioma: *Ad eum qui regit christianam rempublicam scholarum regimen pertinet.*

Jamás había corrido la Universidad un peligro semejante; y se puede pensar lo que hubiera sido de esta anciana y respetable madre de que todos somos hijos. El decreto de confiscación de los bienes de la familia de Orleans alejó á M. de Montalembert de Luis Napoleón. M. Fortoul se aprovechó de este incidente con gran habilidad. Declaró y probó que sólo la Universidad podía dar la enseñanza científica reclamada entonces por todos los hombres inteligentes; demostró que si la Universidad se suprimía quedarían desiertas las escuelas especiales, con gran detrimento de la juventud del país; y logró de esta manera conmover una opinión apoyada, más en las pasiones de otro, que en la convicción personal del jefe del Estado; invocó, por último, los recuerdos del primer imperio que había restablecido la Universidad, y propuso, como término medio, la bifurcación, que fué aceptada, alcanzando conservar un orden de cosas puesto en tan grave peligro, que era necesario, como textualmente se ha dicho, ó modificarlo ó que desapareciese.

Los adversarios inmediatos de la Universidad adivinaron lo que había ocurrido y se colocaron en situación de utilizar semejantes circunstancias si volvían alguna vez á reproducirse, dando desde entonces con un éxito creciente, que nadie podrá negar, la enseñanza especial que abre la entrada de nuestras grandes escuelas científicas. Pero M. Fortoul hizo aún más; la ley de 1850 había disminuido considerablemente la influen-

cia de la Universidad, destruyendo las academias de provincia para constituir un rectorado departamental, cuyos ochenta y nueve titulares no tenían más que una ínfima importancia administrativa. Mediante la ley de 1854 Fortoul restableció diez y seis academias provinciales y colocó en ellas á los rectores en una situacion elevada que les permitía figurar al lado de los agentes superiores del poder central. Los prefectos, los procuradores generales y los obispos se quejaron; el ministro no se dejó conmover y mantuvo á los funcionarios que representaban la Universidad la alta posicion que acababa de conferirles. Se acusa á M. Fortoul de haber perjudicado los estudios clásicos que hasta ahora constituyen el fondo de la educacion francesa; yo desearía que los que le combaten así pudieran leer su *Instruccion general sobre la ejecucion del plan de estudios de los liceos*, de 15 de Noviembre de 1854, obra maestra, á cuya redaccion concurren los más elevados personajes que han ilustrado este ramo; si esa instruccion se hubiera cumplido, la literatura y las ciencias habrían brillado tan viva y clarísimamente como nosotros hubiéramos podido desearlo (1).

Con otras fórmulas y empleando otros medios, M. Julio Simon, ministro de Instruccion pública, ha continuado el desarrollo de las ideas de M. Fortoul. Es de temer que la circular de 27 de Setiembre de 1872 (2) sufra la suerte de la instruccion

(1) M. Fortoul, cuidadosísimo de nuestras tradiciones nacionales, había propuesto la formacion de una *Coleccion de poesías populares de Francia*; obtuvo del Presidente de la República un decreto ordenándolo en 13 de Setiembre de 1852, y el 17 del mismo mes y año dirigió una circular á los rectores que contenía excelentes instrucciones para este objeto. La circular estaba redactada por M. Ampere. Las canciones y poesías que debían recogerse se dividían en trece clases diferentes. El autor de este documento cita ejemplos de cada clase escogidos con raro discernimiento. ¿Qué ha sucedido con este proyecto? ¿Por qué no se ha ejecutado? Nosotros creemos poder afirmar que ha llegado á reunirse un número considerable de poesías, acaso archivadas ahora entre expedientes y cartones en el Ministerio de Instruccion pública. ¿Por qué no se las saca de allí y se las da á luz? ¿No valdría más publicar eso que *Le Pied qui r'mue*, *Les bottes de Bastien*, *Bu qui s'avance* y tantos otros modelos de la más marcada ineptitud que nos han preocupado seriamente?

(2) La circular de 27 de Setiembre de 1872 es hoy (en 1874) letra muerta; un informe de M. Patin (*Moniteur Universel* del 30 de Setiembre de 1873).

de 15 de Noviembre de 1854. Quizás es necesaria una generacion nueva para que se realice una revolucion séria y provechosa en la segunda enseñanza. La circular de 1872 no agradó á todo el mundo; suscitó animosidades, que se dirigían más bien contra el hombre político que la redactó, que contra las reformas que sancionaba. Al aparecer, cierto obispo, versado en estas materias, á cuyo ejercicio debe señalados lauros, publicó una carta en la que sostenía que era necesario prescindir de ella por completo. Hay en esto un principio de desórden que perjudica sensiblemente la enseñanza, y que puede causarle durante muchos años un mal irreparable.

Es inútil hacer aquí un análisis de esa circular, que todos conocen; no hay periódico que no la haya reproducido y examinado; sus párrafos han vuelto á escucharse en la tribuna de la Asamblea. Se encamina al mismo objeto que M. Fortoul intentó realizar; decide que ningun alumno podrá pasar de una clase inferior á otra superior sin haber sufrido un exámen: el efecto de esta medida, si constantemente se aplicara, lo que es muy dudoso, sería el de lanzar fuera de las humanidades á los jóvenes para quienes no tienen atractivos ni interes los estudios clásicos, enviándolos al campo de la ciencia, en el cual hallarían quizá el camino que habrían buscado en vano por otra parte.

De esto no se ha dicho demasiado, porque acaso no se ha visto adónde podrían llevarnos las consecuencias de semejantes premisas. Pero la circular suprime los versos latinos; y no hay anatemas bastante enérgicos contra el ministro que se atreve á poner la mano sobre el arca santa, y que desembaraça á los alumnos de un ejercicio puramente mecánico y tan fastidioso como inútil. No se han economizado las frases de efecto; se ha hablado de «la ruina de las humanidades» y del «decaimiento de la alta educacion intelectual en Francia.» Esto es pura y sencillamente pueril. No debe considerarse com-

vuelve á llevar la instruccion secundaria por los extraviados caminos de otro tiempo. Los versos latinos y los temas latinos proscritos al día siguiente de una revolucion política se restauran despues de una revolucion parlamentaria. La reforma intentada no ha podido producir resultado alguno, porque no ha tenido de vida más que un solo año.

prometida la suerte del país porque los niños no terminen en lo sucesivo los versos cojos é ininteligibles que repiten, con los *omnia tandem*, ó los *denique jam-jam*. Todos hemos hecho versos latinos en el colegio, y sabemos muy bien que para ser buen notario, hábil abogado ú honradísimo comerciante, es superfluo ordenar los dactilos y los espondeos, como nos los ofrece el diccionario, y sin entender casi nunca por qué se los coloca de esta ó de la otra manera.

Muchos reformadores, léjos de hallar la circular de M. Simon demasiado radical y progresiva, la encuentran excesivamente moderada y parca; creen que no es bastante para realizar el objeto que la inspira, como si en el momento de llegar á consumarlo su autor hubiera dudado y se hubiera extraviado de él ó detenido. En efecto, la circular no se atreve á prescindir de la composicion latina; pasa ante ella y la respeta, dejando adivinar lo que piensa de su conservacion en el plan de enseñanza. Se dice que esto es contentarse con palabras, y que en realidad el discurso latino, que podía tener su razon de ser en el siglo último, á causa de las antiguas costumbres universitarias, por largo tiempo conservadas en la práctica de los exámenes, de nada sirve en nuestro tiempo. Se dice más: se dice que la composicion latina enfrasca al alumno en la resolucion de una especie de rompe-cabezas chino, de la que no ha de sacar la más mínima ventaja, y que el último de los plebeyos romanos de la época de César se descoyuntaría de risa leyendo nuestras mejores frases latinas. Sin aceptar juicios tan absolutos, puede reconocerse que en nuestros dias es muy difícil hablar latin. Si el discurso reproduce ideas modernas, no puede haber entre ellas y las palabras con que han de expresarse verdadera correspondencia; porque aquellas palabras expresan pensamientos, consideraciones y descubrimientos científicos que la antigüedad no conocía; si, por el contrario, el discurso contiene ideas antiguas, la falta será nuestra, porque ajenos á aquellas ideas no podemos penetrarnos de ellas ni asimilárnoslas. Esto es consecuencia ineludible de un hecho, del que al parecer se prescinde: la propagacion del cristianismo, que modificó la moral, la filosofía, la lógica, en una palabra, la manera de ser del entendimiento humano.

Las metáforas que imaginan los alumnos de latin, no son más que una especie de juegos de palabras: á la telegrafía eléctrica la llaman «el hilo forjado por Vulcano, tendido por Iris, en el cual penetra el rayo, al cabo domado y obediente»; al reloj «la aguja inteligente que repite los latidos del corazón de Kronos.» Es probable que al fin la Universidad misma renunciará á esta antigua costumbre. Tarde ó temprano reconocerá que, si la traducción del frances al latin es indispensable para fijar en la mente del niño la economía de ciertas reglas gramaticales, su ocupación preferente debe ser la de traducir del latin al frances, porque esa tarea mantendrá despierto y vivo su espíritu, le enseñará hechos que ignora, y le revelará ideas que desconoce por completo.

Nuestra enseñanza secundaria adolece de un defecto material que es conveniente señalar, porque engendra un grave perjuicio. Me refiero á la aglomeración de los alumnos que la cursan en los colegios en que se profesa; hay alguno de ellos al que asisten 700 ú 800 escolares, cifra seguramente excesiva. Por más que la vida que se hace en estos establecimientos esté ordenada como pudiera hallarse la de un monasterio; aun cuando los maestros se paseen durante las horas de recreo por aquellos patios tan tristes, tan desnudos, rodeados de altas murallas y de ventanas enrejadas como las de un calabozo; por más que el vigilante nocturno recorra durante la noche los dormitorios en que descansan, por término medio, 60 alumnos, no es posible evitar los efectos de esa aglomeración, que afectan á la moral, á la disciplina y al régimen de tales casas. Sin insistir en esos peligros, que son demasiado reales, puede afirmarse que sería un gran bien para los alumnos admitidos en la enseñanza secundaria, estar distribuidos en colegios que no tuvieran más de 50 alumnos cada uno: es fácil vigilar la conducta y los trabajos de ese número de estudiantes, hacer lo que ahora es imposible en nuestros liceos.

Sirva de ejemplo el más célebre de nuestros colegios, el colegio de *Luis el Grande*, que hoy lleva por nombre *Liceo Descartes*. Hay en él veintinueve clases diarias para 1.179 alumnos, de los cuales son internos 527. Es de todo punto inadmi-

sible que 29 profesores, aunque sean muy grandes sus méritos y su buena voluntad, puedan dar una enseñanza bastante para cerca de 1.200 alumnos. En la instalación del colegio no se ha descuidado nada: los dormitorios son grandes y ventilados; las salas están bien dispuestas; la enfermería es un modelo de limpieza; el gimnasio, cubierto, está amueblado y dotado de todos los útiles necesarios, y aún de muchos de verdadero lujo; la alimentación que se da en el colegio es abundante, y se procura escoger en las mejores condiciones á los pasantes que han de vigilar y auxiliar los estudios de los alumnos; pero con todo esto no es posible lograr que un solo hombre pueda emplearse útilmente en educar un número tan considerable de niños.

Los resultados del sistema de estudios seguido hasta ahora sólo se comprenden bien asistiendo á los exámenes del bachillerato en letras. Ahí es donde revela toda su esterilidad la segunda enseñanza. He asistido con verdadera emoción á algunos de estos ejercicios, y he visto hombres de gran mérito, profesores de la Sorbona y miembros del Instituto, perder un tiempo precioso, que hubieran podido emplear muy bien fuera de allí, interrogando á muchachos aturdidos que no entendían ni aun por qué se les preguntaba. He visto desfilar en aquella pequeña y deslucida sala de nuestra universidad en que se verifican estos ejercicios, ante examinadores que de vez en cuando tenían que levantarse para echar un tronco al hogar, porque la facultad de letras es demasiado pobre para poner á sus órdenes un criado; he visto pasar por allí, repito, muchos jóvenes de los que, según se dice, han terminado sus estudios; pero que en realidad, más parece que no les han dado principio. Las materias del examen que van á sufrir, no son, por otra parte, muy complicadas ni difíciles; todo su programa lo forman algunos trozos de latin ó griego, ó de autores franceses, que se escogen siempre entre Corneille, Boileau, Racine, La Fontaine y Molière, un poco de filosofía, un poco de geografía y de historia, y de matemáticas lo bastante para saber contar. La historia que se les obliga á aprender es la de Francia, y ésta sólo desde Luis XIV, de manera que si se pregunta á alguno de esos niños qué rey tuvo el honor de que Sully fuera

su ministro, puede negarse á contestar porque la pregunta está fuera del programa.

He visto al decano de las letras francesas, un anciano que ha consagrado su vida entera al trabajo y que mantiene cada día con vigor nuevo culto ferviente á las grandes cosas del espíritu, hacer esfuerzos que no se imaginarian, multiplicar las preguntas, auxiliar á los examinandos, *soplarles*, como se dice en los bancos de la escuela, para obtener de ellos una respuesta tolerable. Ni aún así lo conseguía. En aquella misma ocasion aprendí muchas cosas que ignoraba; aprendí que en la conquista del vellocino de oro, Andrómeda ayudó á Jason, que *Amphitryon* es una obra de Racine y *El facistol* una comedia de La Fontaine; que el verso del Arte poética de Horacio *ne... versatur Cadmus in anguem* significa que no debe convertirse á Cadmo en pescado.—No hay que hablar á estos estudiantes ni de Ronsard, ni de Le Sage; Ronsard es muy antiguo y Le Sage muy moderno. A Milon lo tomarían por un escultor, porque no han puesto nunca los piés en nuestros museos, y dirían que la Santa Capilla fué construida por Luis XIV, porque no han oido jamás hablar de arqueología.

¿Se debe compadecer ó vilipendiar á estos pobres muchachos? Creo que es necesario excusarlos, disculparlos, porque á sus ejercicios, en que de tal manera se portan, no llevan más que el fruto de los métodos de enseñanza que los han fatigado sin instruirlos. A pesar de lo medianamente impuestos que vienen en todas las asignaturas y de lo mucho que ignoran, se les recibe y gradúa; la causa primera de esta tolerancia es que el exámen de bachiller en letras no se considera más que como una sencilla formalidad equivalente á un certificado de estudios, que no abre la puerta de carrera alguna; en segundo lugar, porque hoy la ley militar persigue muy de cerca á los jóvenes, y porque los examinadores tienen una indulgencia de ama de cria al considerar que va á cogerlos por su cuenta el regimiento y á separarlos de todo trabajo intelectual, al ver que han llegado á la edad en que comienza el servicio de las armas y que es necesario asegurarles el beneficio de un año de voluntarios. Además, esos sabios y apreciables sujetos no ignoran que no puede haberse aprendido todo; quizá se acuer-

dan de que uno de ellos, que fué maestro conferencista en la Escuela normal y laureado en el Instituto, puso una nota á cierto libro que traducía para explicar al lector asombrado que el fenicóptero (1) es un pez. Este tal, como profesor de griego, había leído á Aristófanes, y acaso se acordaba del personaje emplumado de *Los Pájaros*, que entra en la gran fiesta de Pisthetærus diciendo: *¡Torotix! ¡Torotix!* Si los maestros padecen estos errores, es justo no tener mucha severidad con los discípulos.

A mi juicio, este exámen de bachiller en letras que pone fin á la segunda enseñanza, está muy mal organizado. No hay que destruirlo, pero es preciso modificarlo. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer hoy que si el estudio de las lenguas muertas, ó de las lenguas inmortales, como se las ha llamado con acierto, es excelente, el de las lenguas vivas es indispensable y debe ocupar un lugar importante en la instrucción de la juventud. Ya se ha empezado á introducirlas en nuestros liceos, pero esto no es más que un gérmen que recibirá, sin duda alguna, en lo sucesivo el desenvolvimiento necesario.

Yo quisiera que el bachillerato se dividiese en dos exámenes completamente distintos é independientes el uno del otro. Por término medio los niños asisten durante ocho años al colegio. Seis años bastan y sobran para que aprendan todo lo que se debe saber de griego, de latin y de historia, sobre todo si se disminuye el número de los dias de asueto que excede al de los dias de trabajo. Al fin de los seis años, al cumplir los diez y seis, el alumno sufriría un primer exámen de humanidades, y á los diez y ocho otro de historia natural, lenguas vivas y geografía.

Insisto mucho sobre las lenguas porque son un instrumento de trabajo y de porvenir rigorosamente necesario en nuestra época. Nosotros lo hemos descuidado constantemente hasta el extremo de que haciendo más de cuarenta años que poseemos la Argelia, y siendo aquella region, desgraciadamente, nuestra escuela de guerra adonde todos los oficiales del ejército frances van por turno, aún no hay idea ni propósito de instalar un curso de lengua árabe en la escuela de Saint-Cyr.

(1) Flamenco, ave acuática.

No sólo pueden apreciarse en los exámenes de la Sorbona los resultados de nuestra segunda enseñanza. Este árbol de la ciencia, tal como le cultivamos, ha producido frutos muy amargos. No hay más que ver el grado de instrucción y los gustos de las clases ilustradas educadas en colegios ó en instituciones análogas, para convencerse de ello y abrigar pretensiones más modestas.

Sin hablar de cierto académico, gran señor, que lamentaba formar parte de una comisión encargada de juzgar una nueva traducción de Terencio, porque, según decía, «estaba un poco desavenido con su griego,» se puede reconocer que la buena sociedad ha abandonado el camino de las bellas letras. Se ha prendado de novelas obscenas que halagan las fibras menos nobles del alma, se ha preocupado con bufonadas y danzas ridículas indignas de divertir á los hotentotes, se ha apiñado en los lugares de peor traza y más escondidos para aplaudir las necedades picarescas que vomitaba una cantadora epiléptica; las mujeres del gran mundo han ido en compañía de hombres *comme il faut* á los bailes públicos para ver danzar á jovencuelas disolutas. Hace mucho tiempo que un hombre de muy buen sentido y de gran espíritu, Eduardo Thouvenel, me decía con tristeza: «El éxito de los *Dioses del Olimpo* me hace dudar del porvenir de Francia.»—Tenía razón: repudiar, desdeñar lo bello, prefiriendo lo mediano, y buscar á todo trance lo que más divierta, es entrar en un camino al término del cual no hay esperanza de salvación. Todas esas gentes, cuyos hijos se llaman *les petits-crevés* y á quienes horroza lo serio y lo elevado, no dudarán que el escritor que mejor traduce su pensamiento y con más exactitud responde á su culpable inclinación por los más bajos placeres, es ese refractario, futuro miembro de la *Comunne*, que á propósito de una bufonada ridícula, *Barba Azul*, enviaba el anciano é ilustre Homero, ante los Trescientos.—Quizá esos mismos hombres habrían admirado los cantos del inmortal autor si se les hubiera enseñado á apreciar su incomparable belleza en los bancos del colegio, en vez de educarlos de la manera más propia para que los desdeñasen.

MÁXIMO DU CAMP.



LA LIBERTAD Y LA IGLESIA

A PROPOSITO DEL LIBRO DEL PADRE CURCI.



A aparición del último libro del Padre Curci, titulado *El moderno disentimiento entre Italia y la Iglesia*, ha sido y aún continúa siendo en Europa un suceso que preocupa vivamente la atención. La circunstancia de haber pertenecido su autor durante cincuenta años á la Compañía de Jesus, cuyas doctrinas y cuyas ideas imperan en el Vaticano; su poderoso y penetrante entendimiento, del que había dado muestras repetidas en libros y discursos; y sobre todo esto, su conocido propósito de maltratar á los consejeros que inspiraban desde há tiempo la conducta política de Pío IX y de hacer simpática la causa de la unidad de Italia frente á la causa del poder temporal, han sido motivos para que el libro en cuestion haya alcanzado un renombre extraordinario.

A poco de publicarse en Florencia dieron cuenta de él los periódicos más importantes de Europa en telégramas primero y en juicios apasionados despues; y á las pocas semanas vemos aparecer en nuestro país, por lo comun tan olvidado de los graves acontecimientos que ocurren en Europa, dos traducciones de la obra y una impugnacion. Júzguese por la importancia que le damos en España, la que habrá alcanzado en naciones que para dicha suya son más cultas y despreocupadas que la nues-

tra. Y no es, seguramente, porque el libro del ex-jesuita presente un aspecto desconocido en la crisis que atraviesa el Catolicismo y el pensamiento religioso, sino porque ó no significa nada, ó es viva protesta que nace en las entrañas mismas de la Iglesia como para anunciar que las instituciones, por altas que sean, se ven condenadas á una decadencia y á una muerte seguras cuando se inspiran en ideales abandonados para siempre por la sociedad.

Sólo bajo este aspecto es importante el libro del Padre Curci, y sólo bajo él debemos considerarlo nosotros, apuntando algunas reflexiones que nos ha sugerido su lectura, que á eso y no más pensamos sujetar el presente artículo.

I.

Conocida es la conducta de la Iglesia desde el momento en que los poderes civiles iniciaron la lucha para conquistar su independencia. Favorecida más por las circunstancias que por auxilios de no muy legítima explicación, la Iglesia consiguió en los tiempos que median entre el siglo v y el xv asumir totalmente la vida. Había sometido el Estado á su consejo, la ciencia á su criterio, el arte á su inspiración, las costumbres á su moral, y, en suma, el mundo á su poder. Todas las manifestaciones del espíritu, aún aquellas que sólo por lejanos aspectos se relacionan con el sentimiento religioso, eran otras tantas muestras de su influjo avasallador y omnipotente. No ha presenciado otro semejante la historia; los imperios de Oriente fueron, es cierto, más extensos, pero no impusieron á sus gentes una organización más completa.

Por eso, hablar de la historia del Catolicismo y de la Iglesia en la Edad Media, es hablar de la historia de los pueblos civilizados de Europa. Hubo, sí, algún generoso esfuerzo por romper la férrea unidad impuesta por Roma, pero, ó pasó desapercibido, ó quedó al punto sofocado. Era tal el dominio que ejercía sobre las almas, que ante su voz callaban las de todos los pensadores. Sin embargo, las tentativas hechas en el sentido del progreso no se pierden nunca; permanecen ocultas

ú olvidadas por mucho tiempo, algunas veces por largos siglos, pero al cabo la historia las recoge y las hace producir sus naturales frutos, engarzándolas al movimiento general de la humanidad: que en los hechos no solamente contribuye la generacion que los realiza, sino en parte considerable las generaciones que los preparan. Son las ideas como la semilla, cuya virtud no desaparece jamás; sembradas á su tiempo, se desarrollan, crecen y fructifican, y sembradas fuera de oportunidad, se descomponen para servir de abono y estimulante á otras nuevas.

Así, era preciso que apareciesen los juristas y los poetas en la Edad Media, y la época del Renacimiento, y la Reforma y las luchas religiosas, y la Revolucion, hija legitima de la Reforma, y la crisis universal de nuestro siglo, consecuencia indeclinable y fatal de la Revolucion, para que ciertas ideas cuya realizacion era tenida por imposible, se abriesen paso hasta conquistar la conciencia humana. Alarmada la Iglesia por hechos que acontecían á su pesar y en són de protesta contra su predominio, apercibióse á la lucha, debilitando las iglesias nacionales, robusteciendo su poderosa organizacion y concentrando su fuerza para oponerse resueltamente á la temible invasion de las nuevas ideas.

Sólo de esta suerte se explica la serie de medidas tomadas en el presente siglo, y sólo así tiene justificacion su actitud denodada y hostil contra la civilizacion y el progreso. La definicion de dogmas que los más sabios doctores no se atrevieron á defender, la proclamacion del *Syllabus* á la mitad del siglo xix, lanzada como cartel de desafío al mundo moderno, y la declaracion de la infalibilidad pontificia, aparte de otros que se pudieran citar, son acontecimientos que revelan bien á las claras la altiva decision de la Iglesia en aparecer vigorosa y fuerte como en otros tiempos. A una conquista de la civilizacion opone las conquistas por ella realizadas; á las ideas que engendra el movimiento científico contemporáneo, opone su ciencia y sus maestros; á las manifestaciones del arte de nuestros dias, opone sus himnos, sus cuadros, sus poesías y sus catedrales; á la lucha febril de los pueblos por hacerse dueños de sí mismos, opone el manso y tranquilo ejercicio de la so-

beranía de Dios encarnada en su vicario y en sus ministros; al malestar de las clases abandonadas juntamente por el destino y por los hombres, opone las promesas de una vida beatífica y bienaventurada, en que recibirán ciento por uno los bienes que hayan sembrado en la tierra; y en fin, á las inquietudes y á las negaciones del espíritu, las más terminantes y rotundas afirmaciones.

Son sus doctrinas tan universales que penetran á todos los órdenes de la vida; de aquí su pasada grandeza y de aquí también su irremediable decadencia. Renunciar á la historia una institución como la Iglesia, que tiene sus raíces en el pasado, que de ellas se alimenta y con ellas se sostiene, sería renunciar á la existencia. Las instituciones valen por las ideas que representan, y por eso no pueden modificarse sin modificar al punto su representación. Y si las instituciones hacen arrancar su origen y su constitución en la propia voluntad de Dios, entónces la representación es forzosamente como la cosa representada, infalible, eterna y extraña á toda mudanza. Por eso declara la Iglesia que ella sola es la *Sociedad perfecta*, atribuyéndose dones que la sociedad civil no tiene. Depositaria de la verdad, de la fe, de la tradición y de la moral, ella tan sólo es la capacitada para fijar reglas á las costumbres y criterio á todo género de enseñanzas. El sagrado tesoro de la fe de que es depositaria le impone obligaciones imperiosas de ineludible cumplimiento y declaraciones expresas sobre los medios de realizar su ministerio en la tierra. *Non possumus*; tal es su divisa, bandera negra enarbolada á toda pretensión que parta de la sociedad civil y de las ideas modernas. Podrá haber hombres generosos contagiados del espíritu de su tiempo que quieran imponer su pensamiento; pero estos hombres serán constantemente vencidos. Á semejanza de los seres naturales, las instituciones están formadas por órganos que desempeñan funciones especiales adaptadas y acomodadas al todo á que pertenecen. Cuando uno de ellos perturba el movimiento de los demás, establécese una lucha de la que resulta por ley fatal la atrofia del órgano ó la muerte del todo orgánico. Penetrada la Iglesia de esta verdad, no ha consentido jamás en su seno innovaciones que á la larga pudieran torcer el rumbo de

su destino. El instinto de conservacion que acompaña á todos los séres ha obrado en ella como fuerza inconsciente para resistir á doctrinas extrañas á su naturaleza. Por esò las tentativas encaminadas á alterar el criterio perpétuamente sostenido por ella, han sido rechazadas, cuando la dureza de los tiempos lo han permitido, con la violencia, y en los tiempos actuales, más benignos y tolerantes que los pasados, con el extrañamiento; pero siempre con igual energía. La Iglesia comprende que su fuerza radica en la unidad inmóvil de sus creencias; alterarlas al compas del movimiento de la historia, equivaldría á rectificarlas y á descender por el hecho mismo de la mudanza al nivel de las sociedades humanas, sujetas á la ley de los tiempos; y la Iglesia, guardadora de la verdad y de la fe, *Sociedad perfecta*, como á sí propia se llama, no ofrecerá, como dice atinadamente un grande historiador contemporáneo, el espectáculo del suicidio. Harto graves son los peligros que el siglo XIX le ofrece con sus descubrimientos, sus teorías y sus críticas, para que los aumente mostrando inconsecuencias que la debilitarían.

La historia entera del Catolicismo y de la Iglesia abona nuestros asertos, y si alguna duda cupiera, los sucesos ocurridos á nuestra vista durante el largo Pontificado de Pío IX los pondrían de manifiesto de una manera evidente. ¿Ha realizado algun hecho la Iglesia ó el Pontificado, ni en nuestros tiempos ni en otros, que indique alguna tendencia á cooperar en la obra de la sociedad civil? ¿Ha buscado alguna vez, desde que los poderes láicos se emanciparon de su tutela, punto de conjuncion para colaborar de acuerdo con ellos? ¿No ha condenado en todo tiempo, y singularmente desde que la libertad de la conciencia es más visible, por perniciosos y funestos, los medios de que se valen los pueblos para ser prósperos y grandes?

Es inútil buscar documentos de prueba: en la memoria de todos están hechos recientes para que tengamos necesidad de repetirlos, pero no podemos sustraernos á evocar algunos recuerdos que cuadran perfectamente á nuestro objeto.

II.

No hace muchos años, tres varones ilustres tomaron sobre sí la difícil tarea de aliar las pretensiones del Vaticano con las aspiraciones de la sociedad. Las ideas nacidas al calor de la Revolución francesa, el empuje incontrastable del pensamiento que empezaba á romper el dique que por muchos siglos lo había tenido sujeto, las invasiones de la duda en la mayor parte de las inteligencias y la convicción de que la Iglesia Católica corría el peligro de ser desertada por sus creyentes si no modificaba sus exageradas pretensiones, hicieron concebir á Lamennais, Montalembert y Lacordaire el propósito de una posible alianza del Catolicismo con la libertad. Luchando con todo género de inconvenientes y afrontando innumerables obstáculos, consagráronse con empeño á su tarea, fundando por los años de 1830 un periódico titulado *L'Avenir*, cuyo programa puede ser resumido en los siguientes puntos:

- 1.º Libertad absoluta de pensamiento y de cultos.
- 2.º Separacion completa y radical de la Iglesia y del Estado y supresion consiguiente del presupuesto del clero.
- 3.º Libertad de enseñanza, y
- 4.º Libertad de imprenta.

El éxito del periódico sobrepujó sus esperanzas: todas las clases sociales lo acogieron con entusiasmo, demostrando de esta suerte su aspiracion á la libertad. Pero bien pronto el episcopado y la córte de Roma rompieron el fuego contra las nuevas ideas, obligando á suspender la publicacion de *L'Avenir*. Deseosos de librarse de los cargos que se les imputaban, decidieron los tres amigos emprender un viaje á Roma. A su llegada presentaron á Gregorio XVI una memoria en que exponían el odio que en la sociedad inspiraba la conducta del clero, y el peligro que corrían juntamente la fe, la piedad y la práctica de los deberes religiosos, si la Iglesia persistía en separar sus intereses de los que representaba la nacionalidad belga. Y ¿cómo fueron recibidos en Roma los fundadores de *L'Avenir*? Conteste por nosotros la amargura que produjo en

el ánimo de Lamennais su viaje á la Ciudad Eterna, en donde tuvo ocasion de contemplar de cerca y por sí mismo las ideas que allí imperan. En una carta fechada en 1.º de Noviembre de 1832 en Roma, se lee el siguiente párrafo: «El Catolicismo era mi vida, porque es la de la humanidad: quería defenderlo y levantarlo del abismo en que se sumerge de dia en dia: la tarea era fácil, pero no convenía á los obispos. Quedaba Roma, y á ella fuí, *viendo la cloaca más infame que puede manchar las miradas humanas. El gigantesco canal de los Tarquinos sería pequeño para tanta inmundicia. Allí no hay más Dios que el interes: se vendería á los pueblos, al género humano, á las tres personas de la Trinidad una tras otra y todas juntamente por un pedazo de tierra ó por un puñado de oro.* A la vista de todo esto, he exclamado: *el mal es superior al poder del hombre, y he vuelto los ojos con pena y con espanto.*» Tales palabras, arrancadas á la sinceridad de un creyente honrado á quien no movía más interes que el triunfo de la fe y la libertad, valen mucho más que todo lo que nosotros pudiéramos decir.

En ellas no solamente se revela cierto género de costumbres, sino la muerte de las ilusiones que había acariciado su generoso autor. Sus doctrinas, aceptadas por muchas gentes de Europa, constituían un verdadero peligro, y el Pontífice se vió en el caso de contradecirlas por medio de documentos públicos en que se leen estas declaraciones: «*La Iglesia se quebranta por cualquiera novedad que en ella se introduzca.*» Es, pues, preciso que la unidad que reside en la Cátedra de San Pedro, como sobre su propio fundamento, permanezca firme é inquebrantable...» «... Hablar de cierta restauracion y regeneracion para conservarse y prosperar, es soberanamente injurioso para la Esposa de Jesucristo...» Y, refiriéndose á la libertad de imprenta, dice en otro: «... Es preciso combatir con fuerza, como sostiene Clemente XIII, y exterminar esta peste mortal; y jamás desaparecerá la materia del error de otro modo que arrojando á las llamas los culpables elementos del mal...» Véase cómo el Pontificado combate las *novedades* que tratan de ingerirse en el cuerpo de la Iglesia, y cómo se reciben en Roma las tendencias enca-

minadas á aliar las aspiraciones unánimes de los pueblos modernos con las pretensiones de los poderes religiosos. Tal es el lenguaje usado en todo tiempo en el Vaticano, cualesquiera que hayan sido las circunstancias: las declaraciones oficiales, los documentos públicos, se hallarán siempre inspirados en la misma intransigencia como para demostrar al mundo que su lema *semper eadem* ni varía con la voluntad de los hombres ni se acomoda á otros intereses que los llamados á proclamar por su ministerio divino. Las palabras que preceden, copiadas unas de una Encíclica de Gregorio XVI, escrita sin duda con el fin de desautorizar las predicaciones de *L'Avenir*, como lo hace sospechar el encargo que recibió el cardenal Pacca del mismo Pontífice de enviar un ejemplar del documento á Lamennais, tiene n á nuestros ojos una importancia decisiva. Los que cegados por cándidas ilusiones pretendan variar la actitud de la Iglesia, saben ya de antemano los resultados que han de obtener sus esfuerzos.

La independencia de la razon, el libre exámen, la soberanía del poder civil y cuantas manifestaciones tiendan á mermar la autoridad de la Esposa de Jesucristo, hallarán una condenacion enérgica y una resistencia invencible. Trabajarán en balde los que otra cosa deseen: la Iglesia vive de la fe y la fe es inalterable; inspírala la verdad de que es guardadora, y la verdad no tiene más que un camino, un plan, un procedimiento, el que han observado Gregorio XVI y todos sus predecesores y el señalado por Pío IX en su famosa recopilacion de proposiciones condenadas por el Catolicismo, titulada el *Syllabus*.

III.

Sujetándonos á un aspecto de la lucha empeñada actualmente entre la religion Católica y las ideas predominantes en el mundo moderno, puesto que discurrir sobre todos los que presenta excedería los límites impuestos á este trabajo, detengámonos en una cuestion que afecta directamente á la existencia de los poderes públicos constituidos en Europa y al curso que imprimen á su movimiento todos los países civilizados.

¿Es doctrina de la Iglesia la consagración del poder temporal del Pontificado como condición necesaria al cumplimiento de sus fines? ¿La legitimidad de tal poder es de derecho divino, y por lo tanto permanente y eterno, ó es por el contrario una de aquellas que no reconocen otro origen que el de la tradición y la historia? En otros términos: dada la existencia de la soberanía como derecho, ¿reside en la Iglesia ó en otra parte?

Tales son las cuestiones capitales que hace poco tiempo planteó el célebre hombre de Estado inglés, Mr. Gladstone, en sus libros *Los decretos del Vaticano y la lealtad civil* y *El Vaticanismo*, en vista de las pretensiones cada vez más absorbentes de Roma, y tales son también las que en sustancia resucita el Padre Curci en su ya afamado libro *El moderno disentimiento entre la Italia y la Iglesia*. Que el criterio varía en ambos autores, que las doctrinas que se desprenden de uno y otro sean contradictorias, que la conducta aconsejada al Vaticano por el ex-jesuita no concuerde con la que defiende el político inglés, son cosas que no causarán extrañeza á los que conozcan el campo de que cada cual procede; pero que casi simultáneamente, con corto intervalo de tiempo, den la voz de alarma á Europa dos hombres de ideas tan opuestas, promoviendo una lucha implacable entre la potestad civil y la religiosa, es coincidencia que debe solicitar la atención de los que se preocupan en este género de asuntos.

No depende esto, seguramente, del carácter personal de los que inician semejantes alarmas ni de las aficiones que muestren por ciertas soluciones. El mal existe con una gravedad suma; el Catolicismo y su órgano el Vaticano ejerce todavía imperio sobre millones de almas en Europa y constituye una fuerza considerable en nuestro siglo. Cierto es que el pensamiento está en vías de emanciparse y que no se ve lejano el día en que la emancipación sea completa; pero es también cierto que, hoy por hoy, en el presente momento, abundan las preocupaciones de tal modo entre las gentes ménos ilustradas, que dan á los poderes religiosos una realidad y una fuerza innegables. Será en vano que neguemos la existencia del mal huyendo del peligro que nos amenaza. El siglo XIX, eminentemente crítico, en el que las soluciones no están bien determinadas, sino

que cuando más aparecen en vislumbre para el porvenir, tiene que resolver multitud de problemas graves, y ninguno lo es tanto por la complejidad de sus elementos, como el problema religioso.

La obra del siglo XVIII y aún toda la del actual, es destructora y negativa. La hora de la reconstitucion no ha llegado todavía; la duda penetra en los espíritus formando una situación á igual distancia de la tradición que del porvenir, fluctuando entre la adhesión á lo que se fué y á lo que se dibuja vagamente en lo futuro. De aquí, que careciendo los hombres de algo concreto que abrace la divinidad y la obra divina, se agrupan en momentos solemnes en derredor de las antiguas creencias que prestan, cuando ménos, con la autoridad de la tradición y con la santificación histórica de sus símbolos, la calma á los espíritus. Por eso, en general, la sociedad moderna, en tanto que el Catolicismo levante templos en donde se venera el misterio de la creación, mirará con despego y aún con repugnancia y no con el respeto debido á los que se satisfacen con las fuerzas que su individualidad les da. Y sólo aquellos varones fuertes educados en el arte ó en la ciencia que vean la manifestación de Dios en el interior del alma ó en los fenómenos y las leyes de la naturaleza vivirán libre y racionalmente, pero á gran distancia de sus contemporáneos. Hasta tanto, pues, que la conciencia no se eleve y la instrucción no se difunda, y el pensamiento no se eduque, oscilarán las muchedumbres entre los ideales que se fueron y los que vienen, pero simpatizando con lo que, siquiera en apariencia, tranquiliza la vida presente y resuelve el temeroso problema de la futura. No ha vivido jamás el espíritu humano de negaciones, y forzoso es declarar que la filosofía del siglo XVIII y singularmente desde Kant, sigue un proceso crítico que convierte en ruinas las antiguas creencias. La crítica religiosa, consecuencia inevitable de aquel proceso, ha combatido con verdadera saña, destruyendo falsos ídolos, minando los fundamentos mismos en que se apoya lo sobrenatural y haciendo el vacío en torno nuestro: no se ha cuidado la ciencia de edificar sobre las ruinas esparcidas, ni es fácil que en mucho tiempo se consagre á esta tarea. La reforma del pensamiento es demasiado lenta para que po-

damos esperar en nuestros días obras que sustituyan á las que nuestra propia generacion contribuye á derribar. Si tuviéramos un punto de refugio en donde hallar consuelo á nuestras aflicciones, bálsamo para nuestras heridas y fuentes en que apagar la sed infinita que nos devora, algunas instituciones habrían ya desaparecido de nuestra vista y no quedaría de ellas más que el recuerdo. Mucho es que los que llevan la direccion de la ciencia, y en general las gentes que poseen cierta cultura, se hayan separado de estériles dogmatismos, pero esto no basta. Miétras no se arranquen de cuajo supersticiones á cuya sombra son posibles resistencias formidables contra la marcha del progreso, la memoria de lo que pasó y los frutos recogidos tendrán fuerza para perturbar nuestra ya agitadísima sociedad.

El ideal de los pueblos modernos, y sobre todo el de los hombres llamados á gobernarlos, se nutre de las inspiraciones de la razon libremente consultada: el derecho y la política no piden luz á la revelacion sino á la justicia; proclámense reformas de todo género que alejan tutelas ilegítimas; fíjase como principio inconcuso el perfecto derecho de los pueblos á gobernarse á sí mismos, y se emancipan las costumbres, no sin que á cada acto de independendia acompañe una protesta de Roma, que aún pretende, porque encuentra algun eco su ambicion, ejercer la autoridad suprema que ántes tuvo en Europa.

¿Han de vivir las generaciones presentes entregadas á un cándido optimismo, puesta la confianza en la bondad de las nuevas ideas, ó debe, por el contrario, apercibirse á la lucha como pide Gladstone? ¿Existen motivos para suponer que el Vaticano, aún con la modificacion sufrida por el resultado del último cónclave, varíe de consejo, acomodándose á ciertas exigencias de los poderes civiles como reclama el Padre Curci? ¿Puede el ultramontanismo, fiel expresion de los sentimientos que animan y animarán en todo tiempo á la Iglesia Católica, transigir con la civilizacion y la sociedad modernas segun están constituidas? Preguntas son estas á que ya contesta la historia contemporánea con hechos por cierto muy dolorosos, y á que seguirán contestando los actos que en el momento en que escribimos estas líneas se aguardan con impaciencia.

Las pretensiones de Roma, por más que piense otra cosa el

Padre Curci en su famoso libro, son siempre las mismas. Luchará contra la sociedad mientras la sociedad no convierta los ojos á la Iglesia; luchará contra el Estado si el Estado rechaza sus exigencias; luchará contra la ciencia y contra los nuevos ideales que rompen los moldes en que quiso sujetarlos; y su misión constante, mientras los pueblos reclamen su independencia y su soberanía, será luchar, y si es preciso morir en la lucha, vencida por la fuerza de los tiempos, mas no por abdicaciones vergonzosas á que hasta ahora no ha llegado. En balde se esforzará el ingenio del Padre Curci, ensayando alianzas en que fracasaron Montalembert y Lacordaire. Entre la Iglesia y la libertad no hay concordia posible, aunque se empeñen en alcanzarla las fuerzas todas del Catolicismo reunidas. No ha podido escapar á la penetración del Padre Curci el estado actual del problema político-religioso: su libro contiene revelaciones preciosas que merecen ser reproducidas para demostrar que los términos del problema son irreductibles y que media de uno á otro un abismo que la voluntad de los hombres, por animosa que sea, no puede salvar.

El ejercicio del poder temporal consagrado por declaraciones distintas de varios pontífices, el deber en que se halla por el ministerio que ejerce en el mundo de intervenir en la enseñanza, el más imperioso todavía de definir la moral para la reforma y la pureza de las costumbres, la obligación de adoctrinar á la sociedad en todos los actos públicos y privados de su vida, es misión á que no renunciará jamás la Iglesia. Por eso el problema permanece en los actuales momentos en el mismo estado en que lo hallaron los fundadores de *L'Avenir*, y si cabe, agravado á causa de declaraciones posteriores hechas por el último Pontífice.

Sostiene el Padre Curci que la doctrina del poder temporal, como tal doctrina, no ha sido nunca sostenida por la Iglesia, y que es inferir un ultraje á la Esposa de Jesucristo mantener lo contrario. Cualquiera medianamente versado en historia eclesiástica puede refutar semejante afirmación. Aunque no existiera la alocución *Maxima quidem* de Pío IX, de 9 de Junio de 1862, en que se declara que «el principado civil de la Santa Sede fué concedido por singular consejo de la Divina Provi-

»dencia al romano Pontífice, por serle necesario no estar sujeto
»á ningun príncipe ó poder civil á fin de ejercitar con amplí-
»sima libertad el poder y autoridad supremos en toda la Igle-
»sia, cuya autoridad fué recibida divinamente del mismo Cristo
»para proveer al mayor bien, utilidad y necesidades de la Igle-
»sia misma y de los fieles», á cuyas palabras atribuye el Padre
Curci el único fundamento que se puede alegar en favor de
aquel poder; aunque no existieran las terminantes proposicio-
nes 75 y 76 del *Syllabus* y la nota á ellas adjunta en donde se
condena á los *que no acepten y crean firmemente en la doctri-
na del poder temporal del Pontífice*, existirían otras declara-
ciones tan importantes como las citadas que desmentirían la
rotunda afirmacion del ex-jesuita.

¿Acaso se puede olvidar la doctrina de Gregorio VII, de
Inocencio III y de Sixto V, que sostenía que la más alta auto-
ridad, la autoridad divina, residía en el poder espiritual, del
que era tan sólo reflejo el temporal de los príncipes? ¿Acaso
no es cierto que Gregorio VII decía en una de sus epístolas
que de la misma manera que la luna recibe la luz del sol, así
el poder civil recibe su luz del poder divino de la Iglesia? ¿Se
puede negar que Bonifacio VIII, reconociendo la existencia de
las dos potestades, enaltecía la soberanía de la Santa Sede, su-
bordinando á ella la potestad civil para no caer, segun él, en
el Maniqueísmo y la herejía? ¿Habrá necesidad de decir que
Sixto V mandó anotar en el *Índice* una de las obras del jesuita
Belarmino, por afirmar que la acción del poder espiritual no
era directa sobre el temporal? Y, en una palabra: ¿Será pre-
ciso resucitar textos para venir á confirmar la actitud en que
se halla colocada la Iglesia respecto de los que buscan aco-
modamientos con la libertad, y para decir que la razón, la
lógica, la historia y la consecuencia están de parte de los
ultramontanos contra las inocentes ilusiones de los que pre-
tenden alianzas imposibles?

La dirección que ha tomado la conciencia humana desde el
siglo XVIII se separa cada vez más del camino trazado por
mano sobrenatural á la Iglesia. Los fines que persiguen
actualmente los pueblos son extraños á la jurisdicción de las
comuniones religiosas. No ya sólo el pensamiento se aparta

de ellas, sino que el mismo sentimiento religioso toma en nuestros días un sentido simpático á las nuevas ideas profesadas. ¿Ni cómo podía suceder otra cosa? Los dogmas y cuanto en ellos se funda son invariables y eternos, y el espíritu humano es por naturaleza mudable y progresivo. Empeñarse en mantener la rigidez en las creencias, cuando cambian todas las manifestaciones del alma, es una quimera y un sueño. Ya lo decía Montalembert: «No se trata de resucitar la Edad Media. Esto es tan absurdo como resucitar la *Iliada*.» El espíritu humano es orgánico é indivisible, y no penetran en él las ideas sin reformar al punto los sentimientos. Mantener inmóvil la religion en lo que tiene de esencial y sustancial, en los dogmas y en la revelacion, y querer que el pensamiento, obedeciendo á continuas mudanzas, se inspire en ella, es incurrir en una contradiccion evidente.

Impónese de tal suerte la verdad, áun á aquellas inteligencias más refractarias á recibirla, que el mismo P. Curci, acongojado por el espectáculo que presenta su país y desconfiando del ministerio de la Iglesia, se pregunta si la Providencia en sus ignorados designios *tendrá una forma más apropiada que la actual para santificar y salvar las almas que emanadas de Dios deben trabajosamente volver á Él*. Y, ciertamente, lo que pasa ante su vista es para atribular al ánimo más confiado. Contempla de una parte (copiamos sus propias palabras): «los »consejeros del Vaticano, malignos ó imbéciles, que hacen »sospechar si obedecen á sus creencias religiosas ó al tráfico »mercantil de la religion... complaciéndose en formar indigna »madeja de equívocos, ficciones y mentiras...; una prensa »procaz, calumniadora, licenciosa, injusta y mentirosa... que »con escritos inicuos y sacrílegos... y con promesas locas, »truhanescas y viles lo ha perdido todo...; legiones de católicos, pero de creencias tan débiles, que al aproximarse el ejército de Víctor Manuel á la Puerta Pía de Roma en 1870, ni »uno solo ofreció el bello espectáculo de inmolarsse en defensa »de los atropellados derechos de la Iglesia y su Vicario...; una »juventud católica tan raquítica y tan mezquina que da lástima...; y unos congresos católicos que no han dado ni una »persona ilustre por su saber...» como los elementos que tiene

á su disposicion el Catolicismo: y de otra parte, observa... «el
»contínuo desprenderse los hombres civiles de la religion Ca-
»tólica...; el abandono en que deja á la madre Iglesia por la
»madre patria la vigorosa juventud que sale de las clases ilus-
»tradas... y que dentro de dos ó tres lustros tendrá en su mano
»los destinos de Italia...; á la sociedad que deja de ser cristiana
»por no ser cristianos sus individuos desde hace siglo y me-
»dio...; la reconstitucion de la nacionalidad italiana que du-
»rará lo que duran las cosas humanas... contra las protestas
»y los anatemas del Pontificado..., y el aislamiento en que
»éste se halla desde que por última vez recibió en Mentana el
»interesado auxilio del imperio frances;» como otros tantos
hechos que ofrecen singular contraste con los primeros, y ex-
clama, vacilando tal vez en su esperanza, que no hay remedio
para ellos más que por virtud de la intervencion milagrosa de
la Providencia.

No nos extrañen las duras palabras reproducidas más arriba: el exceso de pasion y la falta de serenidad imprimen á veces á los ministros de la Iglesia una virulencia en el lenguaje, impropia seguramente de la alteza y la importancia de los asuntos que tratan. Monseñor Von Ketteler, en su obra titulada *Culturkampf*, llama *cínicos, serviles y miserables* á los que exigen obediencia ciega de los ciudadanos á las leyes del imperio aleman, cualquiera que sea la comunión religiosa á que estén afiliados. Los reverendos padres jesuitas que redactan *La Civiltà Cattolica*, combatiendo contra los principios del 89, base de nuestra legislacion, despues de agotar las razones apelan al vocabulario de la injuria, calificando á los derechos del hombre de absurdos, tontos, estúpidos, vanos, hijos del orgullo, de la falsedad, de la pedantería y la extravagancia. Hacemos gracia á nuestros lectores de calificativos tales como «pérfidos, »hipócritas, embusteros, hidrónicos, hijos del pecado y de la »corrupcion, satélites de Satán,» etc., etc., aplicados á los hombres civiles de Italia que han defendido la soberanía de la nacion contra las intrusiones de la Iglesia, con cuyas palabras se esmalta más de un discurso pronunciado en el Vaticano (1).

(1) Gladstone, *Rome et le Pape*. Paris, 1877.

El Padre Curci, abandonándose á la crudeza del lenguaje, ha tenido ejemplos que imitar, y no son sus frases cosa nueva en boca de los que predicán como modelo, la humildad y la mansedumbre del Cristo.

Pero dejando aparte esta digresion que no apuntamos aquí fuera de propósito, aunque no sea más que para dar una muestra de la fiebre y el odio que engendran los fanatismos religiosos, aún en aquellos que están encargados de la cura de almas, vengamos á las confesiones hechas por el Padre Curci, porque reflejan el estado de la conciencia pública en Italia, y manifiestan el grado de descomposicion á que llegan ciertas ideas cuando la naturaleza de su origen las obliga á resistir el empuje poderoso del progreso.

No hace muchos años fué Dœllinger el que fundando la comunión de los viejos católicos pudo hacer comprender al Vaticano que su forzada posición le enajenaba la adhesión de muchos miles de fieles: hoy es el Padre Curci el que se hace eco del clamor general, advirtiéndole al Pontificado que su camino es camino de perdición y de ruina; y por todas partes, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en nuestra propia España, la columna de la Iglesia, y en donde quiera que ha penetrado la civilización, se notan señales evidentes que indican cuán fundados son los temores que ponen espanto en el ánimo del jesuita. La Iglesia, dice, pierde adeptos en Italia; las clases ilustradas siguen á la ciencia y al espíritu moderno; la sociedad italiana lucha abiertamente por la libertad y la patria contra el despotismo y la Iglesia; pues extiéndanse estas declaraciones á toda Europa, y podremos formar idea de la decadencia á que van llegando las antiguas instituciones religiosas.

Ni las doctrinas de los Santos Padres, ni las afirmaciones de la prensa católica, ni las predicaciones del clero, ni los documentos de la Santa Sede informan la vida en los tiempos que corren; por el contrario, la juventud y las gentes que han alcanzado cierto grado de cultura, dando pruebas de la transformación que sufre su inteligencia, acuden á Strauss, á Renan, á Vacherot, á Hartmann y á tantos otros que han tomado sobre sus hombros la pesada misión de minar en sus cimientos las religiones históricas. Y nótese en confirmación de lo dicho

un fenómeno de grande significacion, recogido por un historiador contemporáneo: al paso que los libros apologeticos de los viejos ideales apenas trascienden de los círculos para que han sido escritos, la *Vida de Jesus* de Renan, por ejemplo, se traduce á todas las lenguas y se conoce en todo el mundo civilizado; y llegan á tal punto las simpatías que merecen estos autores y otros que como ellos piensan, que el público se siente estimulado á leerlos en cuanto la Congregacion del *Indice* los condena en nombre de la intolerancia romana. Si á alguno pareciese exagerada nuestra afirmacion, tómese el trabajo de anotar el número de ediciones que alcanzan los libros anti-católicos, y aún pudiéramos decir anti-cristianos por su fondo, y el que alcanzan las obras publicadas con permiso de la autoridad eclesiástica.

El síntoma advertido por el P. Curci, es, pues, exacto, y como tal, anuncia hondas modificaciones en el pensamiento; y no ciertamente porque sea nuevo en la historia, que ya Bosuet decía: « Ya no hay razon ni cielo; todo es cuerpo, todo es sentido, todo está embrutecido y por el suelo », aludiendo á la decadencia de los sentimientos católicos que se notaba en su tiempo, sino porque todos los grandes acontecimientos ocurren, á pesar de la Iglesia, y aún contra ella. No han encontrado los pueblos asiento seguro en donde poder recuperar las fuerzas que pierden en sus diversas agitaciones; pero no existe un indicio que autorice á creer que trata de desandar el camino recorrido; ántes bien, el movimiento religioso, del que hemos presentado una ligerísima muestra, el social, el político, el científico, y las manifestaciones todas de la inteligencia humana se alejan cada vez más de las soluciones en que ántes se detenían. Y es que, por oscuras que sean las dudas que á nuestro paso hallemos, jamás lo serán tanto que nos hagan vacilar en la conviccion ya arraigada en nuestro sér, de que la luz y la redencion están delante y no detras.

IV.

Todo, pues, viene en apoyo nuestro. Las instituciones religiosas, como todas las demas, son legítimas y están llamadas á realizar grandes bienes cuando influyen en la sociedad en que viven; mas, por el contrario, cuando se colocan en medio de la corriente para impedir el curso natural de las ideas, crean verdaderos obstáculos que, ó son arrollados en la lucha que ellos mismos causan, ú originan desviaciones que hacen el camino más largo y tal vez más penoso, pero no por eso ménos seguro. Y así es la situacion que se ha creado la Iglesia en el presente siglo, en el cual, ó se combate contra ella con feroz encarnizamiento, ó se sigue la marcha emprendida, dejándola con indiferencia á un lado.

El libro *El moderno disentimiento* ha venido á demostrar el trance difícil en que la Iglesia se halla: combatida por los unos, abandonada por los más y los mejores, como pagando tributo á la verdad se confiesa amargamente en él, su autor ve con los ojos del deseo una solucion en donde no la hay ni la puede haber. Aunque el Pontificado renunciara de una manera solemne á su soberanía temporal—cosa que seguramente no hará, porque esto equivaldría á contradecir declaraciones muy terminantes, formuladas á nuestra vista y á debilitar la autoridad de la Sede Apostólica;—aunque en sus relaciones puramente externas y políticas suavizara los ásperos medios de que hasta ahora se ha valido; aunque se inclinase á términos de concordia con ciertos Estados; aunque torciera la direccion que por la naturaleza de su destino se ha visto obligado á seguir, se estrellarían sus intentos, primero contra la desconfianza de que sería objeto, y despues contra la repulsion que sus forzosas exigencias motivarían. Las transacciones son fáciles de conseguir en nombre de la conveniencia y de los intereses mundanos, pero son de todo punto imposibles cuando se invocan la inflexibilidad de la justicia absoluta y el fin supremo de la salvacion de las almas. Pensar que la Iglesia ha de declararse vencida en la lucha contra nuestro siglo, ó que

ha de consentir humillaciones que la deshonen, es desconocer á la par su constitucion y su carácter; y, por otra parte, pensar que las sociedades modernas y los poderes que las gobiernan han de retroceder en la marcha que con entera resolucion han emprendido, es mostrar una total ignorancia del objetivo á que se encaminan. Y si los pueblos no han de dejarse vencer, y la Iglesia no ha de permitir que la venzan ó la humillen, ¿cómo ha de cesar el antagonismo sin que redunde en daño de los unos ó de la otra, ó de ambos simultáneamente? ¿Habrá que fiar en la intervencion directa de la Providencia, y exclamar como Lamennais, que sólo por milagro puede venir la salvacion; ó esperar, como el Padre Curci, en el advenimiento de nuevos tiempos, que nos den á conocer términos de avenencia hasta ahora ignorados?

Un acontecimiento de la mayor importancia acaba de presenciarse el mundo católico. Los antecedentes del nuevo Pontífice elegido, las circunstancias que acompañan á su exaltacion á la silla apostólica, y el deseo en muchos de que se ponga término al estado de enconada lucha en que respecto de su tiempo se colocó Pío IX, han dado origen á no pocas ilusiones en los que llevados de su buena fe creen posible una transaccion entre la libertad y la Iglesia. La prueba, por lo visto, va á ser decisiva. El nuevo Pontífice, á juzgar por sus primeros actos de índole privada, parece dispuesto á entrar en relaciones con los Estados modernos, dulcificando los medios que su antecesor empleó y encerrando dentro de los límites aconsejados por la prudencia los arranques no siempre piadosos de la Compañía de Jesus y de la prensa puesta á su servicio. Hasta qué punto sea dable á un hombre desvirtuar el sentido de una institucion religiosa, siquiera este hombre reuna las prendas que todos atribuyen á Leon XIII, es cosa que pronto vamos á ver.

Las primeras palabras pronunciadas solemnemente por él desde lo alto de la Silla de San Pedro demuestran que varían los pilotos encargados de dirigir la nave de la Iglesia, mas no que cambia por eso el rumbo que sigue. La alocucion pronunciada en el Consistorio de 28 de Marzo último contiene declaraciones que merecen ser reproducidas: «Combatiendo

»(Pío IX) siempre heroicamente por la verdad y la justicia,
 »dice, y sosteniendo maravillosamente fuertes trabajos en el
 »gobierno de la cristiandad, no solamente había iluminado esta
 »Sede Apostólica con el resplandor de sus virtudes, sino que
 »tambien había infundido tanto amor y asombro á la Iglesia,
 »que verdaderamente, del mismo modo que ha excedido á
 »todos los romanos Jerarcas en la duracion del Pontificado, así
 »puede decirse que ha recibido en mayor número que todos
 »ellos pruebas insignes de pública y constante simpatía. Por
 »otra parte, nos desanimaba el tristísimo estado en que en nues-
 »tros dias se halla en casi todo el mundo, no sólo la humana
 »sociedad, sino tambien la Iglesia católica y especialmente esta
 »Sede Apostólica, *que despojada violentamente de su dominio*
 »*temporal, se ve reducida al extremo de no poder en modo al-*
 »*guno ejercer su plena, libre é independiente potestad... De-*
 »*claramos que no puede haber para Nos en este cargo de ser-*
 »*vir á la Iglesia, cosa á la que demos mayor importancia que*
 »*el consagrar, con la ayuda del cielo, toda nuestra intelligen-*
 »*cia á la escrupulosa custodia del tesoro de la fe católica, á la*
 »*tutela inviolable de los derechos y de los principios de la Igle-*
 »*sia y de la Sede Apostólica, á procurar sacarlos todos á sal-*
 »*vo, dispuesto Nos para conseguirlo á no economizar ningun*
 »*sacrificio, á no dar nunca á entender que pensamos más en*
 »*Nos mismo que en nuestro Pontificado.»*

Así es el lenguaje oficial de la Iglesia. Las palabras copiadas que revelan el respeto y la aprobacion que merecen la memoria y los actos de Pío IX, indican que Leon XIII se propone continuar la tradicion de sus antecesores; y aunque su carácter y su pensamiento se opusieran, le obligarían á ello su posicion y el poder incontrastable que tienen sobre los actos humanos las ideas á que forzosamente han de servir. No es dado á los hombres sustraerse á las influencias del medio en que viven: podrán, acaso, luchar con brío, y aún pasajeraamente llevar la ventaja, mas al cabo la voluntad caerá rendida ante la imposibilidad de lograr el triunfo que apetecen. El carácter de todas las instituciones, y señaladamente el de las que se abrogan la representacion de fines sobrenaturales, tiene límites que el esfuerzo de los individuos no puede franquear. La voz

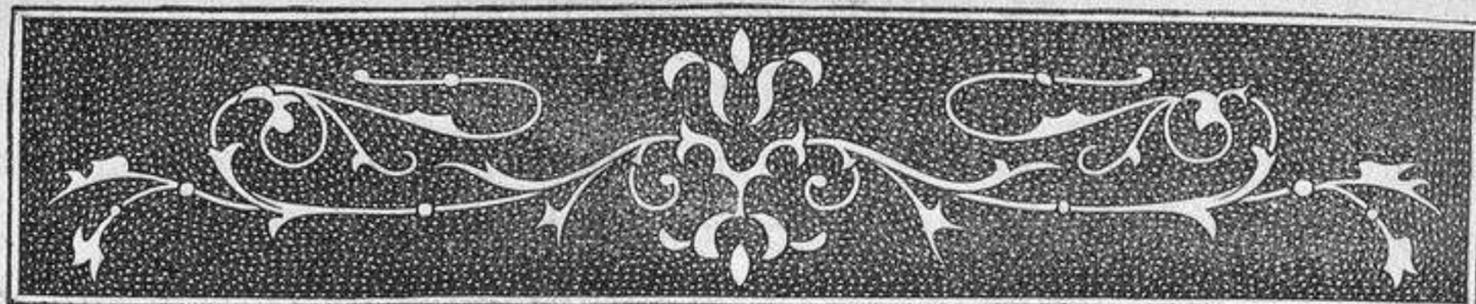
de los católico-liberales, desoida en Roma; el Padre Curci, expulsado de la Compañía de Jesus; la protesta eterna del Pontificado á toda transaccion con la libertad del pensamiento, demuestran que el temple de la Iglesia y de sus órganos es rígido é inflexible como sus principios. Esta inflexibilidad engendrará odios; producirá sensibles separaciones que arranquen exclamaciones de dolor, como la del Padre Curci, abandonando el uso de la palabra *católico*, que anuncia para él fatales presagios, por la más dulce de *cristiano*; pero la mantendrá el Catholicismo contra todos, porque sin ella perdería con el honor la autoridad que todavía ejerce en el mundo.

Harto lo sabe el Pontificado, el cual no sucumbirá ciertamente por repentinas é inesperadas inconsecuencias que acusarían una flaqueza de ánimo que está muy léjos de tener, sino de pié, segun la gráfica expresion de un insigne pensador frances, luchando en defensa propia como pueden luchar por la existencia los grandes caractéres, hasta que la ley del tiempo paralice la accion de sus miembros y petrifique el pensamiento que por tantos siglos le ha infundido la vida.

A. AURA BORONAT.

Abril, 1878.





EL PRISIONERO DE CHILLON ⁽¹⁾

POEMA DE LORD BYRON

TRADUCIDO EN VERSO

POR ANTONIO SELLEN.

Á MI QUERIDO HERMANO FRANCISCO.

I.

CANO está mi cabello, no por años
Ni en una sola noche ha encanecido,
Como en otros mudanza de esta suerte
Un súbito temor ha producido (2).
Mis miembros encorvados ya se miran,



(1) Francisco de Bonnivard, hijo de Luis de Bonnivard, señor de Lunes, nació en 1496, y fué Prior de San Víctor, á las puertas de Ginebra.

Su grandeza de alma, su integridad, la nobleza de sus intenciones, la sabiduría de sus consejos, el valor de sus acciones, la extensión de sus conocimientos y la brillantez de su ingenio, causaron la admiración de todos los que fueron capaces de apreciar sus virtudes heroicas y llenaron de gratitud los corazones de todos los ginebrinos que amaban su ciudad natal. Bonnivard defendió las libertades de Ginebra contra el duque de Saboya. Este entró en la ciudad de Ginebra con quinientos hombres haciendo prisionero á Bonnivard, confinándolo por dos años á Grolea. Puesto en libertad, fué prisionero nuevamente en 1530 y encerrado en el castillo de Chillon hasta 1536. Libertado entónces por los berneses, tuvo la dicha de hallar libre su patria y reformada, obteniendo grandes recompensas por los sacrificios hechos en aras de ella. Murió en 1570. Este es el héroe del poema de Byron.

(2) Ludovico Sforza y otros. Lo mismo se asegura de María Antonieta, esposa de Luis XVI, aunque no en tan corto período. Dícese que el pesar produce igual resultado, y en *ella* el pesar y no el temor contribuyó á encanecer sus cabellos.

No al peso del trabajo; en vil reposo,
En la prision oscura se enervaron.
Fué mi destino el de las almas tristes
A quienes de la tierra el bien supremo,
La luz y el aire libre fué negado.
Por la fe de mi padre, estas cadenas
En silencio llevé, busqué la muerte...
Sufriendo del tormento los horrores
Él dió el postrer suspiro
Por no abjurar la fe de sus mayores;
Y sus hijos tambien, por la fe misma,
De un calabozo en la tiniebla hallaron
Un fúnebre retiro.
Éramos siete; y uno solo queda:
Seis de edad juvenil, uno ya anciano:
Todos como empezaron, sucumbieron
Despreciando la furia del tirano.
Uno en la hoguera, y dos en los combates
Sellaron con su sangre su creencia,
Muriendo, cual sus padres espiraban
Por aquel mismo Dios que torpemente
Los mismos enemigos blasfemaban.
En un negro recinto, desolado,
Tres fueron sumergidos; y, reliquia
De ese triste naufragio, yo he quedado.



II.

De Chillon en los viejos y profundos
Calabozos, se ven siete pilares
De gótica estructura;
Siete columnas hay, negras, macizas.
Allí una claridad dudosa reina,
Rayo de sol que se extravió de ruta,
Y al traves de las grietas penetrando
De los macizos muros, se desliza
Sobre el húmedo suelo, y desaparece,
Como en la superficie de un pantano

Un fugaz meteoro resplandece.
 Y allí en cada pilar se ve un anillo,
 Y en cada anillo vése una cadena.
 Corrosivo aquel hierro clavó airado
 Con fuerza tal sus dientes en mis miembros,
 Que huellas han dejado
 Que no se borrarán hasta que al cabo
 Abandone por fin el nuevo día
 De penoso esplendor para los ojos
 Que no vieron surgir el sol radiante
 En luengos, luengos años. No me es dado
 Su número decir. ¡Cuenta sombría!
 Se borró de mi mente desde el hora
 En que muerto cayó mi último hermano,
 Y yo á su lado lívido yacía.

III.

Éramos tres, y encadenados fuimos
 Cada uno á un pilar; mas de tal suerte,
 Que dar no era posible un solo paso,
 No podíamos vernos mutuamente,
 Sino al tenue fulgor de la dudosa
 Lívida luz que extraños nos hacía
 El uno al otro; y á la par unidos
 En un mismo lugar, y separados;
 Preso el cuerpo, en espíritu ligados.
 Privados de los puros elementos
 Que forman la existencia, nuestra dicha
 Era sólo escuchar nuestros acentos,
 Valor, mutuo consuelo prodigando;—
 Ya una nueva esperanza alimentando,
 Ya refiriendo una conseja antigua,
 O de otros tiempos un heroico canto;
 Pero esos breves goces
 Se acabaron, y fueron nuestras voces
 Eco fiel del sombrío calabozo,
 Que de alegres y libres,

En ásperas y rudas
 Aquellos negros muros convirtieron.
 No sé si de mi loca fantasía
 Fué aquello una ilusion, mas el sonido
 De esas voces, no el eco de la nuestra
 El són de extrañas voces parecía.

IV.

Yo de los tres era el mayor, y aliento
 Infundirles debía,
 Y ellos no desmayaron un momento.
 Al más jóven mi padre idolatraba,
 Que en sus ojos azules, como el cielo,
 Y en su frente la imágen contemplaba
 De nuestra madre. ¡Oh cuánto amargo duelo
 Por él sufrió mi corazon! Muy triste
 Era ver consumirse ave tan bella,
 Lentamente, en tal nido.
 Él era tan hermoso como el dia
 (Cuando el dia á mis ojos, libre entónces
 Como el águila, espléndido lucía),
 Era un dia polar que ve la puesta
 De su sol con el fin de su verano;
 Estío sin noches y de luz perenne.
 Como esa luz tan puro y tan brillante;
 Risueño siempre, para el mal ajeno
 Sólo en sus ojos lágrimas había;
 Y entónces, abundante,
 Un mar de ellas vertía.

V.

Pura el alma tambien del otro era;
 Pero formado fué para el combate.
 Fornido en miembros, su valor le hiciera
 Al universo, contra él armado,
 Fuerte pecho oponer : y muerto hubiera
 En las primeras filas combatiendo,

De gozo lleno ; pero no creado
Para el peso llevar de la cadena
Y extinguirse por grados , lentamente ,
De aquellos hierros el crujir continuo
Aniquiló su espíritu robusto.
Consumirse en silencio le veía ,
Y aunque en silencio yo me consumía ,
Mi alma esforcé para impartir aliento
Á esas reliquias de un hogar querido.
Fué un libre cazador de las montañas ,
Que al ciervo, al lobo, en ellas perseguía.
La prision do se hallaba confinado
Para él fué un abismo, fué un sepulcro ;
Y su mayor tormento
El verse entre cadenas aherrojado.

VI.

Al pié del muro de Chillon , las ondas
Del lago de Lemán , profundas yacen.
Una doble muralla en torno forman
De la prision las aguas y los muros ;
Tumba viviente ese lugar parece.
Se encontraba la bóveda sombría ,
Que nuestro asilo era ,
Más baja que el nivel del lago mismo ;
Y allí de noche y dia
El gemir de las olas se escuchaba ;
Y á menudo en invierno, cuántas veces,
Cuando libres cruzaban por la esfera
Los vientos agitados, he sentido
Que al traves de las rejas penetraba
La espuma de las ondas, y la roca
De súbito temblaba.
Moverse, inalterable, la sentía ;
Porque hubiera á la muerte sonreido,
Que al tronchar mi existencia,
La libertad me habría concedido.

VII.

Sí; el hermano que en años me seguía,
Íbase consumiéndose lentamente:
Su corazón heroico, su gran alma,
Perdieron su vigor. Ya rehusaba
Tomar todo alimento;
No porque pobre fuera,
Que libres cazadores de los montes
Nunca fué el paladar nuestro tormento.
La leche pura de la agreste cabra
Trocaron por una agua cenagosa;
Y era el pan que nos daban, amasado
Con la lágrima triste y silenciosa
Que el prisionero vierte,
Desde que el hombre al hombre
Osó arrojar en infamante encierro,
Como al fiero habitante de las selvas
Guarda en jaula de hierro.
Mas á él, á nosotros, ¿qué importaba,
En fin, el alimento? De mi hermano,
De tal temple era el ánimo esforzada,
Que en regio alcázar pericido hubiera,
Si de la enhiesta sierra el escarpado
Flanco, correr, y respirar sus aires
Hubiéranle vedado.
¿Por qué ocultar el hecho doloroso?
Mi hermano sucumbió: mis ojos tristes
Le vieron espirar; yo su cabeza
No pude sostener, y entre las mias,
Sus manos moribundas,
¡Ay! no pude estrechar. Desesperado,
En quebrantar mis hierros me esforzaba.
Murió mi hermano; y el guardian severo
Sus cadenas rompió: profunda fosa
De la prision en el recinto frío
Le abrió su diestra; supliquéle en vano
Que sus helados miembros colocara

Donde brillase el sol... Loco deseo,
 Absurdo pensamiento, que, tirano,
 Tenaz se apoderó de mi cerebro.
 Su libre corazón, me parecía,
 Que aún muerto, en ese oscuro calabozo
 Reposar no podría.
 Con sonrisa glacial me respondieron,
 Y en la entreabierta fosa
 Sus amados despojos depusieron.—
 Llano el terreno era y desprovisto
 De césped y verdura; y la cadena,
 En un tiempo opresora,
 Encima de la fosa colocaron,
 Cual digno monumento
 De la muerte que viles consumaron.

VIII.

Pero el otro, la flor y el favorito;
 De todos el amado, desde el hora
 En que empezó á vivir, el que tenía
 De nuestra madre las facciones bellas;
 Y de su mártir padre
 El más acariciado pensamiento;
 El objeto constante de mis ansias,
 Por quien la vida conservar quería
 Para que ménos miserable fuera
 Su vida entónces, y que al fin pudiera
 El aire libre respirar un dia.
 Él, tambien, que su espíritu sereno
 Había conservado inalterable,
 Perdió su fortaleza, y lentamente
 Hora tras hora, como flor enferma,
 En su tallo gentil se consumía.
 ¡Qué triste es contemplar el alma humana
 Bajo forma cualquiera alzar el vuelo!
 Yo la he visto salir en oleadas
 De sangre, y en las ondas del Océano

Convulsiva luchar; tambien la he visto
Del enfermo en el lecho, horrenda presa
Del delirio y terror, fruto del crimen,
Y eran terribles cosas; mas su muerte
Libre de esos horrores se encontraba.
Muerte lenta, segura;
Él, sereno, apacible, se extinguía,
Sin lágrimas sus ojos, aunque tierno
En cariño su pecho rebosaba
Y á la par en dolor, con el recuerdo
De aquellos séres que tras sí dejaba.
Guardaban sus mejillas tal frescura,
Cual si cerca la muerte no estuviera;
Y como un arco iris que se extingue,
Perdieron lentamente
Su rosado color; y aquellos ojos
Aún brillaban con luz tan refulgente
Que la oscura prision iluminaban.
Nunca exhaló contra su airada suerte
Ni una queja siquiera, ni un gemido;
Sólo algunos recuerdos evocaba
De otro tiempo mejor, desvanecido;
O una palabra llena de esperanza
De sus labios salía
Para infundirme aliento, que postrado
Por el dolor, mi espíritu yacía
Absorto en esa pérdida terrible,
La más triste de todas. Los suspiros
Que ocultar procuraba,
De la humana natura
Inherente flaqueza, eran más lentos,
Y cada vez más débiles salían
De su agitado seno; atento oido
Presté, mas nada oí; llaméle quedo,
Pero el terror me había convertido
En insensato fiero. Yo sabía
Que era en vano esperar, mas no podía
La razon escuchar; torné de nuevo

A llamarle, y un lánguido gemido
Oír me pareció. Rompí furioso
De un salto mis cadenas, y violento
Hacia él me lancé... ¡ya no existía!
Y recorrí frenético la oscura
Morada de dolor... solo vivía,
Solo su aire maldito respiraba.
El único, el postrero, el más querido
Lazo que á la existencia me ligaba
Roto fué en el fatídico recinto.
¡Ah! de mis dos hermanos, bajo tierra
Yacía el uno, insepulto el otro,
Ambos á la existencia arrebatados.
Entre mis manos esa mano inmóvil
Convulsivo apreté; mas ¡ay! la mía
¡Helada cual la suya! Fué imposible
Alejarme de allí, pero sentía
Que ardiente el corazón me palpitaba.
¡Horrible idea, cuando al fin palpamos
Que para siempre arrebatados fueron
Aquellos seres á quien tanto amamos!
¡Y no pude morir en ese instante!
No sé por qué... pues tal era mi suerte,
Que ya nada esperaba;
Pero mi corazón aún fe tenía
Que una muerte egoísta me negaba.

IX.

Lo que despues me aconteció en la oscura
Prision yo no lo supe; ni aún más tarde
Lo he llegado á saber. Perdí primero
La impresion de la luz, del aire, y pronto
La de la misma oscuridad; y luego
Ya ni pensaba ni sentía...
Era una piedra más entre esas piedras.
Conciencia apenas de mi sér tenía;
Y envuelta en nieblas, solitaria roca,

Permanecía inerte.
Todo era negro y desolado y frío:
No era noche ni día, ni tampoco
La luz del calabozo tan odiosa
A mi cansada vista. Era el vacío
Absorbiendo el espacio: era fijeza,
Y fijo nada había. Ante mis ojos
Todo desapareció; ya no existían
Estrellas, tierra, tiempo,
Ni estaciones, virtud, crimen; tan sólo
Silencio por doquier, y en mí una tenue
Muda respiracion, que ni era vida
Ni era muerte tampoco ; era un océano
Inmenso, silencioso;
Era un océano de estancadas aguas,
Lúgubre, sin orillas , tenebroso.

X.

Una luz penetró en mi inteligencia :
De un ave era el gorjeo ;
Cesó, y de nuevo comenzó su canto.
Era el canto más suave y melodioso
Que se pudiera oír; agradecido
Sus notas escuché, girando en torno
La vista embebecido,
Sin comprender cuánto era miserable
Mi situación. Penosa, lentamente,
Volvieron mis sentidos á su antiguo
Acostumbrado curso; y ví del calabozo
Las murallas cerrarse estrechamente
En mi torno cual ántes, y la tenue
Luz del rayo de sol, también cual ántes
Deslizarse miré; y allí en la grieta,
Por donde el rayo entraba ,
Alegre y jugueton, cual si estuviera
En un árbol posado,
Permanecía el ave vocinglera.
Pájaro hermoso, de azuladas alas,

Cuyo canto decía tantas cosas,
Que sólo para mí las repetía.
Nunca su igual yo ví, ni nunca espero
Volverlo á contemplar; me parecía
Que como yo buscaba un compañero;
Mas no tan triste como yo se hallaba.
A la entrada del negro calabozo
Para amarme llegó cuando en el mundo
Nadie me amaba ya. Su alegre nota,
Al inundar mi corazón de dicha,
Me hizo sentir, pensar me hizo de nuevo.
Yo no sé si hasta entónces libremente
Esa hermosa avecilla había vivido,
O si dejó su jaula por la mía;
Mas ¡ay! que por mi mal el cautiverio
Harto bien conocía
Para encerrarla en mi prisión oscura.
Tal vez de un paraíso el huésped era
Que aladas formas revistió, y venía
A visitarme. El cielo me perdone
El pensamiento aquel que una sonrisa
Trae al labio, una lágrima á mis ojos.
Me figuré que bajo el ave aquella
El alma de mi hermano se ocultaba
Y hácia mí descendía; mas en breve
El pajarillo remontó su vuelo;
Y que celeste espíritu no era
Al punto conocí, porque mi hermano
No hubiera así partido,
Ni dejádome hubiera
Solo de nuevo, solo y sin consuelo:
Solo como el cadáver en su tumba,
Solo cual nube aislada
En un día de sol, miéntras el resto
Del firmamento espléndido aparece;
Como eterna amenaza suspendida,
Cuando azul el espacio resplandece
Y respira la tierra amor y vida.

XI.

Una mudanza al fin tuvo mi suerte;
Mis carceleros compasion tuvieron.
La causa ignoro, mas quizas mis penas
Su corazon á la piedad movieron.
De mi cadena los anillos rotos
No volvieron á unir, y libremente
De un lado al otro recorrer mi estancia
Pude, y vagar en direccion opuesta,
Y de cada pilar girar en torno
Y retornar al punto de partida.
Mas evité pasar sobre las fosas
De mis hermanos, que señal alguna
Hacía distinguir; pues si creía
Que sus humildes huesas al descuido
Mi incierta planta profanado había,
Mi vista se turbaba,
Y lento y angustioso respiraba,
Y abrumado y enfermo
Mi corazon desfallecer sentía.

XII.

Abrí peldaños en aquellos muros,
Mas no para mi fuga,
Porque en aquellos muros se encerraba
Cuanto en humana forma en este mundo
Tuvo hacia mí cariño. El universo
Era tan sólo una prision más vasta.
Hijo, padres, hermanos no tenía,
Ni un amigo en mi oscuro cautiverio.
Pénsaba en eso y me juzgué dichoso,
Que á tener en el mundo un sér amado,
El solo pensamiento

Hubiera mi cerebro trastornado.
 Yo anhelaba subir á mi enrejada
 Ventana, y la alta cima de los montes
 Contemplar otra vez, y allí apacible
 Dirigirles de amor una mirada.

XIII.

¡Yo los ví! ¡Yo los ví! ¡y eran los mismos!
 Cambio no habían como yo sufrido...
 Y ví sobre sus cimas elevadas
 Las nieves seculares, y debajo
 El lago extenso y las tranquilas ondas
 Del Ródano miré... y ví furiosos
 En su lecho de rocas los torrentes
 Saltar, mugir, y entre las toscas breñas
 Despeñarse; y miré los blancos muros
 De la ciudad distante;
 Y bajar á merced de la corriente
 Más de una blanca vela,
 Y allí una verde islita
 Dibujarse á mis ojos, sonriente:
 No era mayor que mi prision oscura,
 Pero elevarse en ella se veían
 Tres árboles gigantes; en sus hojas
 La brisa de los montes suspiraba,
 Y la onda azul en torno murmuraba.
 Y allí flores crecían
 De vívidos colores, rico aroma,
 Cuyos perfumes hácia mí venían;
 Y cabe las murallas del castillo
 Ví los peces nadar, y eran felices.
 El águila cerníase en la altura:
 ¡Nunca tan alto contemplé su vuelo!
 Brotó entónces de nuevo de mis ojos
 Acerbo llanto, y me sentí turbado:
 Me sentí conmovido, de tal suerte

Que hubiera preferido
No haber abandonado mi cadena.
Cuando bajé, la oscuridad profunda
Que reinaba en mi lóbrego recinto
Me abrumó con su peso : parecía
Como la fosa abierta nuevamente
Que encierra para siempre el sér amado
Que anhelamos salvar ; pero mis ojos,
Que fatiga y pesares abrumaban,
Ese eternal reposo deseaban.

XIV.

No sé si meses, años, dias, fueron
Los que por mí pasaron... cuenta alguna
Del tiempo no llevé. Yo había perdido
Toda esperanza ya de alzar la vista,
De sombra exenta, en el inmenso espacio.
¡Fuí libre al fin! y á aquellos que me dieron
La libertad, no demandé la causa,
Ni adónde me llevaban... qué querían.
Libre ó cautivo al fin ¿qué me importaba?
Cuando hácia mí vinieron
A quitarme esos hombres las cadenas,
En una ermita, en un lugar sagrado,
En mi solo dominio, aquellos muros
Y la negra prision se habían trocado ;
Y tal me parecía
Que de una nueva patria me arrojaban.
De las arañas mis amigos hice ;
Su monótona industria, luengas horas
Contemplaba, y en ver me complacía
Saltar alegre al vivo ratoncillo
De la luna á los rayos. ¿Y pudiera
Mémos que ellos sentir? De una manera
Eramos á la par huéspedes todos.
De todos el monarca, yo podía

Concederles la vida ó darles muerte,
Y sin embargo, ¡extraño parecía!
Morábamos en paz. Y en tal manera
Cuerpo y cadena estrecho afecto unía
(¡Que tanto contribuye la costumbre
A hacernos lo que somos!), que un suspiro
Lancé al abandonar mi cautiverio,
Y saludar del sol la hermosa lumbre.

1876.





SOBRE LA HISTORIA DE ESPAÑA

DURANTE EL SIGLO XVI.

POR H. BAUMGARTEN (1)



DOR más que sean bien grandes los perjuicios que ha ocasionado á la sociedad española la revolucion de Setiembre de 1868, no deja de haber causado beneficios una de sus disposiciones. Al zanjar ó disminuir al ménos las dificultades que se oponían al trabajo intelectual de la nacion, ha despertado una actividad tal en el terreno científico, que no pueden ménos de congratularse en ello todos los que se interesan por este desventurado país.

Es bien obvio el comprender que despues de la larga y triste interrupcion que habían experimentado los estudios profundos desde el principio de este siglo, y en medio de la decadencia casi indescriptible á que había llegado el ramo de instruccion pública en España, así como á la escasez de todos los recursos que son imprescindibles para los trabajos científicos, este renacimiento intelectual siga una marcha lenta y penosa. Esto no impide que tal principio sea digno de elogio y sirva de aliciente á nuestras esperanzas.

Lo mismo para Alemania, y en general para Europa, que

(1) Artículo publicado en la *Revista histórica de investigaciones modernas*, tomo III, y traducido del original aleman por E. de Ugarte.

para la historia alemana y para la historia universal, son de la mayor importancia las investigaciones de la historia española cuando se refieren á la época en que la España era la potencia preponderante. Desde el momento en que la España unida trasladaba sus juveniles fuerzas á Italia, inmiscuándose los Reyes Católicos en la gran política europea, y estrechando éstos sus lazos de familia con los Habsburgos y Tudores, desde entónces hasta los tiempos de la guerra de treinta años, la historia de España es de una importancia capital para todos los países, y en particular para Alemania. Todas nuestras pesquisas acerca de este período serían, sin embargo, infructuosas si no nos prestasen su cooperacion los españoles eruditos, si no nos suministrasen los datos existentes en sus bibliotecas y archivos, en la forma que sólo es dado recopilar á los que viven en el país mismo, y si no introducen en sus archivos y bibliotecas un órden tan completo, que permita encontrar pronta y seguramente lo que desea al extranjero entregado á tales investigaciones.

En este doble concepto han producido estos últimos años un cambio muy satisfactorio. Se ha dado principio á las más diversas publicaciones, con tan esmerado celo cual no se había visto aún en España durante el presente siglo; al paso que se ha consagrado tal atencion al arreglo de los archivos y bibliotecas, que no puede ménos de sorprender al que conozca la España de tiempos anteriores. En medio de las conmociones y calamidades de una revolucion que amenazaba destruir más de una vez los fundamentos del Estado, y que llevó á mayor extremo de decadencia el desórden económico de antiguos tiempos, han surgido elementos y fuerzas para los trabajos científicos, que en épocas más tranquilas eran condenadas á la indiferencia y al olvido.

Al tratar de dar cuenta á mis colegas alemanes de los servicios más importantes que nos ha hecho la España durante los años últimos, les ruego que tengan presente que mis informes proceden de las obras literarias, que no emito en este lugar mi modo de ver particular, y que, faltando toda comunicacion regular entre las librerías de España y Alemania, es á menudo difícil, si no imposible, el procurarse importantes publicacio-

nes. Esto hará comprender que sólo puedo presentar aquí noticias incompletas, que pudieran á veces ser erróneas. Si las publico en este lugar, es porque su conocimiento será probablemente de utilidad para muchos.

Cualquiera que se haya ocupado con detención del reinado de Isabel I, no dejará de conocer que la obra de Prescott, de gran mérito á su aparición, ha caducado ya en muchos de los puntos más esenciales. Sería, por lo tanto, una empresa muy productiva el hacer una nueva recopilación de esta gran epopeya; y, tomando por base la dilatada correspondencia y el gran número de documentos que aparecen diseminados en los diversos tomos de la colección de documentos inéditos para la historia de España, la conocida colección de Bergenzoth, y lo que se ha escrito desde hace cuarenta años sobre esta época en Francia, Inglaterra, Italia y Alemania, presentar una imagen fiel de esta transformación tan notable y transcendental de la vida española. Para tal trabajo podría ser utilizada en toda su plenitud la crónica empleada ya, es cierto, por Prescott en manuscrito, de los Reyes Católicos, por Andrés Bernaldez, que publicó en 1870 la Sociedad de Bibliófilos andaluces (1). Si bien es un hecho que habían sido ya impresas en su tiempo en Granada estas relaciones del párroco de los Palacios; pero de un modo tan incorrecto y en un sitio tan poco accesible, que es casi lo mismo que si no existieran para los eruditos.

La edición de los bibliófilos andaluces es por lo tanto digna del mayor agradecimiento; porque no hay duda que la obra de Bernaldez tiene mucha más importancia que la que le atribuyen Prescott y Tiexnor. Sus interesantes pormenores no se limitan tan sólo á la conquista de Granada y al descubrimiento de América, sino que nos enseña el espíritu de aquella época en su genuina expresión, y expone en toda su originalidad la imagen de la misma, de un modo que induce á creer que se apoya en datos recopilados, en general, inmediatamente después de los sucesos. Después de algunos capítulos preliminares, la obra se extiende desde el principio del reinado de Isa-

(1) *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel*, escrita por el bachiller Andrés Bernaldez.—Sevilla, 1870, dos volúmenes en 8.º

bel I hasta 1513, en cuyo año se termina, según parece, juntamente con la existencia del autor. Todo cuanto nos refiere de los asuntos italianos y franceses, nos demuestra que el círculo de sus relaciones particulares es más extenso de lo que supone Prescott.

Por lo que hace referencia a la edición misma puede considerarse como una de las mejores que han visto la luz pública en España hasta aquel momento. Ciertamente que no por esto debe exagerarse su importancia; pues hasta bien recientemente, aún los editores españoles se daban por satisfechos con la impresión pura y simple de un manuscrito cualquiera, y cuando se poseían muchos manuscritos se optaba por uno de ellos después de haber efectuado un cotejo más ó menos escrupuloso; después de lo cual se procedía á la copia del designado, sin hacer aprecio de los demás. En el mencionado caso existían en España hasta siete manuscritos.

El editor en su prólogo al primer tomo (pág. 21) daba, según se creía, noticias fidedignas sobre el resultado del cotejo de los manuscritos, explicando cómo se había adoptado el manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla, por ser el más antiguo para base de la publicación. En un epílogo al segundo tomo (pág. 479), vemos, sin embargo, que se había incurrido en error, puesto que «la copia más exacta y más inmediata al origen,» se encontraba en la Biblioteca Nacional madrileña, la misma que sirvió para la redacción del tomo segundo. Hartzenbusch, digno y antiguo director de la biblioteca madrileña, había hecho este descubrimiento, tomando después á su cargo el trabajo. De su cotejo del primer tomo con el manuscrito madrileño, resultaron «algunas divergencias que por lo regular se hallaban en contradicción con el texto de que habíamos hecho uso.» El editor encuentra «muy natural» este contratiempo, sin que por eso crea necesario el dar cuenta de estas divergencias. Tenemos por lo tanto que contentarnos con poseer un texto más ó menos erróneo en el primer tomo, sin que podamos abrigar la confianza de que el segundo tomo sea exacto. Sólo una rápida ojeada nos demuestra que tampoco carece de inexactitudes.

Es bien posible que no puedan averiguarse más pormeno-

res que los que nos comunica el editor acerca de la vida de Bernaldez; mas segun diversos antecedentes me inclino á creer que las investigaciones hechas posteriormente no han debido extenderse mucho, siendo por lo tanto dignos de ser conocidos particularmente los hechos de un hombre que albergó á Colon bajo su techo, y que recibió importantes revelaciones de este último.

Las investigaciones sobre el espíritu y autenticidad de una fuente histórica que se transmite al público, notas aclaratorias, índices y otras cosas por el estilo, eran poco comunes en España hasta 1870, no debiendo por lo tanto sorprendernos dicha falta en el asunto que nos ocupa.

Un progreso altamente satisfactorio con respecto á esta primera publicacion histórica de los bibliófilos andaluces, se halla consignado en una segunda publicacion en 1872, titulada: *Relacion de Pedro de Alcocer sobre la época que se extiende desde el fallecimiento de Isabel I hasta la derrota de los Comuneros*, por D. Antonio Martin de Gamero (1). Por medio de un extenso prólogo se nos comunican aquí datos fidedignos acerca de los diferentes manuscritos en los cuales se ha conservado la relacion; al publicarse el texto aprendemos á conocer cuáles son los puntos divergentes, y las anotaciones en parte de gran importancia que sirven de aclaracion al mismo; finalmente, por medio de cuatro apéndices, se nos comunica una serie de documentos para realzar ó rectificar la relacion, y una informacion acerca de la personalidad del autor. El editor puede estar seguro que la «altiva escuela histórica alemana de Hegel y de Heeren,» como dice con tanta originalidad (página 16), no sólo no desconoce el valor de tan excelentes trabajos, «en ciertos casos,» sino que los acepta con verdadero agradecimiento. El mérito histórico de Alcocer ha sido de tal modo encomiado por Hoefler (2), que podemos dispensarnos

(1) *Pedro de Alcocer*. Relacion de algunas cosas que pasaron en estos reinos desde que murió la Reina Católica Doña Isabel, hasta que se acabaron las comunidades en la ciudad de Toledo. Sevilla, 1872.

(2) Sobre la crítica é investigaciones acerca de los primeros años del reinado de Cárlos V. Viena, 1876. (Extraido de las Memorias de la Academia de Viena.) P. 14 y sig.

de ocuparnos de él en este lugar. Séanos lícito, sin embargo, el observar que los pormenores que da Alcocer en la edición de Gamero, contienen algunos puntos esenciales, de los cuales no he encontrado lo más mínimo en el libro de Hoefler sobre las Comunidades (1), no siendo apénas posible hacer un uso desacertado de un importantísimo tesoro de nuevas fuentes más históricas, como el que ha hecho Hoefler. Las circunstancias sumamente complicadas, en verdad, que produjeron el alzamiento de los comuneros y las particularidades del mismo, han sido tan poco aclaradas por Hoefler, que á veces sucede que no se llega á comprender lo que se ha leído.

Su libro debe ser apreciado por el investigador, por cuanto puede hallar en él una copia de datos desconocidos hasta el presente; la recopilacion de estos datos presentados en el mismo, es, sin embargo, en extremo defectuosa (2). Sería de desear que la coleccion transmitida por Fernando Wolf á la biblioteca de la corte de Viena, de las copias de las correspondencias y escritos de aquel tiempo existentes en la Academia de la Historia de Madrid, fuese publicada lo más pronto posible; pues se trata con tal publicacion de dilucidar un punto de la mayor importancia para el desenvolvimiento histórico del siglo xvi, de cuya exacta apreciacion depende casi todo lo demas.

Alcocer, no ménos que Bernaldez, se ocupa á menudo del estado mental de Doña Juana, que juega un papel tan importante en las desavenencias entre Felipe y Fernando, y entre este último y Cárlos, no ménos que en el alzamiento de los comuneros. Sabido es ya desde hace tiempo que ha sido refutada la opinion emitida por Bergenzoth infundadamente.

(1) El alzamiento de las ciudades de Castilla contra el emperador Cárlos V. Praga, 1876.

(2) Aun prescindiendo de lo ininteligible y confuso que aparece á veces el estilo, los datos particulares que presenta la obra se hallan á menudo encontradas. Así, por ejemplo, el ejército de la Junta cuenta con un efectivo de fuerza (pág. 142-144) tan diverso en las tres veces que es mencionado, que nadie puede comprender la posibilidad del caso. Sobre la contrarrevolucion de Andalucía de que se da cuenta en la pág. 172, someramente ha suministrado el Sr. Villa abundantes datos en el tomo III de la *Revista Europea*.

A pesar de esto, según las pruebas presentadas en la *Revista de Archivos* (3.321 y sig.), pueden aclararse muchas dudas hasta entónces existentes, con el trabajo de un jóven y muy activo historiador español sobre la desgraciada princesa (1), no me ha sido dado, por desgracia, el poder ver el escrito.

Para la historia de la juventud de Cárlos, de la cual sabemos bien poco, son de gran importancia, como es sabido, las cartas de Jimenez de Cisneros, objeto de la obra cuyo primer tomo fué publicado por los Sres. Gayángos y Vicente de la Fuente, comisionados al efecto por el Gobierno (reimpreso desde entónces en el segundo tomo del tan fecundo *Epistolario español*.—*Biblioteca de Autores Españoles*, t. LXII, páginas 219-281. Madrid, 1870). En Agosto de 1875 fué dado á la imprenta el segundo tomo de esta interesante coleccion (2); pero por lo que yo sé no ha visto aún la luz pública. El Gobierno español contraería un verdadero mérito si nos diera á conocer no sólo las cartas del Cardenal á la corte flamenca del jóven rey, sino tambien las respuestas correspondientes á las mismas. Lo que ha publicado Gachard acerca de estas últimas, despierta el más vivo deseo de querer saber lo demas.

Para el desenvolvimiento intelectual de Cárlos era de una importancia decisiva la época de su segunda residencia en España: en estos siete años llegó á ser el hombre que decidió esencialmente la suerte de la Europa durante algunos decenios. Es bien obvio el comprender que se hace necesario el saber con la mayor exactitud posible sus hechos durante dicha época, así como el conocer algo mejor que por su solo nombre á los hombres que componían su Consejo. Uno de ellos al ménos, que según parece gozaba de la mayor confianza para con el emperador durante aquellos años, por más que ocupase un puesto algo secundario, nos ha descrito el excelente escritor D. Fermin Caballero en una obra muy bien redactada (3). Cuando la escribió estaba casi ciego, por lo que

(1) A. R. Villa.—*Bosquejo biográfico de la reina Doña Juana*, formado con los más notables documentos relativos á ella. Madrid, 1874.

(2) *Revista de Archivos*, 5.249.

(3) *Conquenses ilustres*, Tomo IV. Alonso y Juan de Valdés. Madrid, 1875.—8.º

debemos explicarnos la falta de exactitud extraordinaria de las cartas latinas (1) que despues de haberlas extraido de un códice madrileño y de los archivos de Simánkas nos comunica el autor en el apéndice, y que constituyen la parte más estimable tal vez de todo el libro. En ella se aclara con gran copia de datos la lucha intelectual que surgió á causa de Erasmo. Alonso Valdés es el verdadero paladin de los Erasmiolos, entre los cuales encontramos tambien diversos prelados influyentes. Todos estos espíritus liberales se agruparon, segun parece, en torno del canciller Gattinara, manifestando el más vivo interes para sostenerle en su elevada posicion amenazada seriamente por un momento en 1527. Gattinara mismo intervino enérgicamente en vista de escudar á Erasmo contra el fanatismo de los teólogos Lovaineses, mientras que el emperador propendía principalmente á fomentar más y más la enemistad del afamado erudito con Martin Lutero. La tendencia de Carlos I se manifiesta bien claramente en su carta de

(1) No pocas veces hay que recurrir para comprender con claridad las cartas á la traduccion española que se añade al texto, si bien á veces se presentan estos errores en ella. Así, por ejemplo, en las cartas de Maximiliano Transilvanus á Alonso, del 25 de Octubre de 1527, V. pág. 344 y sig. En el texto latino es apenas correcta una línea; pero en general se pueden corregir las faltas sin la menor dificultad. La conclusion de la carta es, sin embargo, del todo incomprensible. Transilvanus cree que Erasmo volvería muy gustoso á los Países Bajos caso que le preservase el emperador de la furia de los teólogos de Lovaina. Despues de lo cual se lee: *Credo cum confestim venturum est, enim invice, ad modum Basileæ Rex Gallorum cum Joanne Faber Scapulensi invidia theologorum Parisiis discesinet simile aliquid fecit ut tute Parisios rediret.* Probablemente escribió Transilvanus lo que sigue: *Credo cum confestim venturum esse. Nam invitus ad modum Basileæ Rex Gallorum, cum Joannis Faber Scapulensis invidia theologorum Parisiis discesisset, simili aliquid fecit,* etc. La traduccion dice así: «Creo que vendrá pronto, y tengo por cierto que estando en Basilea el rey de los franceses con Juan Faber de Escapula, etc.» El rey Francisco I no estuvo nunca en Basilea. Del mismo modo recibe una falsa interpretacion la carta del Dr. Wolfgang Prantner á Alonso, del 15 de Junio de 1528 (página 358). El mencionado *Episcopus Pataviensis* no es obispo de Padua sino de Passau. El desatinado dato de: *Ex nullo statuis* que se reproduce en la traduccion, se refiere quizá á *Ex Ingols tadio*. El que las voces griegas que se presentan en el texto sean completamente adulteradas, es fácil comprender que suceda en un país que ha seguido con tal rigorismo la doctrina de Cave á Græcis como España.

fecha 13 de Diciembre de 1527, comunicada por el Archivo de Simánkas.

Alonso Valdés desempeñaba, desde 1522, el cargo de secretario en la Cancillería de Gattinara, siendo en aquella época el único español que había en ella. Pronto consiguió inspirar la mayor confianza al canciller, en términos que ya en 1524 le dió éste el encargo de escribir un nuevo reglamento para la Cancillería, y en los años siguientes se valió de él para la redaccion de diversos importantes documentos de Estado. En 1529 acompañó al emperador á Italia, fué segundo secretario de Cárlos I en la Dieta de Augsburgo, en donde desplegó una notable actividad discutiendo con Melanchthon y traduciendo para el emperador los artículos de fe de los protestantes en italiano (p. 124 y sig.). Por desgracia, no se ha podido hasta el presente encontrar ninguna carta de Alonso sobre su segunda permanencia en Alemania, pues ya en 1521 había acompañado á Worms al emperador. Falleció en otoño de 1532 en Viena, probablemente el 3 de Octubre (p. 106).

Entre sus escritos, excita en primer lugar nuestro interes una relacion de la batalla de Pavía, de la que nos comunica Caba-llero un facsímile á la conclusion de su obra. Si bien es cierto que en dicho escrito se dice que los consejeros imperiales habían encomendado á Alonso la publicacion de esta relacion oficial, son bien plausibles las razones en que se apoya Caba-llero (p. 143 y sig.) para deducir que su redaccion es debida á Alonso. Segun un informe publicado en los Documentos inéditos (38.290), parece resultar que este escrito, sumamente raro en su original, ha sido nuevamente impreso en 1839, sin que por eso haya llegado al conocimiento del mundo erudito. La relacion ha sido recopilada, como dice el título, de las cartas que dirigieron al emperador sus jefes y su comisario, dándole cuenta de la batalla. En algunos pormenores se guía por las conocidas *Cartas del marqués de Pescara* (1), que reproduce casi literalmente, y en otros se apoya en datos originales hasta ahora desconocidos. A la conclusion se anuncia con sen-

(1) *Documentos inéditos*, 38.408 y sig. De los cuales ha tomado en parte sus noticias Ranke.

tencioso lenguaje, que Dios parece haber concedido de un modo milagroso esta victoria al emperador, no sólo para que defienda la cristiandad contra los turcos, sino para que combatiendo á éstos en su propio país, recobre, para mayor gloria de la religion católica, el imperio de Constantinopla y «la santa casa de Jerusalem,» que por mal de nuestros pecados se perdieron para la cristiandad.

En este documento oficial no podían manifestarse las ideas que albergaba Alonso. Mas las cosas cambiaron de aspecto, cuando bien léjos de marchar el emperador contra los turcos á la cabeza de la cristiandad, como esperaba anteriormente, se veía obligado á combatir, poco despues, no sólo contra la Francia, sino tambien contra el papa Clemente; no sólo ha contraido Su Santidad un imperecedero mérito para con los protestantes de Alemania en aquella época, sino que dió tambien lugar á un movimiento intelectual en España que ofrece un interes especial. Los dos hermanos Valdés fueron los decididos y elocuentes mensajeros de las tendencias reformadoras que aparecieron con nueva fuerza en España, no obstante la poderosa reaccion que trajo consigo la derrota de los Comuneros. Alonso escribió, probablemente á poco del saqueo de Roma por el ejército imperial, el memorable diálogo acerca de los sucesos romanos, que no implica nada ménos que una declaracion formal de guerra contra el papado de entónces, al hacer palpable la contradiccion en que se hallaba él mismo con los principios fundamentales del cristianismo. El diálogo circuló sólo en manuscrito durante largo espacio de tiempo, y alcanzó, sin embargo de esto, tal reputacion, que los amigos del autor en Bélgica manifestaron su vivo deseo de obtener una copia, y el Nuncio del Papa, Castiglione, juzgó necesario el hacer que procediese la Inquisicion contra el secretario imperial. Sería en sumo grado interesante el conocer los procedimientos del Santo Oficio en tan delicado asunto; pero segun asegura Caballero, no se ha podido encontrar el menor vestigio del mismo en los actos de la Inquisicion.

Aun prescindiendo de la gran importancia que comporta en sí mismo el escrito, se presenta naturalmente á nuestra mente la cuestion de saber cómo se explica que un hombre que se

había separado tan radicalmente de la influencia temporal del Papa, y cuyo intencionado escrito fué seguramente impreso varias veces desde 1529 provocando las más implacables iras de la Iglesia, podía seguir gozando hasta su fallecimiento la mayor confianza para con el emperador.

Por desgracia, no se ha hecho esta pregunta Caballero, como tampoco nos da noticias que puedan satisfacernos lo más mínimo en sus investigaciones sobre los puntos esenciales, tales como la posición que ocupaban los hermanos con respecto á la Iglesia, y sus ideas religiosas. Aun las cartas arrojan una luz muy débil sobre esto, sin que podamos asegurar otra cosa que la conformidad de Gattinara con el citado escrito, pues Alonso escribe al Nuncio (p. 363) que no ha dado á conocer á ninguno su diálogo ántes de haberlo presentado al canciller y á otros consejeros imperiales, así como á un gran número de reputados teólogos. Sería bien conveniente el examinar el caso para formar un juicio acerca de la actitud muy conciliadora en que en aquella época se mantuvo el emperador para con los protestantes de Alemania.

Caballero sostiene, sin alegar prueba alguna en pro de su aserto (p. 228), que Juan hizo imprimir el escrito de su hermano despues de haberlo enmendado y corregido. El mismo (1).

El Sr. Dr. Boehmer, catedrático de lenguas neo-latinas en la Universidad imperial de Estrasburgo, profundo conocedor de nuestro idioma y literaturas y autor de la *Biblioteca Wiffeniana* que recomienda el Sr. Dr. Baumgarten como una importante publicación, destinada entre otras cosas á esclarecer el interesante punto histórico de que se trata, se propone publicar nuevamente el diálogo entre Mercurio y Caron durante el curso

(1) No puedo extenderme aquí á dilucidar la cuestión varias veces debatida, de averiguar si fué Juan ó Alonso el autor del segundo diálogo. Sobre lo que observamos ya en esta Revista, t. XXIV, p. 159, puede verse además lo que dice Boehmer, *Biblioteca Wiffeniana*, 1, 67, que señala á Juan como el verdadero autor. Caballero (p. 236) se pronuncia también por Juan, en vista del testimonio de Gallardo, que creía fuera de toda duda haber encontrado en las actas de la Inquisición de 1820 la prueba de que Juan había escrito el diálogo. En mi opinión, existen causas políticas que inducen á creer que no podía Alonso arriesgarse á escribir de tal modo desde 1528.

(N. del A.)

del presente año, para lo cual cuenta ya con datos tan auténticos como originales. A nuestro escritor nacional Fermin Caballero le cabe el mérito, como lo reconocen los eruditos extranjeros, de haber sido el primero que ha dado á conocer en nuestra patria la gran significacion que para el progreso intelectual de la misma tenían los hermanos Valdés, para realzar la cual, si bien de un modo poco satisfactorio, segun dice el Sr. Baumgarten al hablar de las noticias é investigaciones del Sr. Caballero, no ha titubeado de todos modos este último en dar á la luz pública un escrito que los ortodoxos católicos de todos los países habían calificado de *heresiae suspecto* (1), ha hecho valer en toda su fuerza de expresion el lenguaje que había introducido su hermano en el gran diálogo entre Mercurio y Caron; publicando una obra en la cual naturalmente tuvo participacion su hermano. Y, en efecto, una de las partes de ella, al referirse á las desavenencias del emperador con Francia, el Papa con Inglaterra, no sólo se extiende en gran número de detalles, sino que presenta en su apoyo tal copia de documentos, que no puede admitirse el que semejante publicacion procediera de un escritor que fuera extraño á los negocios de Estado. En este diálogo, lo mismo que en el otro, ofrece el calor de la defensa de la política imperial la posibilidad de decir cosas tales sobre la decadencia de la Iglesia, que difícilmente se encontraría mayor acritud de lenguaje en el mismo Lutero. Los dos hermanos y sus amigos, colocados aún en más elevados puestos, pudieran bien haberse inspirado en la idea de influir en el ánimo del emperador mismo en el sentido enteramente opuesto á las reformas que había introducido Cisneros en la Iglesia española, pues no trataban de reanimar las instituciones de la Edad Media, sino que su propósito era el hacer retroceder la Iglesia á la pristina pureza de Jesucristo y sus após-

(1) La obra del Sr. Boehmer lleva el título siguiente: *Spanish Reformers of two Centuries from 1520. Their Lives and Writings according to the late Benjamin B. Wiffens Plan and with the use of his materials described by Edward Boehmer vol. 1 with B. B. Wiffens narrative of the Republication of Reformistas antiguos Españoles, and with a memoir of B. B. Wiffen by Isaline Wiffen.* 8 br. Strassburg, 1874.

(N. del T.)

toles. En cuanto á lo que podían prometerse del emperador para conseguir su fin, no hay quien pueda decirlo hoy en día. Sería, por tanto, de gran valor el que fuese proseguido con robustas fuerzas en España el trabajo empezado ya por Caba-llero, con cuyo objeto habría que consagrar una atención espe- cial á los archivos episcopales de Jaen y de Toledo.

Un material abundante para la historia de la política del emperador en Italia en aquella época, hemos encontrado en el concienzudo trabajo de Villa, sobre el saqueo de Roma (1). Dos cosas nos sorprenden agradablemente en el mismo : en primer lugar, el que haya extendido sus investigaciones más allá de los límites de España, y en particular hasta los archivos de Viena, y en segundo lugar, el que se manifieste informado de la literatura alemana en la parte que le incumbe para su libro, de lo cual es casi el primer ejemplo por parte de un es- pañol.

Es bien considerable el número de los informes de genera- les, embajadores y agentes imperiales que se hallaban á la sa- zón en Italia y cuyos datos presenta por primera vez el señor Villa, de modo que puede decirse que su libro arroja desde su aparición nueva y potente luz sobre el memorable conflicto entre el Papa y el emperador. Ciertamente que los autores de las relaciones que se añaden á sus documentos, podían haber abordado más de lleno en el asunto, penetrando, por ejemplo, con mayor empeño en la cuestión de averiguar si la toma de Roma entraba ó no en las miras del emperador, punto de que se trata en la pág. 106. Así resulta errónea la opinion de Villa en la pág. 202 en que dice que Cárlos no sabía aún el 6 de Julio la muerte de Borbon. El entónces embajador de Enrique VIII cerca de Cárlos, da cuenta el 27 de Junio desde Valladolid á Wolsey (2), que el 25 le había referido el emperador que había recibido cartas del príncipe de Orange de fecha del 14 de Mayo, que le anunciaban la toma de Roma y la muerte de Borbon.

(Se continuará.)

(1) *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527.* Madrid, 1875.

(2) Brewer, *Letters and papers*; p. 1458.



LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES



PARIS, llámese como se quiera, monárquica, imperial ó republicana, es, ha sido y será siempre la ciudad de las Exposiciones. Ella, en sí misma, aun descartada de su grandeza artística y monumental, con sólo sus espléndidos, alegres y picarescos *boulevares*, sus bulliciosos cafés y *clásicos* restaurants y el variadísimo cartel diario de sus diversiones públicas, ya serias, ya cómicas, ó bufas por excelencia, es sin duda, la ciudad escogida para las Exposiciones universales.

Porque al fin y á la postre, si bien esas grandiosas fiestas, bazares, concursos ó congresos de la industria, como quiera llamárseles, que de todo tienen, responden á grandes y permanentes intereses de que participen todos los pueblos y clases sociales, por el periódico primero, por la revista más tarde, y últimamente por la memoria y el libro, la verdad, y la verdad contante y sonante es, que las Exposiciones universales ocasionan inmensos gastos á la nacion que toma á su cargo la organizacion y ereccion de los edificios, puestos gratuita y cortesmente á la disposicion de todas las demas. Y en tanto que subsista el sistema internacional de invitaciones gratuitas, preciso será rodear á las Exposiciones con el mayor número posible de atracciones, á fin de que, concurriendo á ellas por millones los visitantes, se remuneren indirectamente esos gastos, y se consiga además hacer de esas grandiosas fiestas de la industria inmensos focos de contacto del consumo y de la produccion, que no deja de ser uno de sus inmediatos é interesados fines. Y ninguna de las grandes capitales ó ciudades del mundo puede disputar á Paris el privilegio, secreto ó *chic*, de atraer el mayor número de visitantes, con ó sin Exposiciones universales.

Y con todo esto, no corresponde á la capital de la Francia el honor de haber realizado la primera de las Exposiciones universales; si bien es cierto que el gran éxito de su Exposicion nacional de 1844 inspirara á los ingleses la realizacion del primer gran concurso inter-

nacional. Pero si no corresponden á Paris los honores de prioridad en materia de Exposiciones universales, cábele la gloria de haber excedido á otras ciudades en el número de ellas; con lo cual, sobre haber dado pruebas de sincero arrepentimiento, se comprueba la asercion de ser la bellísima y coqueta capital el punto de cita preferente así de las graves ciencias, como de las inspiradas artes y de las prosaicas industrias. Pertenece además á Francia la satisfaccion de haber evidenciado, mediante la decidida actitud de sus corporaciones industriales en favor de la tercera de sus Exposiciones universales, que la organizacion é intereses de produccion son superiores hoy á todas las cábalas é intereses de partido. Digamos como extremos de comparacion, que si Napoleon III celebró en 1855 su ascenso al trono convocando á todos los pueblos á la primera Exposicion Universal francesa, valiéndose al efecto de la organizacion de la fuerza y de la fuerza de una centralizada administracion, la Francia industrial y trabajadora ha contribuido en 1877, acaso en grandísima parte, á fijar las oscilaciones de una crisis, que ha amenazado su paz, bienestar y grandeza, asegurando con esa gran victoria moral la realizacion de la más famosa de sus Exposiciones universales.

Tiempo, medios y ocasiones tendrán nuestros lectores de conocer en todos sus detalles el grandioso acontecimiento que se organiza y está á punto de terminarse en estos momentos á ambos lados del Sena y en los terrenos del Campo de Marte y del Trocadero; y á fin de que puedan compararlo con todos los antecedentes de su clase, nos hemos propuesto escribir una brevísima reseña de las Exposiciones universales.

RESEÑA DE LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES.

Las Exposiciones universales, ó séanse las Exposiciones internacionales de los productos todos del trabajo, tienen su origen rigurosamente en las primeras necesidades de la vida social; la plaza pública, el mercado, los bazares, la feria de remotísima existencia, las Exposiciones especiales ó concursos locales del siglo pasado, y las Exposiciones industriales de carácter nacional que principiaron á celebrarse en Francia á últimos de 1798 bajo el gobierno del Directorio, constituyen, puede decirse, su ascendencia ó genealogía.

Las ferias.—La feria se instituye á principios de la Edad Media: sus beneficios y ventajas comerciales alcanzan ó se limitan, primero á la comarca, á la provincia despues, á la nacion más tarde, y llegan á influir, aún en el período álgico de su existencia, en las naciones vecinas; pero pierden verdaderamente el carácter que les diera importancia, desde el momento en que las comunicaciones interiores de los pueblos y de las naciones entre sí alcanzan un grado tal, que la industria y el comercio véense obligados á modificar el precio de la unidad con arreglo á una mayor y más libre expresion de las leyes de

la oferta y de la demanda. Las ferias, mitad místicas, mitad profanas en su principio, se convierten en centros de contratación: la industria presentaba en ellas su producción anual; el comercio acudía á acaparar las existencias, y el agricultor ó labrador á proveerse de lo necesario para la estación ó el año siguiente. Hoy han dejado de ser una necesaria institución comercial; donde no han desaparecido se conservan como reliquias, ó para la satisfacción de pequeñas necesidades locales. El desarrollo de las líneas férreas y las rápidas comunicaciones marítimas, los perfeccionamientos introducidos en el servicio postal y telegráfico, han cambiado completamente la manera, la forma, volumen y velocidad de las transacciones: el receptor del aparato telegráfico colocado en la oficina del industrial y en el despacho del comerciante, permite hoy saber á cada instante, á los unos y á los otros, á cómo deben y á cuánto pueden comprar la unidad de mercancía en cada uno de los mercados del mundo. Las ferias, pues, en su genuino y verdadero carácter, hace tiempo pertenecen á la historia del progreso de la vida comercial de los pueblos. Tributémoslas aquí un verdadero respeto, citando los nombres de las que alcanzan más fama y celebridad: en Asia, las ferias de la Meca; en la India, las de Hurdwar; en Rusia, las celebradas de Nizhni-Novgorod; en Alemania, la feria trienal de Leipsic; en Inglaterra, las de Saint Bartholomew, Saint Faiths, y las de Weyhill; en Francia, las de Guilbray y las concurridísimas de Beaucaire; en España, las de Sevilla y otras, y por último, las antiguas é importantes ferias de Méjico.

Que la inmediata ascendencia de las Exposiciones industriales, tales como hoy las conocemos, fueron las ferias y las Exposiciones especiales ó concursos del siglo pasado, apenas necesita justificarse; pues si bien, como queda dicho, el principal objeto de las primeras fué el de compra-venta, no dejaban de ser ellas en sí agrupaciones ó conjuntos de los productos de la tierra ó de las artes y de la industria, ó de todas combinadas, expuestos al libre exámen del público, que á ellas concurría en són de fiesta y atraído por las múltiples diversiones y regocijos públicos con que las rodeaban. Y como el industrial había aprendido que no solamente le importaba acudir á las ferias para vender sus manufacturas, sino que también para acreditarlas, mediante la presencia del variado y numeroso público que á ellas concurría, resultó que cuando las ferias dejaron de ser porque no respondían ya á su principal objeto, quiso conservarse el carácter secundario que las distinguía, como exposiciones de los productos naturales y manufacturados; popularizando, por decirlo así, dando el aspecto de fiesta, y dotando de nuevas organizaciones y más elevados puntos de vista á los silenciosos y solitarios concursos de determinadas industrias que venían sucediéndose desde mediados del siglo pasado.

Origen de las Exposiciones industriales.—De aquí, á nuestro modo de ver, el origen de las Exposiciones industriales, con las ten-

dencias, fines y propósitos con que hoy las conocemos: ilustrar y competir de parte de los expositores, apreciar y juzgar de parte del público, decidir y presenciar de parte de los jurados; y con el propósito, escondido ó manifiesto, de todos y de cada uno, de divertirse lo más y mejor posible. Podrá ser que no satisfaga á algunos este doble origen que damos á las Exposiciones; pero creemos que no sin razon han solido llamar los ingleses y norte-americanos á sus respectivas Exposiciones universales: *our great fair*.

Exposiciones nacionales francesas.—La primera Exposicion nacional fué la convocada el año VI (1798), del Gobierno del Directorio, con el objeto, se decía, «de embellecer las fiestas nacionales y de glorificar el trabajo tan profundamente desdeñado ántes de la Revolucion.» Tuvo lugar esta Exposicion en el Campo de Marte por tres dias consecutivos, concurriendo á ella 110 expositores, y concediéndose 12 medallas de primera clase y 13 de segunda; siguiéronse á ésta otras, bajo los diferentes gobiernos que se sucedieron desde el consulado hasta el gobierno de la revolucion de 1848; en 1801, 1802, 1806, 1819, 1823, 1827, 1834, 1839, 1844 y 1849; manifestándose en todas ellas un gusto y lujo creciente, mayor interes de parte de los industriales y una progresiva organizacion; las tres últimas, especialmente, pusieron muy alto el renombre y reputacion de que ya gozaban las exposiciones de la industria francesa, pues sobre haber contado, respectivamente, 2.400, 3.900 y 4.500 expositores, la última de todas, la de 1849, llegó á adquirir un carácter generalísimo con la mayor concurrencia de los productos agrícolas y la adición de Exposicion de ganado hasta entónces excluida del Catálogo; no tardando en despertar, como era natural, el renombre y fama de estas exposiciones una noble emulacion en otros países, con lo cual las exposiciones nacionales adquirieron carta de naturaleza en casi todas las naciones de Europa; pasando así de ser un ensayo, dejando de ser con esta casi general aceptacion un *modus operandi* de una nacion dada en la promocion de sus propios intereses, y llegando por consiguiente á ser reconocidas como una necesaria institucion de la industria, de las artes y del comercio. Así se complacía en reconocerlo el barón Carlos Dupin, al elevar su informe sobre la Exposicion francesa de 1834, en su carácter de ponente y vicepresidente del Senado, al gobierno de Luis Felipe; el brillante éxito, decía, «de nuestras Exposiciones nacionales, ha inducido á casi todas las naciones de Europa á imitar nuestro ejemplo... Sólo Inglaterra, considerándose acaso demasiada rica y demasiado superior, desdeña estos estímulos de la Industria... ¿Era justo el ilustre académico en sus apreciaciones?

Exposiciones especiales inglesas.—Nosotros creemos que no lo era del todo; pues ya por entónces una distinguidísima institucion escocesa, *Royal Dublin Society*, venía, hacía unos catorce años, celebrando y sosteniendo á sus expensas exposiciones trienales, bien que

sobre tener carácter privado, y limitarse á determinadas industrias, obedecían á miras absolutamente exclusivistas, puesto que hasta 1850 estuvo Irlanda excluida de toda concurrencia en aquellos certámenes: esto aparte de la serie de exposiciones especiales ó concursos que la Sociedad de Artes de Lóndres había inaugurado desde 1756, convocando anual y sucesivamente á determinadas industrias á la opcion de premios costeados de los propios fondos de la Sociedad, y aparte tambien de otras exposiciones ó concursos de carácter semejante, ya celebrados por entónces en todo el Reino-Unido. Ciertó es que el gobierno inglés no había tomado, como nunca ha tomado la iniciativa en semejantes concursos industriales; pero esto se explica en parte en el pueblo del *self-governement* por excelencia; allí donde la iniciativa individual y espíritu público representan poderosas fuerzas vivas, los gobiernos en muchos casos más que inician ú organizan, secundan ó patrocinan. Pero de esta aparente indiferencia del gobierno no podía deducirse rigurosamente, segun creemos haber demostrado, que dejaron de reconocerse en Inglaterra la virtud y méritos de las exposiciones industriales; y de todos modos, nos complacemos en decir, siendo como somos admiradores de la Francia en materia de Exposiciones, que pocos años despues del reproche del baron Dupin, en 1848, la distinguida Sociedad de Artes, Manufacturas y Comercio de Inglaterra, *Society for promotion of Artes, Manufactures and Commerce*, resolvió celebrar por sí misma y con sus propios recursos Exposiciones generales é industriales, y bajo el modelo de las francesas; la segunda de las cuales tuvo lugar en 1848 con tal éxito, que decidió á la benemérita Sociedad á instituir una exposicion anual, con el propósito de celebrar cada cinco años una que comprendería *todas las industrias británicas*, debiendo tener lugar la primera de estas Exposiciones generales en 1851; y más adelante veremos cómo aquel propósito dió lugar á la primera de las Exposiciones universales.

Exposiciones universales.—Claro es que el paso ó transicion de las Exposiciones nacionales á las universales ó internacionales, ni habían de seguir una serie tan prolija y gradual, ni habían de modificar tan profundamente el carácter de las primeras como modificaron aquéllas el de las ferias. Las exposiciones universales no venían á ser otra cosa que la ampliacion de las nacionales; facilitáronlas la mayor viabilidad de las comunicaciones internacionales; motiváronlas el extraordinario incremento que el concurso del capital, de la ciencia y de la libertad y division del trabajo habían ocasionado en la fuerza productiva de la primera mitad del siglo llamado del progreso; é hicieronlas posibles, material y económicamente, los grandes adelantos realizados en la ciencia del ingeniero. Digamos, empero, que entre su anuncio ó sugestion y la realizacion de la primera de ellas en Lóndres, en 1851, mediaron veintiun años; pues consta que por el año de 1830, un empleado frances de aduanas,

M. Boucher de Perthes, publicó la idea é hizo infructuosas gestiones en favor de «la celebracion de un jubileo de los productos todos de la industria universal.» La luminosa idea del celoso empleado, permaneció veintiun años sin recibir decidida proteccion de nadie: en 1849, Luis Napoleon se apodera de ella, la formula, y rodeándola de colores fascinadores, la presenta al pueblo frances con motivo de la undécima Exposicion nacional francesa; pero el pueblo frances, por causas que expondremos en otro lugar, la acoge sin entusiasmo y la recibe con frialdad. Por el mismo tiempo el Presidente de la sociedad de Artes de Inglaterra, el príncipe Alberto, en un discurso sobre la forma y medios de realizar la exposicion quinquenal del Instituto, á que hemos hecho referencia, sugiere la idea y expone la conveniencia de que la Exposicion general en proyecto tenga carácter internacional, y acogida favorablemente la indicacion por la opinion pública, dos años más tarde tiene lugar la primera Exposicion universal en la inmensa y atrevida estructura levantada, puede decirse improvisada, en Hyde Parck, y que con sobradísima razon ha llegado hasta nosotros con el nombre de «Palacio de cristal.»

De ella y de las Exposiciones universales que se han sucedido hasta la última en *Fairmount Park*, en Filadelfia, vamos á dar cuenta sumariamente; debiendo decir ántes, que acaso en la clasificacion que adoptamos encuentren algunos de nuestros lectores omisiones; pues el hecho es, que desde la Exposicion universal de Hyde Parck, algunas de las de carácter nacional que han ocurrido despues, han tenido realmente, ó han pretendido tener algun carácter internacional. Entre las primeras incluimos las que tuvieron lugar en New-York y Dublin en 1873; y como ejemplo saliente de las últimas, citaremos la exposicion celebrada el año último en Cape Town, la capital de la Colonia británica del Cabo de Buena Esperanza, anunciada con toda seriedad en Inglaterra como Exposicion universal, pero que, sin embargo de parecerles á los ingleses sobradamente ridículo el anuncio, no impidió que concurrieran á ella, llevando además consigo, á manera de tienda de campaña, el edificio de hierro donde había de celebrarse la gran Exposicion universal africana.

Diremos, por último, que al adoptar la clasificacion ó lista que á continuacion ponemos, y la cual vamos á seguir en el orden de nuestro trabajo, la hacemos con la autoridad de las publicaciones de más nota que hemos consultado sobre la materia.

Exposiciones universales por orden de fechas:

La de Lóndres en 1851.

La de Paris en 1855.

La de Lóndres en 1862.

La de Paris en 1867.

La de Viena en 1873.

La de Chile en 1875.

La de Filadelfia en 1876.

LA EXPOSICION DE LÓNDRES EN 1851.

Antecedentes.—Hemos dicho que el brillante éxito de la Exposición anual celebrada en 1848 por la Sociedad de Artes, Manufacturas y Comercio de Inglaterra, decidióla á instituir una Exposición quinquenal que había de comprender *todas las industrias británicas*, y la primera de las cuales debía celebrarse en 1851, y vamos ahora á exponer brevemente, cómo aquel propósito dió margen á la primera de las Exposiciones universales.

El negativo resultado de los expedientes iniciados desde 1844 por respetabilísimas corporaciones en solicitud del apoyo material del Gobierno en favor de las Exposiciones nacionales, no daba lugar á duda alguna en Inglaterra de que la vida y porvenir de dichos certámenes había de depender de la iniciativa y empresa particular, y del apoyo que á ésta prestara la opinion pública. El Gobierno no era un término de oposicion, no era un término negativo en la resolución del problema, pero entendía que su mision no le obligaba ni á figurar como término de fuerza, ni como término de resistencia; ofrecíase sólo como signo de autoridad, ofrecíase únicamente á sancionar todo esfuerzo capaz de vencer las resistencias que pudieran encontrarse en la realizacion de las solicitadas exposiciones industriales de carácter nacional. Y siendo esto del todo sabido por la Sociedad de Artes, por ajena y propia experiencia, y constante en el propósito que la animara y que hemos ya expuesto, fueron sus primeros pasos dirigidos á procurarse el auxilio de otras corporaciones de índole semejante á la suya, y á ganarse las simpatías y poderosísimo apoyo de la opinion pública, limitándose á solicitar del Gobierno, como todo auxilio material, la temporal cesion de uno de los edificios ó terrenos públicos que tuviera á bien poner á su disposicion para el proyectado certámen de *todas las industrias británicas*. Alentada la Sociedad por el feliz resultado de sus primeras gestiones, en todas las cuales tuvo una muy activa y directa parte su dignísimo presidente, el príncipe Alberto, y séase que en el curso de los trabajos preparatorios que se realizaban en 1849, se recordara la brillante idea que concibiera años atras M. Boucher de Perthes de «convocar á un gran jubileo á todos los productos de la industria universal,» ó séase que la indicacion hecha en el mismo sentido por Luis Napoleon con motivo de la Exposición nacional francesa de aquel año, desoida por la Francia, tuviera un poderoso eco en el seno de la Sociedad de Artes de Inglaterra, ello fué, que con ocasion del banquete dado por el Lord Corregidor de Lóndres á las autoridades municipales del Reino-Unido en solicitud del apoyo de éstas para la realizacion de la proyectada Exposición británica, el príncipe consorte, en su calidad de presidente de la citada Sociedad, decidióse á exponer la idea y razonar la conveniencia de invitar á *todas las na-*

ciones á que concurrieran con los *productos todos* de sus respectivas industrias, y aceptada la idea con unánime y entusiasta aprobacion, el proyecto tomó desde aquel momento las grandiosas formas *de la primera Exposicion universal*.

Poco despues, en una serie de *meetings* tenidos en el palacio de Buckingham por el comité ejecutivo, nombrado al efecto por la Sociedad, cuya presidencia, como era de justicia, se había conferido al príncipe Alberto, se discutió el grandioso proyecto: facilitaron su rápida organizacion los coleccionados informes de las completísimas Exposiciones nacionales celebradas en Francia en años anteriores, y los mismos trabajos ya iniciados para la Exposicion británica en que primero se había pensado; aseguráronse los medios materiales de realizar el nuevo y grandioso proyecto, mediante un contrato de empréstito celebrado entre la Sociedad de Artes y los contratistas Mrs. Munday, por el cual comprometíanse los segundos á facilitar todos los recursos necesarios, y á depositar previamente los (1) 100.000 duros que había presupuestado el Comité ejecutivo como fondo reservado para premios ó recompensas; y por último, más de 5.000 firmas recogidas en los principales centros manufactureros del Reino-Unido, aseguraron una brillantísima concurrencia de la produccion nacional. Organizada, mejor dicho, asegurada así la parte material del nuevo proyecto, se elevó á conocimiento del Gobierno, suplicándosele que se sirviera conceder el uso de uno de los terrenos públicos ó parques para emplazamiento de los edificios que fuera necesario erigir, y que, á fin de inspirar una mayor confianza á las naciones extranjeras, de dar una más alta garantía á todos los expositores en la reparticion de premios que se proyectaba, y con objeto además de allanar las dificultades que pudieran presentarse en la importacion de objetos destinados al concurso, se sirviera sancionar el proyecto, interviniendo en su realizacion en la forma y extension que estimara más conveniente; y el real decreto de 3 de Enero de 1850 respondió ampliamente á esos deseos, confirmando al Comité ejecutivo en las funciones de su cargo, y nombrando los comisarios regios encargados especialmente de informar é intervenir en los puntos especificados en la solicitud elevada por la Sociedad de Artes, y de contribuir por punto general á la más propia manera de realizar el proyecto. El Comité ejecutivo, confirmado é intervenido así por los comisarios regios, pasó á ser una Real Comision.

Nombramiento de la Real Comision.—Transformado, mejor dicho, incorporado el Comité ejecutivo en la Real Comision creada por decreto de 3 de Enero, y creyendo los comisarios regios interpretar fielmente los deseos y estado de la opinion pública en aquellos momentos, inclinada, segun ellos creían, á que todos los gastos de la

(1) Las más de las cantidades las expresaremos en números redondos.

proyectada Exposicion Universal se sufragaran por medio de un donativo público, propusieron en la primera sesion que celebró la Real Comision, el 11 de Enero siguiente, rescindir, á pesar de sus favorables condiciones, el contrato celebrado entre la Sociedad y los señores Munday, prévia la correspondiente indemnizacion y prévia tambien la seguridad que dieron los comisarios regios á la Sociedad de Artes de proveer por sí mismos, en todo evento, á los recursos que en todos conceptos fueran sucesivamente necesitándose, dándose en seguida cuenta de este acuerdo con todos sus incidentes al pueblo inglés, y anunciándose que quedaba abierta la suscripcion ó donativo público destinado á sufragar los gastos del gran certámen internacional; acto de gran patriotismo que así honra á los comisarios regios como al pueblo inglés: á los primeros, por la responsabilidad que contrajeron en bien del lustre de la nacion, y al segundo, por la generosa manera con que respondió al patriótico llamamiento. Consecuente con este acuerdo, se establecieron comités ó subcomisiones en todas las principales ciudades del Reino Unido, é inauguróse la suscripcion ó donativo bajo los más halagüeños prospectos. Pero el plazo dentro del cual habían de ejecutarse los trabajos todos para el gran certámen no permitía esperar el total resultado de la pública suscripcion; se hacía necesario disponer de cuantiosas sumas desde los primeros momentos; además, modificadas las condiciones económicas del primer proyecto y habiéndose suscitado dudas de competencia ó autoridad ejecutiva entre los comisarios regios nombrados, como se recordará, para funciones dadas en el decreto de 3 de Enero, y dudándose, por haber cesado la responsabilidad financiera de la Sociedad de Artes, sobre á quiénes correspondía firmar el contrato para la ereccion de los edificios, y en qué grado de responsabilidad civil incurrirían los firmantes, decidieron los comisarios regios tomar sobre sí el trabajo y asumir la responsabilidad legal de la gran empresa, solicitando del Gobierno, prévia conformidad del Comité ejecutivo y su aquiescencia, á que continuara prestando sus servicios, que se les reconociese como una corporacion independiente, bajo la denominacion de «Los comisarios de la Exposicion de 1851» *The commissioners for the Exhibition of 1851*, y así se acordó por real decreto de 15 de Agosto del mismo año.

Se aprueban los estatutos de los comisarios de la Exposicion de 1851.—Transformada á su vez la Real Comision en una corporacion ó instituto cuyo carácter y autoridad se consignaban en los estatutos aprobados, procedióse inmediatamente á crear un fondo de garantía de 1.150.000 duros, que se cubrió entre los más de los miembros de la nueva Comision, que llamaremos en lo sucesivo *Comision general*, y entre otras personas interesadas en el éxito del gran concurso, una sola de las cuales, Mr. Peto, miembro del Parlamento, se suscribió por 250.000 duros; y mediante este nuevo órden de cosas, abrió el Banco de Inglaterra un crédito ilimitado á

«Los comisarios de la Exposición de 1851.» Tenemos, pues, que concebido y organizado el concurso internacional por una reconocida y antiquísima corporación dedicada á la promoción de los intereses industriales y comerciales del país, se convirtió en una Real Comisión para volver á ser la obra y propiedad definitiva de un nuevo autorizado instituto ó corporación, en cuyo seno figuraban los nombres más distinguidos de la nobleza, de la política, de las ciencias y de las artes, aunados voluntariamente en el deseo de promover los intereses de la comunidad, no sólo con personales, desinteresados y gratuitos servicios, sino que también dispuestos á todos los sacrificios pecuniarios que requiriera el mayor lustre de la nación. ¡Bellísimo ejemplo que quisiéramos ver reproducido entre nosotros!

Creada así una entidad dotada de una situación financiera que descansaba sobre las sólidas bases de un fondo de garantía de más de un millón de duros, y contando con el brillo y los honores de una patriótica suscripción, dedicaron los comisarios generales, ó el Comité de obras nombrado al efecto, sus esfuerzos todos á la urgente necesidad de dar principio al edificio, que pocos meses después había de cobijar la primera colección de la industria universal.

Emplazamiento de los edificios.—Más de doscientos treinta proyectos, entre nacionales y extranjeros, se presentaron al concurso abierto al efecto; pero entre tantos, ninguno satisfizo completamente los deseos de la Comisión general; ninguno de ellos llenaba las condiciones del programa en punto á distribución y á las facilidades de inspección requeridas; además, ninguno ofrecía en sus proporciones y en su composición nada que revelara ni los distintivos de las construcciones inglesas de carácter industrial, ni los extraordinarios adelantos realizados por entonces en la ciencia del ingeniero; y los comisarios generales, ó su Comité de Obras, aspiraba á que el edificio, sobre ajustarse en un todo á la planta propuesta en el programa del concurso, revelara, así los propios recursos y adelantos de la construcción civil, como la excelencia y adaptabilidad de dos de los materiales favoritos de la construcción inglesa: el ladrillo y el hierro. Así fué que, inspirándose en estos móviles, resolvieron al fin los comisarios dar solución al problema por sí mismos, ideando y trazando los planos de una colosal construcción de ladrillo, coronada por una cúpula de 61 metros de diámetro, formada por cuchillos de hierro y de cubierta metálica; pero á su vez el proyecto de la Comisión general no obtuvo la aprobación pública: la opinión era opuestísima á que se levantaran en aquella hermosa parte del parque de Hyde, que previo favorable informe de los comisarios regios, había el Gobierno puesto á disposición de la real Comisión, construcciones de carácter permanente que supusieran la parcial ó total destrucción del viejo y hermoso arbolado que allí existía, llegando la oposición en este sentido á inspirar una interpelación hecha en el Parlamento; el cual decidió en favor de los comisarios generales, te-

nidas en cuenta, no sólo las circunstancias que recomendaban la elección del sitio, si que también las elevadas miras á que obedecía el proyecto. Entre tanto habíase anunciado la subasta para la construcción del edificio ideado por el Comité de Obras, con la cláusula de que podrían los postores acompañar á sus proposiciones cualquiera modificación al proyecto, por radical que fuera, que propendiese á conciliar las miras de la Comisión general con los deseos manifestados por la opinión pública: acto de cortesía, que, sobre revelar un rasgo más de la sociedad inglesa, da lugar, como vamos á ver, á la presentación del originalísimo y grandioso proyecto de hierro y de cristal, que, con sobrado motivo, propios y extraños bautizaron con el nombre de «El palacio de cristal.»

El palacio de cristal.—Principales dimensiones.—Cuando la oposición del público al edificio ideado por el Comité de Obras se hizo manifiesta, un habilísimo y reputado proyectista de obras de hierro y cristal, quien había ya por entónces introducido radicales mejoras en la construcción de invernáculos y obras de carácter semejante, Mr. Paxton, propúsose dar solución al problema dentro de los términos impuestos por la Comisión general y requeridos por el público: «Que el edificio se sujetara en un todo á la planta propuesta por el Comité de Obras; que fuera de grandiosas proporciones; que no supusiera una obra permanente; que fuera característico, y que, sobre requerir las ménos obras de explanación, evitara lo más posible la tala y destrucción del hermoso y secular arbolado de aquella parte del parque.» Embebido en tan múltiples condiciones, concilió Mr. Paxton la forma de una inmensa, graciosa y esbelta estructura de 560 metros de largo por 125 de ancho, y de una planta rectangular de 70.000 metros, dentro de la cual habían de erigirse más de tres mil elegantes y ligerísimas columnas de fundición, sobre las que debían apoyarse, ajustarse y entrelazarse otro tanto ó mayor número de atrevidos cuchillos de hierro de celosía, parte de los cuales, á su vez, debían prestar apoyo á los 330 kilómetros de listones destinados á aprisionar una superficie de cristal de 85.000 metros cuadrados. No podía darse proyecto más original y que mejor caracterizara el genio de la construcción inglesa. La espaciosa avenida longitudinal, de 22 metros de luz y de 19 de altura, cerrada por una claraboya formada por una serie de pequeños cuchillos, y la nave transversal de la misma luz coronada por una bóveda cilíndrica de cristal, cuyo vértice se elevaba á 32 metros, daba al conjunto grandiosas proporciones; dáble gracia y ligereza exterior su perfil transversal escalonado, y magnificencia interior los dos pisos ó galerías corridas á lo largo de la avenida y nave; cuyas galerías, con más la adición de una luz en la planta baja, elevaron, por último, á 92.000 metros cuadrados la total superficie cubierta. No podía, no, darse construcción más apropiada, de ser económicamente posible; todo lo satisfacía: dejaba intacta la distribución adoptada por el Comité de Obras;

en su montea ó ejecucion se ofrecía ancho campo para que se manifestara la habilidad de la mano de obra inglesa; su apeo ó desmontaje se facilitaba extraordinariamente, y, además, se satisfacía por completo á la condicion que, así preocupaba á los comisarios generales, como interesaba al público: los seculares y elevados árboles que adornaban aquella parte favorita del parque de Hyde iban á quedar religiosamente encerrados á lo largo de la espaciosa nave transversal, constituyendo el más propio y bello adorno que pudiera haberse imaginado para aquella inmensa estructura á manera de invernáculo.

El vasto proyecto estaba concebido, pero faltaba representarlo por medio de líneas, de proyecciones, de alzados y cortes; faltaba presupearlo, calcular sus condiciones de resistencia; en una palabra, faltaba demostrar su posibilidad y hacerlo inteligible á los demas. Mr. Paxton no había tenido tiempo más que para bosquejar la concepcion por medio de un cróquis, y el plazo anunciado para la celebracion de la subasta, abierta por los comisarios, estaba á punto de cumplirse; por fortuna uno de los postores, los acreditados contratistas Mrs. Fox, Henderson et C.^o, comprendieron por el solo exámen del cróquis, que se les puso á la vista, la importancia, mérito y posibilidad del proyecto, y acompañándolo con ligerísimas especificaciones y un presupuesto aproximado, lo incluyeron en el pliego que contenía sus proposiciones para la construccion del edificio ideado por el Comité de Obras de la Comision general.

La suerte del proyecto de Paxton estuvo desde aquel momento asegurada, porque lo que á la pericia de los citados contratistas no se había escondido, mal podía pasar desapercibido á los altos conocimientos facultativos con que contaba la Comision; además, un periódico ilustrado, *Illustrate London News* lo había dado á conocer, y el público lo había recibido con entusiasta aprobacion.

Material empleado en su construccion. — Pidióse en su consecuencia á Mrs. Fox et C.^o, que presentaran el proyecto con su completa documentacion y demostrasen la posibilidad de que el inmenso número de unidades compuestas de hierro, de cristal y de madera, de las especiales dimensiones requeridas, podrían obtenerse en el brevísimo plazo disponible, y poco más de una semana bastó para que los enérgicos, activos é inteligentes contratistas completaran la documentacion y celebrasen los contratos preliminares con las fundiciones, fábricas y talleres que habían de suministrar el inmenso material que, segun cálculos aproximados, ascendió á 700 toneladas de hierro, 3.800 de fundicion, 400 de cristal y 17.000 metros cúbicos de madera; poniendo este hecho en evidencia los poderosos recursos industriales del país, y haciéndose merecedores los enérgicos contratistas á una de las tres medallas de primera clase, la medalla del Consejo, concedidas algunos meses despues por el jurado internacional á las personalidades que en mayor grado contribuyeron á

la exacta y brillante realizacion de la primera Exposicion universal; al príncipe Alberto, á Mr. Paxton y á Mrs. Fox, Henderson et C.º

Su coste y reedificacion.—Presentados de nuevo los planos se acepta definitivamente el proyecto, y poco despues la proposicion de los mencionados contratistas, de ejecutar las obras por 365.000 duros, con más el precio que se obtuviera por la venta del material del edificio, concluida que fuera la Exposicion; elevándose, más tarde, la partida á 695.000 duros, por adiciones y modificaciones introducidas en el curso de los trabajos. El importe total recibido por Mrs. Fox et C.º, ascendió, por último, á 1.060.000 duros, constituyendo la diferencia el precio pagado por todo el material, por *Cristal Palace Company*, cuya compañía, como es sabido, reedificó, con notables mejoras y adiciones, el grandioso edificio en Sydenham en el verano de 1852.

La Comision general, pues, no podía haber realizado más cumplidamente todas las partes del programa que se había propuesto respecto á la construccion del edificio, pues aparte de su característica grandiosidad y de haberse evidenciado en su estudio los poderosos recursos industriales del país, el hecho de haberse erigido la primera columna de la vasta estructura el 26 de Setiembre, y de haber bastado los ciento noventa dias laborables que median entre esta fecha y la apertura de la Exposicion, el 1.º de Mayo siguiente, para rematar sus más mínimos detalles, constituyó entónces un hecho sin antecedentes en los anales de la construccion. Y en punto al criterio que habían adoptado los comisarios al crear las bases de su situacion financiera, no pudo ser mayor la satisfaccion que sintieran al presentar, el 1.º de Mayo de 1851, el estado de cuentas que acusan las partidas que pondremos á continuacion. Esto, por lo que hace al primer éxito de la parte material, que el éxito moral queda consignado, buenamente, en el hecho y antecedentes que dieran vida á la benemérita corporacion; hechos y antecedentes que, á la par que el edificio, hicieran que Inglaterra luciera en el gran Concurso, no sólo como gran nacion manufacturera y una gran potencia colonial, sino como un pueblo donde la iniciativa individual, favorecida por libres instituciones, es capaz de las más atrevidas y gigantescas empresas.

ESTADO DE CUENTAS EN 1.º DE MAYO DE 1851.

HABER.	DEBE.
Importe de la suscripcion pública..... 350.000	Importe del edificio, coste primitivo..... 365.000
Concesion de la venta del Catálogo..... 16.000	Pagado á cuenta de adiciones, mobiliario, etc. 175.000
Idem de puestos de refrescos, etc..... 27.500	Fondo para premios... 100.000
Importe de las entradas de abono hasta el 22 de Abril..... 200.000	Gastos de administracion hasta Abril..... 133.000
Importe de la venta de entradas durante la Exposicion..... »	Idem id. durante la Exposicion »
<hr/> 593.000	<hr/> 773.500

Coste de la Exposicion.—Estado que preludia el gran éxito financiero que corona la patriótica obra de «Los Comisarios de la Exposicion de 1851,» cuyo balance definitivo algunos meses despues de cerradas las puertas del primer concurso universal, fué el siguiente:

Total de ingresos... 2.952.000 | Total de gastos..... 1.425.000

Número de expositores.—Pero los comisarios generales durante el breve plazo que media entre la constitucion de la Real Comision el 3 de Enero de 1850, hasta la apertura del gran certámen el 1.º de Mayo del año siguiente habían hecho algo más, con ser ello de por sí mucho, que crearse una sólida educacion económica, y dar cima á la ereccion del vasto edificio: habían organizado los varios departamentos y múltiples servicios que requerían una tan colosal y sin antecedentes empresa. Cierto es que todos estos trabajos se facilitaron por las luces que ofrecían las completísimas organizaciones de las últimas Exposiciones nacionales francesas; pero si se tiene en cuenta el nuevo carácter de la Exposicion, y que, entre tratarse de atender á los pedidos y reclamaciones sin cuento de 14.000 expositores, de los cuales 6.600 eran extranjeros, los más de los países concurrentes, que sumaban todos los de Europa y América, con más Egipto, Túnez, China y Persia, no presentaron los necesarios datos en tiempo oportuno, se comprenderá el tanto de prevision y habilidad, y la real importancia y mérito de los trabajos orgánicos realizados, en tan breve tiempo, por la Comision general.

Número total de entradas.—No podemos, dentro de los estrechos límites que hemos fijado á nuestra reseña, detenernos á dar cuen-

ta, siquiera fuera ligeramente, de todos esos variados servicios: quienes hayan asistido á alguna Exposicion universal y seguido dia por dia las múltiples reclamaciones y dificultades que se suscitan, capaces de poner á prueba la paciencia del mismo Job y de desconcertar al mismísimo Linneo, originadas las más de las veces, más que por la falta de habilidad de los organizadores del concurso, por la deficiencia de expositores en facilitar debidos y oportunos informes, comprenderán perfectamente cuán satisfechos debieron sentirse los gestores de la primera Exposicion universal, que contó un total de 6.170.000 entradas, por los elogios que recibieran de la prensa, y por los plácemes y espontáneas felicitaciones que les dirigieran, una vez terminado el gran concurso, los presidentes de los comisiones de los gobiernos de Austria, Baviera, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Holanda, Cerdeña, Suecia y Noruega, Suiza, Wurtemberg y Zollverein. Y pasando en silencio los trabajos realizados por el Comité ejecutivo y los Comités especiales que entendieron en el despacho de la correspondencia exterior é interior, distribucion y concesion de espacios, entrada, recepcion y custodia de los objetos, proteccion de las invenciones y dibujos expuestos, policía, servicio de incendios, abasto de agua, catálogo, venta y recibo de billetes de entrada y otros servicios más que no se nos ocurren en este momento, vamos á dar unas ligeras noticias sobre la distribucion y clasificacion de los objetos, sobre la organizacion del jurado internacional y sistema de premios adoptado y sobre los precios de entrada durante el total de la Exposicion.

Distribucion.—Fué la mente de la Comision general en un principio el distribuir los objetos por grupos ó secciones de productos similares; este plan racional no pudo empero llevarse á efecto por la falta de oportunas y precisas noticias hasta de las comisiones extranjeras, por lo cual pensóse en una distribucion geográfica, que mal que bien llevóse á efecto, acordándose en consecuencia, que una mitad del edificio se destinaría á los expositores nacionales, y la otra se repartiría en partes proporcionales á sus respectivas exposiciones, entre las naciones concurrentes. La distribucion y reglas dictadas por los comisarios generales fueron definitivamente las siguientes: que la mitad del largo total del edificio que miraba al Oeste sería ocupada por los expositores nacionales, y el total de la otra mitad se repartiría proporcionalmente entre las diferentes naciones concurrentes, localizándose cada una de éstas tanta mayor distancia de la nave transversal, cuanto mayor fuera su latitud geográfica; que los objetos pesados se colocarían en la planta baja, reservándose los dos pisos superiores para los objetos más ligeros; que, en cuanto fuese posible, cada nacion debía agrupar las materias primas hácia el Sur del edificio, la maquinaria hácia el Norte, reservando el centro para los productos manufacturados y objetos de bellas artes; y por último, que toda la maquinaria en movimiento

debía situarse en el extremo noroeste del edificio. La distribución de los objetos nacionales se hizo ocupando los productos similares, con arreglo á la indicada clasificación.

Clasificación.—En la clasificación de los productos expuestos se adoptaron las cuatro grandes divisiones ó grupos y las treinta subdivisiones ó clases que expresamos á continuación:

GRUPO 1.º—MATERIAS PRIMAS (4 clases).

1. Minería.—Explotación de canteras.—Metalurgia.—Productos minerales.
2. Productos químicos y farmacéuticos; procedimientos.
3. Productos usados como alimento.
4. Productos vegetales y animales usados por la industria y por los artes.

GRUPO 2.º—MAQUINARIA (6 clases).

5. Máquinas de uso general, incluyendo las usadas en los ferrocarriles y las marítimas.—Construcción de carruajes (1).
6. Máquinas y herramientas manufactureras.
7. Construcciones civiles; arquitectónicas: edificación.
8. Arquitectura naval.—Arte militar: obras, ordenanza, armería y administración.
9. Máquinas y herramientas agrícolas, de huerta y de jardín.
10. Instrumentos físicos; de precisión de cualquier clase, con expresión de su uso.—Instrumentos de relojería, músicos, acústicos y de cirugía (2).

GRUPO 3.º—MANUFACTURAS (19 clases).

11. De algodón.
12. De lana y de estambre.
13. De seda y de terciopelo.
14. De lino y de cáñamo.
15. Mixtas, incluyendo chales, mantas, etc., y hecha excepción de géneros de estambre.
16. De cuero, incluyendo talabartería; de pieles, plumas y pelo.
17. Papel.—Objetos de escritorio.—Impresión.—Encuadernación.
18. Hilados, tejidos, géneros afieltrados y extendidos, cuando se presenten como muestras de impresión ó de tinte.
19. Tapices, alfombras, encajes; bordados; trabajos de fantasía.
20. Ropa hecha.
21. Cuchillería; herramientas de mano.

(1) En el examen del Jurado la construcción de carruajes constituyó una clase aparte.

(2) Los instrumentos constituyeron una clase aparte y otra los instrumentos de cirugía.

22. Quincallería.
23. Trabajos de metales preciosos; joyería y toda clase de artículos de lujo no especificados en otro lugar.
24. Cristal; vidrio.
25. Productos cerámicos; porcelana de China; obras de barro.
26. Muebles de adorno; tapicería; papel pintado; *papier mache*; artículos japoneses.
27. Manufacturas de sustancias minerales usadas en la construcción y ornamentación, tales como obras de mármol, de pizarra, etc.
28. Manufacturas de origen animal y vegetal no especificadas en otro lugar.
29. Miscelánea.—Pequeñas mercancías.

GRUPO 4.º (una clase).

1. Bellas artes; escultura; modelos; artes plásticas.

Organización del Jurado.—La organización del Jurado internacional y el sistema de premios adoptado fueron los siguientes. Resultando que casi la mitad de los expositores eran nacionales, decidió en principio la Comisión general reservarse el nombramiento de una mitad de los miembros del mismo, y que la otra mitad fuera nombrada por los respectivos Gobiernos representados en el Concurso; acordándose, además, entre otros particulares, los siguientes: 1.º, que cada una de las subdivisiones de la clasificación adoptada debía ser examinada por un Jurado especial, compuesto por mitad de miembros extranjeros y nacionales; procediéndose, en consecuencia, á fijar el número, que varió entre seis y catorce para cada clase, habiéndose tenido en cuenta para ello el de expositores y la variedad de objetos, y haciéndose por completo abstracción del mérito y riqueza que supusieran estos últimos; 2.º, que el presidente de cada uno de estos Jurados especiales debía ser nombrado por la Comisión general, y los vicepresidentes por los miembros del mismo; 3.º, que dichos presidentes, cuya elección recayó por mitad en jurados extranjeros y nacionales, constituirían un alto cuerpo ó Consejo, el cual debía ser presidido por un miembro del mismo, reservándose asimismo los comisarios su elección; y 4.º, que al citado Consejo correspondería el determinar los procedimientos y fijar las reglas que debían seguirse en la concesión de premios. Esto acordado, se procedió á citar á una junta á todos los presidentes de las Comisiones extranjeras, á fin de que entre ellos mismos se fijara el número de jurados ó jueces que á cada nación debía corresponder, y las que debían figurar en cada clase, poniéndose al efecto en conocimiento de la Junta los acuerdos á que acabamos de referirnos. Fijado dicho número y designadas las naciones que debían figurar en cada uno de los Jurados especiales, fueron confirmados por los comisarios los nombramientos hechos por los respectivos Gobiernos; procediendo á su vez la Comisión general á nombrar, entre las personas pro-

puestas por los comités ó subcomisiones de los principales centros productores, los jurados que habían de representar, en cada clase, la producción nacional. Y ántes de dar cuenta de la organización definitiva del Jurado y de las reglas é instrucciones dictadas por el Consejo, conviene que recordemos algunos antecedentes.

Segun hemos manifestado al principio, existía un fondo de 100.000 duros destinados á repartirse entre los expositores premiados; pero como repugnara á muchos de los principales productores tomar parte en el Certámen bajo el supuesto estímulo de una recompensa metálica, y como manifestaran otros muchos su resolución de retraerse de toda competencia si los premios, cualesquiera que fuera su forma, habían de significar el resultado de la comparación de méritos entre los objetos de igual clase, resolvió la Comisión general desde muy al principio, é hizo público, que se limitarían las recompensas metálicas á determinados y especiales casos, y que se establecerían en vez de estas medallas de diferente denominación, cuya concesión en ningun modo debía significar el mayor ó menor mérito de unos objetos sobre otros de la misma naturaleza, sino simplemente que los objetos en sí mismos reunían circunstancias dignas de recompensa; y como á su vez los comisarios extranjeros hicieran presente que como no era posible que todas las naciones estuvieran representadas en cada Jurado especial, convenía á los intereses de todas que los premios ó propuestas acordadas por un Jurado dado, se sometieran á la aprobación de los Jurados de clases similares, con lo cual se conseguiría que los expositores de todas las naciones extranjeras estuvieran representados en cada caso por sus propios jueces; y como hubo de accederse á tan justa petición, agrupando las clases similares en seis sub-grupos, resultaron ser las principales instrucciones dadas por el Consejo de presidentes las siguientes:

Que las medallas serían de dos clases; que las de primera clase, que se denominaría medalla del Consejo, sería concedida por el mismo á propuesta de los respectivos Jurados y previa la conformidad de los sub-grupos á que éstos pertenecieran; que la circunstancia ó circunstancias que motivaran dicha medalla debían ser las siguientes: mérito de invención ó de originalidad, peculiares procedimientos dignos de mérito, sobresaliente mano de obra y gusto de confección; que la segunda medalla, que se llamaría medalla de mérito, sería concedida por los Jurados de cada clase, previa conformidad de los sub-grupos á que éstas correspondiesen; que la circunstancia ó circunstancias que debían decidir la concesión de estas medallas debían ser á su vez las siguientes: 1.º Esmero y excelencia en los conocidos modos de obtener, producir y usar las materias primas. 2.º Adaptabilidad, economía de producción, durabilidad, buen entretenimiento, excelencia de la mano de obra y solidez, tratándose de objetos manufacturados; y 3.º Resultados obtenidos por ensayos y pruebas en todos los casos en que éstas estuvieran indicadas, y muy particular-

mente en el caso de la maquinaria agrícola; que los Jurados especiales quedaban autorizados para asesorarse de peritos ó de otros miembros del Jurado; que asimismo se autorizaba á dicho Jurado para la concesion de «menciones honoríficas» á los objetos que sin reunir mérito bastante para una medalla fueran dignos de alguna mencion; y por último, que los premios en metálico debían limitarse á casos tales como cuando un artesano presentara un objeto digno de mérito, cuya ejecucion supusiera algun sacrificio pecuniario. Añadiremos á este ligero extracto de las instrucciones dadas por el Consejo á los jurados, que el número total de sus miembros fué de 323, y el de los peritos 63; que el número de medallas del Consejo concedidas fué de 170, y el de medallas de mérito 2.918. Tales fueron los principales rasgos de la organizacion del Jurado y del sistema de premios adoptado en la primera Exposicion universal; organizacion y sistema que, nos complacemos en decirlo, han servido de consulta y de valiosa guía en todos los sucesivos concursos internacionales.

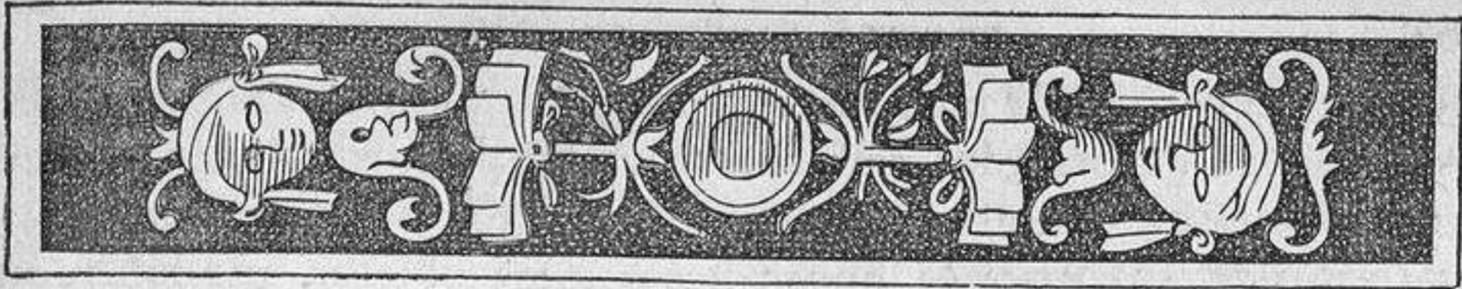
Duracion.—Y con esto, y consignando algunos datos relativos á la concurrencia del Certámen, vamos á concluir esta ya larga primera parte de nuestro trabajo; consignando de paso que la Exposicion permanecía abierta desde el 1.º de Mayo hasta el 15 de Octubre siguiente, con exclusion de los domingos.

Concurrencia.—El número total de entradas, hemos ya dicho que fué de 60.39.195; el término medio diario fué de 43.831; la mayor concurrencia tuvo lugar el 7 de Octubre, que ascendió á 109.915 personas; calculándose en 650.000 el número de personas en el parque el dia de la apertura. Los precios de admision fueron los siguientes: entrada de abono por todo el tiempo de la Exposicion, para caballeros 14,60 duros, para señoras 9,73; despues del 1.º de Agosto 7,30 y 4,87 respectivamente; precio de entrada, el 2 y 3 de de Mayo 4,87 duros; desde el 5 hasta el 24 del mismo 1,21, despues del 26 de Mayo, los lunes, martes, miércoles y juéves 0,24 de duro; los viérnes 0,61, y los sábados 1,22.

Tales fueron, trazados imperfectamente, los principales rasgos del primer Concurso industrial de todas las naciones; obra cuya inspiracion se atribuye á un príncipe lleno de espíritu público, y de amor á la ciencia, á las artes y á la industria, y cuya iniciativa corresponde á una tan sábia como modesta asociacion; obra modelada por el patriotismo de las clases todas de la sociedad inglesa; y cuya realizacion dió lugar á la primera cita internacional de descubrimientos que llevan los nombres de Watt, Stepheson, Fulton, Morse, Crompton, Vaucanson y Jacquard; descubrimientos, puede decirse, de la primera mitad de este siglo en que vivimos, llamado con sobrada razon el siglo del progreso.

* * *





REVISTA CRÍTICA

EL viajero que despues de contemplar , á la vez con asombro y espanto , las monstruosas creaciones del arte oriental , llega á las risueñas riberas de la Grecia y admira las severas cuanto preciosas líneas del Parthenon ó la severa belleza de las estatuas de Fídias , no goza mayor placer que el que hoy experimentamos los que , despues de atravesar la negra noche del neo-romanticismo , hemos contemplado , llena el alma de entusiasmo y regocijo , esa creacion admirable que se llama *Consuelo*. De la region sombría poblada de monstruos , si grandiosos , deformes , hemos llegado al cabo á la comarca en que reina la pura belleza de la forma ; de los dominios de la inspiracion abrupta y selvática , hemos arribado al imperio del buen gusto ; á la siniestra pesadilla de la imaginacion calenturienta ha sustituido , por fin , la vision magnífica del genio luminoso , alimentado por la eterna fuente de toda inspiracion verdadera : la realidad viva y palpitante realzada por los encantos de la forma bella ; á la crispatura de los nervios , torturados por el horror y el espanto , á la sublevacion de la sensibilidad y de la conciencia heridas en lo vivo por la desmelenada musa romántica ; á la protesta del sentido estético y del buen gusto ultrajados por la aberracion del genio , ha sustituido aquella inefable y purísima emociion que en el alma despierta la contemplaciou de aquella inmortal belleza , fruto exquisito del arte verdadero , que por largo tiempo se había apartado de nosotros.

Consuelo ha sido una resurreccion. Con ella el arte ha roto la losa que le oprimía y ha vuelto á la vida radiante y espléndido. Porque ese es el arte , y lo demas es el fruto corruptor de la imaginacion desordenada , extraña á la realidad de la vida , al verdadero sentido de lo ideal y á las leyes eternas del buen gusto.

No es *Consuelo* una concepción pavorosa, forjada por una fantasía delirante, poblada de monstruos de faz humana, y dotada de aquella grandeza sombría que á veces entraña lo deforme. Es simplemente una página arrancada á la realidad, é idealizada por el sentimiento estético del poeta, en que todo es sencillo, natural y profundamente humano, en que no hay otros recursos que los que el arte y la naturaleza ofrecen, ni otros efectos que aquellos que espontánea y sencillamente brotan del desarrollo y choque de las pasiones. Nada hay allí que repugne á la verosimilitud, al buen gusto ni á la sensibilidad del espectador. Aquellos personajes son seres de carne y hueso, que piensan y sienten, hablan y se mueven como todos los hombres; no se han vaciado en los moldes del absurdo, sino en la palpitante realidad de todos conocida. Viven entre nosotros; bajo otros nombres los vemos todos los días á nuestro lado; y sin embargo, con ser tan reales y verdaderos, hay en ellos la suficiente idealidad para que no puedan considerarse como simples pruebas fotográficas obtenidas en la cámara oscura del observador vulgar, sino como originales diseños libremente trazados por inspirado artista. La acción que en el drama se desarrolla, si de algo peca, es de sencilla, y no obstante interesa y conmueve más que esas concepciones extraordinarias y atrevidas que todos conocemos, porque en ella palpita la realidad de que participamos; porque cada idea, cada sentimiento, cada hecho que allí se nos representa tiene un eco en nuestra conciencia y nuestra vida; porque para sentir y entender lo que nos ofrece, no necesitamos remontarnos á la región de los monstruos y las quimeras, sino volver la vista en torno nuestro para mirar á nuestros semejantes, y dirigirla despues al fondo de nosotros mismos para contemplar nuestra conciencia propia. Ni hay allí tampoco nada que disuene y repugne y perturbe la armonía de nuestra alma; las pasiones no son arrebatos de frenética locura, ni los sentimientos abortos de extraviadas imaginaciones, ni los hechos bárbaras explosiones de apetitos feroces ó monstruosas y satánicas voluntades. El mal y el bien, el vicio y la virtud se ostentan allí con sus colores verdaderos, y en aquel temperamento intermedio que caracteriza á la mayoría de las personas y acciones humanas. Ni los honrados son ángeles, ni los culpables fieras del desierto, ni unos y otros aparecen presa del *delirium tremens* y moviéndose siempre en la esfera de lo extraordinario y excepcional. No es aquello la patología, sino la fisiología de la conciencia humana; no es el drama monstruoso del manicomio ó del infierno, sino el drama conmovedor y sencillo de la vida comun.

Tampoco mueven la máquina dramática desusados resortes. El lógico desarrollo de las pasiones y de los caracteres, el natural encadenamiento y prosecución de los sucesos son los únicos determinantes de la acción. Todo camina naturalmente, sin esfuerzo ni violencia, con la suave pero irresistible lógica de los hechos. Ningun efecto es

debido á extraordinarias circunstancias ó extraños y maravillosos accidentes; ninguna fuerza no derivada de los factores de la accion interviene en ésta y la perturba y resuelve. Todo acontece porque lógicamente debía acontecer, dados los precedentes del hecho; no porque al poeta le plazca que suceda. Todo se motiva y justifica cumplidamente sin mengua de la verosimilitud. Nada hay que conceder graciosamente al poeta para que sean posibles las situaciones de la obra; nada que sea verdadero y razonable se sacrifica á las exigencias del efecto.

¡El efecto! Fácil es conseguirlo á fuerza de monstruosidades; difícil lograrlo con sencillez y naturales recursos; más difícil todavía si se ha de encerrar en los límites de la belleza y no se le han de sacrificar los preceptos del buen gusto y la sensibilidad del espectador. El señor Ayala ha sabido vencer esta dificultad. Sin exageraciones ni delirios, ni situaciones artificiosamente preparadas, sin otros recursos que los que buenamente ofrecen la sensibilidad y la fantasía al que es verdadero poeta, ha logrado conmover al espectador sin sorprenderlo con inusitados incidentes, ni sublevarlo con repulsivas situaciones. Su drama no crispa los nervios, ni hiela de terror, ni desafía el sentido moral, ni subleva los sentimientos del que le escucha; pero arranca lágrimas dulcísimas de piedad y de ternura, causa emocion profunda en la conciencia é infunde en el alma toda delicioso y purísimo deleite. En los momentos más críticos y terribles, el esplendoroso espectáculo de la belleza templá lo que la emocion pudiera tener de ingrata, y el alma, arrebatada ante tales maravillas, juntamente experimenta el dolor y la profunda piedad que lo patético engendra, y el goce inefable que causa lo bello.

A estas perfecciones se agrega, como magnífico coronamiento, la forma más acabada y exquisita que concebirse puede. *Consuelo* no es solamente una obra dramática admirable, sino una produccion literaria de primer orden. La forma, que es el secreto del arte, ostenta allí todas las galas que de consuno le prestan la rica fantasía y el exquisito gusto del poeta y las excelencias de la lengua castellana. Un diálogo primoroso, tan natural y fácil como elocuente é inspirado, igualmente distante de la prosaica llaneza y del enfático y artificioso lirismo, expresion fidelísima y vigorosa de los afectos de los personajes que en él se reflejan como en cristalino lago, lleno de vida, de pasion y de movimiento en ocasiones, esmaltado en otras por pensamientos profundos y felicísimos conceptos, rebosando á veces grajejo y desenfado, rico en poesía, en sonoridad y en elocuencia, vestido en esculturales y armoniosos versos, que parecen vaciados en el molde de Calderon unas veces, y en el de Tirso de Molina otras, forma la incomparable y hermosísima vestidura de esta rica joya, digna de figurar entre las más preciadas que para regocijo de las musas y gloria de la patria legó á las letras el habla castellana.

Analicemos ahora esta produccion admirable, para justificar nues-

tras afirmaciones y gozar una vez más del íntimo placer que al crítico causa la contemplación de la belleza, ya que, por desgracia, con tan poca frecuencia nos es dado disfrutarlo.

En *Consuelo* se plantea el mismo problema de moral social que constituía el tema de *El tanto por ciento*, pero bajo un punto de vista distinto. La sed del oro, el ansia de goces materiales, el amor al lujo, introduciéndose en el corazón de la mujer, secando en él las fuentes del amor puro, sacrificando la paz de la conciencia y los goces del alma, y trayendo á la postre, como justo y lógico castigo, la soledad, el desengaño, la amarga desventura : esto es *Consuelo*. El pensamiento no es nuevo ; pero el secreto del arte consiste en rejuvenecer los asuntos viejos, merced á los primores de la forma.

Esto, que hoy se llama con impropio nombre *positivismo*, aparece en *Consuelo* envenenando de muy distinta manera la conciencia de los personajes. En ninguno de ellos (rasgo de genio merecedor de encomio) llega á la perversidad monstruosa que tanto agrada á los románticos. El mal que allí se pinta no es el mal excepcional que combaten los Códigos, sino ese otro, harto más peligroso, que se infiltra en las almas sin llegar á hacerlas paladinamente criminales, y que, por lo mismo, ni causa horror, ni produce escándalo, ni priva de la vida social al que lo lleva dentro de sí. Los personajes culpables de *Consuelo* son gentes que la sociedad llama honradas y decentes, cuyo trato no rehuye, y que en el fondo no son profundamente perversas ni carecen de ciertos sentimientos aceptables. No es el crimen, sino la carencia de sentido moral, hija del egoísmo, de la indiferencia hácia el bien, de la laxitud extrema de la conciencia, y, no pocas veces, de una invencible aberración del entendimiento. Cosa más temible que el descarado crimen ; porque éste es la fiera salvaje á la que se combate y extermina, y el indiferentismo moral ó el extravío de la conciencia son la invisible carcoma que todo lo roe y que con ningún arma se puede combatir.

Bien estudiados, los personajes culpables de *Consuelo* no son perversos ; y lo que es más grave, en el fondo de su conciencia se tienen por buenos y honrados. Hay en ellos una ofuscación del entendimiento y un extravío del corazón más que una criminal y premeditada dirección de la voluntad ; y esta circunstancia es una de las mayores pruebas del inmenso talento del poeta, no sólo porque muestra su profundo conocimiento del corazón humano y de la sociedad presente, sino porque de esta suerte la lección moral de su obra tiene mayor eficacia que si hubiera sacado á la escena monstruos cínicos y repulsivos, que sólo merecen la horca ó el presidio. El gran talento del Sr. Ayala, en esta obra como en todas las suyas, consiste en poner de relieve las deformidades que, sin tener conciencia de ello, llevamos con perfecta tranquilidad dentro de nuestra conciencia, ó sin grave escándalo observamos en los que nos rodean.

Consuelo no es mala en el fondo ; pero padece una ceguera moral.

Cree de buena fe que su felicidad y la de su madre consisten en tener mucho dinero, y á esta mentida ilusion lo sacrifica todo, desde el amor hasta la dignidad. Una educacion mal dirigida (detalle importantísimo en que creemos que nadie se ha fijado) ha sido el punto de partida de su perdicion. Educada en un colegio aristocrático, se ha despertado en ella el deseo de figurar en la misma línea que sus antiguas compañeras, y este deseo, alimentado por largos años en su alma, la lleva al cabo al fondo del abismo.

A estas aspiraciones mal dirigidas se une en Consuelo una deplorable ligereza, que oscurece con frecuencia su sentido moral. Falta de aplomo en sus ideas y de reflexion en su conducta, no repara en el daño que pueden ocasionar sus actos, que siempre son producto de una voluntad irreflexiva y caprichosa. No hace el mal por intencion perversa, sino por aturdimiento y falta de juicio, de una parte, y de otra, por no poseer un conocimiento exacto del deber y del bien. Es Consuelo, en tal sentido, retrato cabal de la mujer frívola de nuestros dias, que no conoce ni estima el lado serio de la vida, ni ve en ésta otra cosa que una serie continua de placeres. Consuelo, además, es profundamente egoista, pero no á la manera que su marido, sino porque su frivolidad no la permite reconocer los deberes que la ligan con sus semejantes. Al lado de estas malas cualidades posee otras buenas; es capaz de amar con verdadera pasion y nunca deja de ser mujer honrada; pero el sentido moral está atrofiado en ella por el extravío de sus ideas y la frivolidad de su carácter. Por lo demas, creemos que esta figura es la ménos perfecta de la obra, porque hay cierta falta de precision en sus contornos, que no permite al espectador formarse clara idea del verdadero carácter y de los sentimientos de Consuelo.

Fulgencio es un hombre egoista y de pocos escrúpulos; por lo demas, incapaz de hacer daño á nadie y muy dispuesto á servir á sus amigos, miéntras no le moleste hacerlo. El sentido moral está atrofiado en él por completo; pero no hasta el extremo de llevarle al crimen. Su ideal egoista es que no altere nadie la calma de su existencia; su ideal, respecto de los demas, es que cada cual haga lo que bien le plazca (sea ó no lícito); pero sin ruido ni escándalo. Las *notas desafinadas* le disgustan mucho; y para él es nota desafinada todo lo que altere la paz beatífica del egoismo, llámese abnegacion, llámese crimen. Con tal de evitar un disgusto ó un escándalo es capaz de favorecer una infamia; y no vacila tampoco en aconsejar y aplaudir el mal, miéntras no se presente en formas demasiado escandalosas. Si su amigo Ricardo *desafinara* hasta el punto de maltratar groseramente á su mujer, Fulgencio se indignaria á buen seguro; pero como no hace más que engañarla con formas corteses, le parece justo favorecerle en sus torpes planes. Fulgencio es la personificacion de aquellos *hombres de bien*, que quiso y no supo retratar el Sr. Estébanez; gentes que no son criminales por comodidad y por falta de valor, y

que de muy buen grado serían virtuosos, si no fuera tan molesta la virtud. La sociedad abunda en tipos de esa especie, y en todas partes pasan por personas sensatas, honradas, *que tienen que perder*, y á quienes nadie niega consideracion y no pocas veces amistad.

Ricardo es un hombre incompleto. La naturaleza, al formarlo, se olvidó de darle conciencia y corazon. En cambio le dió tan colosal dosis de cálculo y entendimiento, que gracias á ella ha sabido resolver el problema de no gastar más que los *intereses del alma y de la hacienda*. Hace el mal con la mayor naturalidad del mundo y sin clara conciencia de que lo hace. El bien consiste para él en tener dinero y comodidades. Ambas cosas le sobran á su esposa; porque él, marido excelente, que tiene la complacencia de quererla como él puede querer, nunca piensa en negárselas. ¿De qué se queja Consuelo? ¿De que no es fiel, de que no la da el amor que su alma necesita? ¡Lilailas y ñoñerías! Nada de eso es necesario; ni él, hombre independiente y de férreo carácter, tiene que someterse á los pueriles caprichos de una mujer nerviosa. ¡Bueno fuera que á tales necesidades se sacrificaran la paz y la independenciam de la vida!

Estas figuras, trazadas de mano maestra, y admirablemente sostenidas en todo el curso de la accion, rebosan vida y realidad. Consuelo, Fulgencio y Ricardo se codean con nosotros á cada paso en el mundo; todos los conocemos, y esos personajes no son otra cosa que la personificacion ideal, pero no abstracta, sino viva, original y característica, de grupos numerosísimos de nuestra especie. Ese carácter, juntamente ideal y real de tales personajes, explica el interes que inspiran; la mezcla de bien y de mal que en ellos existe, y el primor con que están pintados, justifica el hecho de que no inspiren aversion y repugnancia y que uno de ellos (Consuelo) excite, en medio de sus mayores extravíos, profunda piedad. Eso es pintar caracteres, eso es crear personajes; ese es el arte, señores neo-románticos.

Enfrente del mal presenta el Sr. Ayala el bien. La virtud tiene en *Consuelo* representacion acabada en Fernando y Antonia; pero no esa virtud llorona, sensiblera y predicadora que nos pintan los autores de comedias cúrsis; no esa *moral de familias*, enteca y ridícula, que parece inventada por el vicio para embellecerse con la comparacion; ni tampoco esa virtud de acero, rígida é inflexible, más propia de ángeles que de hombres, que el misticismo sueña; sino la virtud humana y verdadera, activa, enérgica, combatida y á veces vencida por la pasion, débil é imperfecta como todo lo humano. Antonia la personifica bajo su aspecto femenino, llena de sensibilidad y de dulzura, siempre dispuesta á la resignacion y al sacrificio, prudente, modesta, dulce y callada. Figura venerable y simpática, rodeada por la doble aureola de la ancianidad y del dolor, Antonia, aunque relativamente secundaria, es una concepcion bellísima que cruza la escena callada y majestuosa, envuelta en las penumbras de lo trágico, y dejando en pos de sí fragante perfume de paz y santidad.

Fernando es una creacion de primer orden, superior, á nuestro juicio, á todas las demas. Pocas veces se presentó en escena con más gallardía el feliz cuanto difícil concierto de la pasion y la virtud. Hay en Fernando algo de la grandeza del leon. Su figura imponente achica cuantas le rodean, y al aparecer sobre las tablas se experimenta aquella admiracion simpática que siempre inspira esta hermosa realidad: la virtud varonil. No es el hombre perfecto, de estática é impasible virtud, que los místicos conciben; pero es el varon fuerte, el caballero sin miedo y sin tacha, el hombre de honor que la humanidad admira y respeta. Es hombre, y como tal imperfecto; cae, pero no como los débiles y los perversos, sino como caen las almas nobles, luchando airadas contra la pasion que las arrastra. Esa pasion, pura, noble, inmensa y devoradora, es la mitad de su vida; la otra mitad es el culto de la propia dignidad y el constante respeto del honor. En él no cabe torpe pasion ni bajo pensamiento. Engañado, vendido, ni abriga rencores en su pecho, ni acaricia infames venganzas; recibe el golpe que le hiere con la dignidad del mártir y la entereza del héroe. Nueva y más infamemente engañado, no atenta contra la débil mujer que le engañó, ántes piensa en castigar á quien le ofende que en vengar su propio agravio, y amansa su furor legítimo ante las lágrimas de una inerme anciana. Un escritor vulgar hubiera hecho de Fernando una virtud inflexible, y en el momento crítico de la accion hubiese reproducido la historia de José. Conocedor profundo del corazon y verdadero artista, el Sr. Ayala ha huido de tal extravío, y en vez de llevar á la escena un ángel, ha modelado su figura en barro humano, hermoso y purísimo sin duda, pero como barro, deleznable y frágil. La creacion del carácter de Fernando es, sin duda, una de las más bellas y acabadas del señor Ayala, y basta para asegurar eterno renombre al gran poeta que la ha concebido.

El desarrollo de estos caractéres y la marcha de la accion en que intervienen, no son ménos felices. Con inflexible lógica se desarrollan los hechos, y el desenlace es la inevitable consecuencia de las premisas sentadas por los mismos personajes. Ningun poder extraño castiga á la protagonista; la *espantosa soledad* en que queda al final del drama, es el resultado inevitable de su propia conducta. El mal engendra el mal; la culpa lleva en sí misma, por inexorable lógica, su castigo; hé aquí la profunda leccion moral que del drama se desprende.

Consuelo lo sacrificó todo á los intereses materiales, inclusa su propia ventura. Por amor al lujo, menospreció el acendrado amor de Fernando, se vendió á Ricardo y pagó con descortesía y abandono el cariño de su madre. La lógica de los hechos hace que cuando á deshora busca aquellas venturas que no estimó en tiempo oportuno, halle en el hombre á quien se vendió repulsas y traiciones, y en el amante á quien engañó merecido desprecio, y que al volver la

vista, como único amparo, al amor maternal, la muerte le arrebató este último consuelo y la dejó privada de la noble anciana á quien abandonó en tiempos pasados. La que todo lo sacrificó á la opulencia en que veía cifrada la felicidad, vivirá desdichada en medio de las que juzgó venturas, como Midas pereció de hambre cercado de riquezas.

Pero no faltará algún moralista que diga: «*Consuelo* no es enteramente moral.» ¿Por qué no sufren castigo Fulgencio y Ricardo? ¿Por qué no son felices Fernando y Antonia? ¡Ah! Quien tal diga, no conoce más moral que la de las aleluyas del hombre bueno y del hombre malo. Esa perfecta justicia distributiva no existe en la vida, y el poeta, ante todo, debe representar lo que es, y no lo que debe ser. Aparte de que no tiene necesidad de informarnos sobre la suerte de todos los personajes de la obra, cosa que sólo es propia de poetas noveles, el Sr. Ayala no olvida que el teatro no es una moral en acción *ad usum puerorum*, en que se han de dar azotes á todos los malos y bizcochos á todos los buenos. Ni esa es la realidad (por desgracia), ni eso puede exigirse al arte. Y además, ¿cómo han de ser felices Antonia y Fernando? Su desdicha es consecuencia inevitable de la falta de Consuelo, y aumenta el efecto moral de la obra; que no sólo importa mostrar las malas consecuencias que en el pecador causa el pecado, sino hacerle doblemente odioso, poniendo de relieve el dolor y la perturbación que á todas partes lleva.

El plan y desarrollo de la acción son admirables. Ni un efecto rebuscado, ni una situación amañada se puede señalar en ella. Todo es lógico, verosímil, natural y bien trazado. Las mismas escenas en que intervienen los dos criados, con parecer inútiles á primera vista, están cumplidamente justificadas y contribuyen á la belleza del conjunto; porque sobre servir para la variedad del drama, dando entrada en él al elemento cómico, sobre ser deliciosos cuadros de género que nada tienen que envidiar á los que traza Tirso de Molina, dan ocasión al poeta para presentar el contraste entre los inocentes gozes del amor puro y sencillo, y las amarguras del amor interesado. Además, las figuras de los dos criados son de mano maestra, como casi todas las de la obra.

El sol tiene manchas: ¿cómo no han de tenerlas las obras humanas, por acabadas y perfectas que sean? Tres defectos hay, á nuestro juicio, en la obra del Sr. Ayala; pero son tan leves, que sólo obedeciendo á nuestro afán de cumplir con minuciosa escrupulosidad nuestro deber de crítico, nos creemos obligados á señalarlos.

En nuestra opinión, la marcha precipitada de Consuelo al final del acto primero no está justificada en el carácter del personaje. Sin duda contribuye al efecto que ha buscado el Sr. Ayala en el paralelismo de los finales de este acto y el tercero; pero creemos que Consuelo no es lo bastante perversa para cometer semejante acción. Aunque ofuscada por el amor al lujo, Consuelo abriga bellos sentimien-

tos, y no se concibe que con tal cinismo y de manera tan despiadada abandone á su madre en aquella ocasion. Ninguna hija lo haría, á no carecer por completo de amor filial.

Tampoco nos parecen bien las frases que el Sr. Ayala pone en boca de Consuelo cuando escribe, en presencia de su marido, la carta á Fernando. Por grande que sea su exaltacion, hay en aquel acto y aquellas palabras cierto impudor que no cuadra á su carácter. Se concibe que escriba la carta y la deje al alcance de su marido; pero no que le dé á entender con tan escaso rebozo sus propósitos, ni que él aguante con tanta calma conducta semejante. Ni esto era necesario tampoco para el sucesivo desarrollo de la accion, ni para el logro de los propósitos de Consuelo; pues bastaba que Ricardo tuviese conocimiento de la carta, y ésta llegase despues á manos de Fernando.

Creemos tambien que el Sr. Ayala debiera haber puesto en claro los verdaderos sentimientos de Consuelo respecto á Fernando; pues su boda con Ricardo varía en gravedad, segun que amara ó no á su antiguo adorador; y que debió hacer que alguna vez sintiera remordimientos de su conducta con Fernando, y en algun crítico momento reviviera en ella su pasado amor, si es que lo tuvo.

Tal es esta obra primorosa, página admirable de nuestra dramática contemporánea. ¿Representa en su autor un progreso ó una decadencia? ¿Aventaja á sus anteriores producciones ó es inferior á ellas? Cuestiones semejantes han dado en estos dias ocasion á no pocas disputas. A nuestro juicio, no tienen razon de ser ni importancia. El Sr. Ayala de *Consuelo* es el mismo de *El tejado de vidrio* y *El tanto por ciento*. No hay en él decadencia ni progreso; se halla en la plenitud de sus facultades, y no es posible esperar de él en este momento de su existencia crecimientos ni caidas. A la pregunta de si *Consuelo* vale más ó ménos que sus producciones anteriores, contestaríamos con Víctor Hugo que el grande arte es la region de los iguales, y que la obra maestra es igual á la obra maestra. Cuando se llega á la suprema altura, el *más* y el *ménos* desaparecen; *Consuelo*, *El tanto por ciento*, *El tejado de vidrio* no ofrecen, comparadas entre sí, mayores diferencias en punto á perfeccion y hermosura que las que pueden observarse entre los soles que pueblan el espacio. Todas son ejemplares admirables de la belleza dramática, productos similares de un genio poderoso en la plenitud de su fuerza creadora.

Dejemos, pues, á un lado vanas cuestiones, y saludemos con entusiasmo al gran poeta que en estos momentos, tristísimos para la literatura dramática, enarbola con mano firme y valerosa el lábaro salvador del arte y del buen gusto. Hora era ya de volver al buen camino y de restablecer en toda su pureza los grandes principios del arte dramático. Hora era de oponer al neo-romanticismo triunfante el realismo de buena ley que representa el Sr. Ayala. Porque ese es el realismo racional, verdadero y bello, el realismo que no excluye el

elemento ideal ni aspira á remedar servilmente la naturaleza, sino que, inspirándose en la realidad, la reproduce libremente, idealizándola sin falsearla, y embelleciéndola sin alterar sus verdaderas proporciones. Ese es aquel realismo bello y grandioso á que rindieron culto todos los grandes poetas, y en que fueron maestros Calderon y Shakespeare; el que cultivaron en nuestros dias Hartzenbusch, García Gutierrez en su segunda época, Tamayo, Ayala, Nuñez de Arce, Ventura de la Vega y otros ilustres ingenios; el que ha de triunfar y prevalecer á la postre, mal que les pese á los que ven en el arte el fruto de la fiebre y del delirio y el falso idealismo de la imaginacion extraviada; el que ha obtenido y obtendrá siempre los sólidos y duraderos triunfos que se deben, no á la sorpresa y fascinacion del momento, sino á la emocion hondísima que la bella realidad engendra; el que ha de ser en toda ocasion gloria de la escena, salvacion del arte, acabada fórmula del buen gusto, y exclusivo producto del verdadero genio.

Por eso nosotros, que hace tanto tiempo sostenemos ruda campaña en pró de los fueros de la razon, de la belleza y del gusto, y en contra de las extraviadas tendencias que por varios caminos conducen nuestra escena á ruina segura, nos sentimos hoy penetrados de íntimo y profundo regocijo, celebramos con entusiasmo esta hora dichosa que inaugura la regeneracion de nuestro teatro, y rendimos el homenaje de nuestra admiracion al gran poeta, que en medio de tanto extravío y decadencia tanta, renueva hoy nuestras gloriosas tradiciones dramáticas y es la esperanza y el orgullo de nuestras letras. ¡ Quiera el cielo que á ejemplo del Sr. Ayala, salgan de su retraimiento los preclaros ingenios que con él comparten el cetro de la escena y vuelvan á lucir para ésta aquellos hermosos dias de gloria, que con orgullo recordarán siempre los buenos españoles!

Los actores del teatro Español han hecho heroicos esfuerzos para interpretar con acierto la obra del Sr. Ayala, y aunque algunos no lo han conseguido por completo, la ejecucion ha sido en conjunto muy aceptable.

La señorita Mendoza Tenorio, que es una excelente dama jóven, ha luchado con valentía para vencer las grandes dificultades de su papel, y si no siempre ha salido airosa, ha mostrado cuando ménos su indisputable talento y su buen deseo. Nacida para desempeñar papeles tiernos y sentidos, el de *Consuelo* no es enteramente adecuado á sus condiciones, y á esta circunstancia y á los escasos recursos físicos de que dispone, se debe el que no haya obtenido el triunfo á que le da derecho su talento; pero puede tener la satisfaccion de que en la medida de sus fuerzas ha cumplido su deber.

La señora Marin ha hecho todo lo posible, dadas sus facultades, y el que hace cuanto puede no está obligado á más.

La señorita Contreras debe renunciar al género cómico. Fáltanle para ello gracejo y travesura, y en cambio le sobran ternura y senti-

miento. Como dama jóven es notabilísima; como graciosa, nunca conseguiría aplausos, y como nadie tiene la obligación de dedicarse á aquello para lo cual no sirve, máxime si en otro terreno puede distinguirse, mucho hará en pró de su fama si se encierra en el género á que la llevan sus aptitudes. Pero miéntras haga el papel de Rita, procure acordarse de que es andaluza y no hable con acento sevillano en el acto primero y sin él en los restantes.

El Sr. Vico ha alcanzado en *Consuelo* uno de sus más legítimos y ruidosos triunfos. En toda la obra se ha mantenido á igual altura, distinguiéndose sobremanera en el admirable monólogo del acto segundo y llegando á lo sublime en la escena con Consuelo, del acto tercero. El Sr. Vico habrá comprendido, sin duda, cuán fácil es alcanzar triunfos brillantes sin dar gritos desafortunados ni hacer descompuestos ademanes, y cómo un simple gesto ó movimiento basta para llevar hasta el delirio el entusiasmo del público. Haga siempre todos sus papeles el Sr. Vico como ha hecho el de Fernando, y pronto se colocará en altísimo puesto, sin poner en peligro su garganta. En *Consuelo* ha rivalizado con los actores más grandes; que no olvide los recursos que le han proporcionado tan merecido triunfo.

El Sr. Fernandez ha interpretado con suma gracia y discrecion el papel de Lorenzo. Los Sres. Rodriguez y Alisedo han contribuido por su parte al buen conjunto de la obra.

*
* *

En el teatro de la Comedia se han puesto en escena *La fiesta de mi pueblo*, de D. Ricardo de la Vega, é *Inocencia*, de D. Migue Echegaray. La primera es un cuadro de costumbres, hecho con el gracejo y desenfado que caracterizan á todas las producciones de su autor. La segunda, evidentemente inspirada en *La niña boba*, de Lope de Vega, es un juguete de corte caricaturesco, cuyos innumerables y gravísimos defectos pueden excusarse hasta cierto punto por los chistes en que abunda y por la espontaneidad de su fácil y agradable versificación. En la ejecucion de esta obra se ha distinguido la señora Tubau, que caracterizó con suma gracia y coquetería el papel de la protagonista, aunque recordando demasiado la *Criolla* del señor García Gutierrez. El Sr. Mario estuvo ménos acertado que de costumbre, porque á sus aptitudes no cuadran los papeles serios. La señora Valverde tan bien como siempre, y los demas actores regularmente.

*
* *

En el Ateneo resumió el Sr. Canalejas los debates de la seccion de literatura en un discurso que no hemos tenido el gusto de oír, y del que nos ocuparemos cuando se imprima. En la seccion de ciencias morales y políticas ha comenzado un tiroteo de rectificaciones entre

los Sres. Moreno Nieto, y Borrell, y el autor de estas líneas. En la de ciencias naturales se han inaugurado los debates, poniéndose á discusión *las condiciones higiénicas que deban reunir los cementerios*, tema importantísimo y de actualidad que expuso el Sr. Bosch, combatiendo con razones nada sólidas la cremacion de los cadáveres, y sosteniendo el sistema de la inhumacion en necrópolis edificadas en terrenos convenientes y á larga distancia de los centros de poblacion.

*
* *

La desmesurada extension de esta *Revista* nos impide ocuparnos de la nueva produccion del Sr. Perez Galdós, titulada *Marianela*. En el número próximo la examinaremos con el detenimiento que merece, limitándonos por ahora á recomendar á los lectores esta bellísima novela, inferior, sin duda, á otras del mismo autor, pero poseedora de las suficientes perfecciones para que su lectura ofrezca grato solaz y provechosas enseñanzas.

M. DE LA REVILLA.

10 de Abril.





CRÓNICA MUSICAL

Los espectáculos del Teatro Real y los dos últimos conciertos del Circo de Rivas.

EL Teatro de la Ópera presenta cada día, y á medida que se aproxima su clausura, el aspecto más deplorable en sus espectáculos. Desde que se puso en escena la magnífica obra del Sr. Chapi, *Roger de Flor*, indignamente retirada de los carteles, la empresa de este teatro no ha ofrecido al público sino un elocuente testimonio de su incompetencia para dirigir el primer teatro de la nación, ni ha hecho otra cosa que corroborar una vez más el juicio que de su desdichada dirección hemos formado ya en nuestras anteriores crónicas. Desaciertos sobre desaciertos, imprevision y descuidos, que no hubieran cometido los más inexpertos é incapaces en estos negocios, ninguna variedad en los espectáculos, ni mucho menos novedad alguna de esas que verdaderamente tengan atractivo y exciten el interés público; la compañía, reducida á su más mínima expresión, y sin los elementos que son necesarios para esta clase de representaciones escénicas; mal recompuestos los cuartetos con medianías inadmisibles, noveles principiantes, ó con artistas caducos y pasados; una descomposición y desconcierto, en fin, cual no se ha presenciado en este teatro, cuyo esplendor siempre se mantuvo á la mayor altura y sin interrupción durante toda la temporada musical: hé aquí el estado que en estos momentos ofrece el regio coliseo. Ni el beneficio de la primera artista señorita Borghi-Mamo, que fué sin duda una fiesta artística, y un triunfo más para la distinguida beneficiada, en el *Otello*; ni la aparición de la señorita Donadio, que tanto furor hizo en el Circo de Rivas; ni la despedida del tenor Gayerre con su ópera predilecta *La Favorita*, verdadero alboroto de entusiasta manifestación al tenor navarro, al privilegiado *virtuose*; ni cuantos otros recursos se han puesto en juego para despertar el interés y la curiosidad de los diletantes y pacientísimos abonados, han sido bastantes á sacar este teatro de la inconcebible postración en que hace tiempo se encuentra, ni mucho menos á levantar el descrédito artístico que hoy todo el mundo reconoce en la empresa que le tiene á su cargo.

Últimamente se ha tocado un nuevo resorte, el de los conciertos sacros, sin duda con el fin de poder llegar al término deseado, y por no disponer de elementos suficientes, susceptibles de una combinación que permitiera, por lo ménos, poner en escena alguna otra ópera no representada en esta temporada, y que el público podría, seguramente, recibir con agrado, siquiera por salir de la intolerable monotonía que vienen ofreciendo los espectáculos. No sabemos si por desgracia, ó por fortuna, hasta hoy no se ha verificado más que uno. El público le acogió con tanta frialdad que apenas atrajo concurrencia. Verdad es que el programa no seducía por la novedad, ni se recomendaba tampoco por el acierto en la elección de las obras que en él debían ejecutarse. Después de todo, ¿para hacer oír el tan conocido y manoseado *Stabat* y algunos números de la *Misa*, de Rossini, había necesidad de anunciar tan pomposamente al público este nuevo espectáculo, que nadie echaba de ménos, ni hacía falta tampoco? Justo es, sin embargo, que aquí consignemos el triunfo alcanzado por la señorita Borghi en *El Inflamatus* del *Stabat Mater*, y por el señor Tamberlik en *El Ave-María*, de Gounod, cuya interpretación ha merecido los más justos y espontáneos aplausos de cuantos asistieron esta noche al regio coliseo. Son, sin duda, los dos únicos artistas que hoy despiertan interés y alcanzan las simpatías de los aficionados á la ópera, y cuyos servicios á la empresa nunca serán suficientemente recompensados ni agradecidos.

En tales circunstancias fué contratado para dar una pequeña serie de representaciones el distinguido tenor frances, Sr. Naudin, tan festejado en otro tiempo del público que frecuenta este coliseo. No queremos recordar su *début*, ni hacer apreciaciones sobre la responsabilidad de quien ha podido cometer la torpe inconveniencia de poner en escena *La Favorita* para este día. Nuestros lectores conocen ya la ovación de que fué objeto el tenor Gayarre cuatro días antes precisamente con la misma ópera, designada para hacer su presentación aquel artista, cuya estrella para el arte declina ya pálida hácia su ocaso, y podrán formar el juicio cabal de este nuevo é in calificable desatino. Más acertada la empresa y guiada sin duda por amigable consejo, se le ocurrió poner en escena una obra que el año anterior despertó algún interés y dió buenas entradas al Sr. Robles. *Fra-Diavolo* estaba destinada como obra final de la temporada á hacer *pendant* con la que tuvo la suerte de inaugurarla. La ópera del más genuino representante de la escuela francesa y *La Favorita* pueden considerarse como los dos crepúsculos de este negro y tempestuoso día, que se llama temporada de 1877 á 1878. No nos detenemos á dar detalles acerca de su representación, ni podemos ya entrar en pormenores sobre el éxito obtenido esta vez por tan bonita partitura, explotada en estos momentos con tan felices resultados por la empresa del regio teatro. Consignaremos, sin embargo, que todos los artistas, y muy en particular el Sr. Naudin, han interpretado el pen-

samiento de Auber en *Fra-Diavolo*, con una inteligencia digna de todo elogio y un arte por todos conceptos acreedor á nuestro desinteresado aplauso. Creemos que esta será la ópera destinada á la clausura del teatro, la cual ha de tener lugar, si no estamos equivocados, el sábado próximo, dando la empresa por terminadas sus tareas en la presente temporada. Con este motivo, en nuestra próxima crónica nos consagraremos á hacer las reflexiones y el juicio general de todo el período que acabamos de recorrer y de los espectáculos que se nos ha obligado á presenciar. Dejemos, pues, este teatro y entremos ya en el Circo del Príncipe Alfonso, punto de reunion hoy de la más aristocrática sociedad y del público filarmónico.

* * *

Dos conciertos, de episodios raros ámbos, y ámbos también singulares por su carácter, es el fruto dado por la ilustre Sociedad de profesores en esta última quincena. El primero, que corresponde al domingo 31 de Marzo, es indudablemente un acontecimiento extraordinario y una verdadera novedad musical. El programa presentado al público ofrecía todo el interés y toda la curiosidad que siempre tiene una cosa nueva y, hasta cierto punto, desconocida en esta clase de conciertos, al ménos entre nosotros. Toda la segunda parte estaba consagrada á un virtuoso distinguido, cuyas habilidades artísticas se habían puesto de manifiesto pocos días ántes en un teatro de esta corte, y de las cuales se esperaban agradables sorpresas, momentos deliciosos. Era una parte en la cual debía desaparecer la *colectividad*, y destacarse el individuo; es decir, la *orquesta* tenía que ceder un momento su puesto al *piano*, soberano absoluto en este cuarto de hora, protagonista de este pequeño drama. Beethoven debía hablar hoy por Tragó, que era el *medium*, como por su piano debía hacerlo al público el Sr. Tragó, de quien á la vez era *medium* suyo. Mis lectores conocerán, seguramente, la obra que debía ser ejecutada en esa pequeña orquesta, que se llama piano, y estamos seguros que habrán gozado más de una vez como nosotros esta tarde, con esos hermosos pensamientos, y sus magníficos rasgos de inspiración. Es el Concierto en *do menor*, obra 37, compuesta por Beethoven para piano con acompañamiento de orquesta, acaso en uno de esos momentos penosos y supremos de su azarosa vida, tan frecuentes durante la existencia de este genio extraordinario, en que la necesidad de escribir *para comprar pan*, como él decía, se le imponía tan despóticamente. Como todas las composiciones de este músico ilustre, el concierto en *do menor* es una concepción de primer orden, en la cual ha dejado impreso Beethoven el sello de su poderosa personalidad musical. Los tres tiempos, *allegro*, *largo* y *rondó*, son tres poemas esmaltados de bellezas del más caprichoso y peregrino efecto, que dejan encantado á quien los escucha. Son una serie de sorpresas no interrumpidas, cada vez más nuevas, y todas completamente originales. El Sr. Tragó, que le había estudiado á conciencia, sin duda,

y se había completamente penetrado de todo el carácter psicológico de esta maravillosa pieza musical, nos hizo una verdadera revelación de toda la poesía que en ella se contiene y de todas las bellezas que se hallan escondidas en ese complicado tejido de inspiradas y tiernas melodías. El Sr. Tragó no es uno de esos pianistas que tanto abundan y se exhiben por todas partes, para quienes la música es un puro medio de manifestar la movilidad muscular del ejecutante ó su excitación nerviosa, y el piano un instrumento para hacer sensible estas cualidades y ponerlas de relieve ante el público. Este artista pertenece á otra escuela, está educado en el sistema de los verdaderos principios estéticos, de las reglas legítimas del arte. Siente lo que ejecuta, y piensa lo que hace, por eso es un verdadero artista, que no encuentra obstáculos en la expresión del espíritu de la obra que ejecuta. El concierto de Beethoven realmente no tiene grandes é insuperables dificultades de ejecución; sin embargo, está lleno de escollos para la mayor parte de los ejecutantes; porque es preciso adivinar el espíritu del compositor, y no ser esclavo de la nota, como lo son la mayor parte de los pianistas, que olvidan su propia misión y su carácter de intérpretes y artistas á la vez, como lo es el Sr. Tragó. Las obras musicales, á diferencia de las de otras artes, necesitan de una buena ejecución y de un particular estudio para que puedan ser comprendidas del público á quien van dirigidas. De nada sirve que la composición tenga un valor estético propio y real, si no se reproduce con todo su carácter, y se le hace comprender así al que la escucha. Tragó, bajo este punto de vista, puede decirse que ha comprendido perfectamente la misión que debe cumplir y el puesto que le corresponde frente á la obra artística y ante el público que ha de oírla en su instrumento. Dice con pureza y corrección, armoniza con facilidad suma, y expresa con un sentimiento exquisito, como el que siente en su pecho todo el fuego del arte. Por esto el *Concierto* de Beethoven, que ejecutado por otro sería una copia servil y literal, un puro mecanismo, en Tragó se convierte en una segunda creación con toda la vida y toda la exuberancia de una obra de arte. Con estas circunstancias no necesitamos decir á nuestros lectores el éxito que alcanzaría en este Concierto el laureado discípulo de Mathias, y la acogida que tendría en el público *dilettanti* que acudió esta tarde al teatro del paseo de Recoletos. Todos los espectadores aplaudieron con verdadero entusiasmo, y pidieron con insistencia que ejecutase el Sr. Tragó la magnífica *Rapsodia húngara* de Listz, que pocos días ántes le había valido una ovación en el teatro de la Comedia. En efecto, el Sr. Tragó accedió á la unánime petición del público, y ejecutó al piano, no la *Rapsodia*, sino la *pasquinada* de Gottschalk, con la que se despidió de sus admiradores en medio de una tempestad de bravos y palmadas, dejándonos la impresión más agradable de esta obra artística tan discretamente interpretada, merced á sus poderosas y extraordinarias facultades.

Lo restante del concierto no se distinguió de un modo particular. La *overtura* de *Roger de Flor*, del Sr. Chapí, fué lo único que excitó mayor interes. Aunque con algunas protestas de unos cuantos espectadores, que no han podido comprender las bellezas de esta notabilísima composición, y á despecho de los que niegan al Sr. Chapí sus raras facultades artísticas, la sinfonía se repitió íntegra y se aplaudió por gran parte de los aficionados é inteligentes. En este concierto figuraba como pieza final, la soberbia *Marcha nupcial de Lohengrin*, de Wagner, que tan bien acogida ha sido de nuestro público desde el primer día que fué dada á conocer por la Sociedad. Era avanzada la hora, y el público *elegante* se mostraba ya *impaciente y cansado*; por eso no alcanzó los honores de la repetición.

El otro concierto á que nos referimos, al empezar esta revista, quinto de la presente temporada, celebrado el último domingo 7 de este mes, forma un verdadero contraste con el anterior. El público, que era ménos numeroso, aunque no ménos selecto, se había prometido una sesión tan brillante como las anteriores, y tenía razón para ello, dado el programa que le habían anunciado los carteles de la Sociedad. No figuraban, es cierto, obras desconocidas, ni completamente nuevas para él; pero eran, en cambio, en su mayor parte, de esas que han tenido siempre verdadera aceptación, y por lo mismo se esperaba que, como otras temporadas, merecerían los mismos aplausos. Los hechos se encargaron, sin embargo, de desmentir esta creencia. Formaba la primera parte la *overtura* de la ópera inglesa *Mari-tana*, del compositor Wallace, y dos *tiempos* de la tercera *sinfonía en sí menor* del socio Sr. Marqués. La primera, como siempre sucede, pasó casi desapercibida de la mayoría, merced al ruido que se produce por los despreocupados que acuden media hora más tarde de la designada para estos espectáculos. Fué el sentido y delicado *andante* de la sinfonía de Marqués el designado para preparar los ánimos y disponer al público á escuchar las clásicas obras que debían ser ejecutadas en este concierto. No se recomienda seguramente esta composición sinfónica por la unidad del plan, ni brilla tampoco por su desarrollo instrumental y armónico, como otras del mismo autor; pero justo es confesar que su factura es elegante y su audición produce siempre un efecto agradable. El otro tiempo, *Tema con variaciones*, aunque un poco largo, está escrito con gusto y contiene inspiradas bellezas de resultado positivo para el público. La interpretación de esta parte del concierto excede á todo elogio. El Sr. Vazquez y los profesores pusieron tanto empeño en ella, que fué necesario dar una segunda edición de este gracioso tema musical, para acallar la impaciencia que el público mostraba con sus estrepitosos aplausos. Hasta aquí el concierto marchaba triunfante y sin contratiempo alguno que disgustase á la concurrencia. La segunda parte del programa, que estaba toda consagrada á Mendelssohn, con su gran *sinfonía El sueño de una noche de verano*, fué la destinada á impresiones

de otra especie y á episodios de otra naturaleza que la anterior. Lo que con esta obra sucedió la tarde del domingo último es un enigma que todavía no hemos podido explicarnos ni acertamos á comprender. Una ejecución tan descuida y descolorida de una obra como el *Sueño de una noche de verano*, conocidísima hasta la saciedad de todos los profesores, que tantas veces la han ejecutado, siempre con aplauso y sin protesta por parte del público, verdaderamente es inconcebible, y no se creería, si por desgracia, y con verdadero dolor, no lo hubiéramos presenciado. Desgraciadamente fué una realidad, triste realidad por cierto. Pero dejemos esto y olvidemos un incidente que no se ha de volver á repetir. La ilustre sociedad tiene dadas sobradas pruebas de su buen criterio, y no dudamos ni un momento que atenderá como se merece la advertencia cariñosa que el público le ha hecho en esta ocasión. Dos palabras sobre la última parte del concierto. La *marcha húngara de la condenación de Fausto*, de Berlioz, designada á sufrir las consecuencias del mal efecto producido por la interpretación de la obra de Mendelssohn debía iniciar esta última parte. Este delicado capricho musical, que se había dado á conocer en los últimos conciertos del Retiro y siempre se repitió con aplauso, fué acogido esta tarde con una frialdad que no tiene razón de ser. Sus bellezas fueron puestas de manifiesto por medio de una interpretación concienzuda y acabada; ¿qué fundamento ó qué motivo había que pudiera ocasionar la indiferencia con que fué recibido por los aficionados? ¿Sería acaso la causa de esta frialdad el tratarse de una obra de Berlioz, de este gran maestro que algún crítico ha juzgado con tanta precipitación en una Revista que ha aparecido últimamente, atribuyéndole propósitos que nunca tuvo este ilustre compositor, y falsas ideas sobre la música que jamás durante su vida proclamó? No lo pensamos; pero si por ventura fuese así, se aviene muy mal esta conducta que ahora ha seguido el público con la que tuvimos ocasión de observar no hace mucho en los conciertos de verano, cuya orquesta se vió obligada siempre á repetir esta originalísima *marcha* en medio de los más entusiastas aplausos. De todos modos, es sensible que el ilustre maestro francés, ó mejor dicho, sus obras musicales, encuentren esa resistencia y casi desden en los que asisten á estos conciertos, siendo Berlioz un músico tan admirado hoy de los inteligentes, y sobre todo estando sus obras concebidas y desarrolladas conforme á los principios verdaderos de la estética musical, consagrados y reconocidos por la moderna ciencia, hasta nos atreveríamos á afirmar, inspirados en el más puro clasicismo tradicional.

Las dos últimas piezas de este concierto, la inspirada *Romanza* para violín del olímpico Beethoven y la hermosa sinfonía de *La estrella del Norte* de nuestro gran Meyerbeer, fueron sin duda, las obras de predilección en esta rara sesión musical. Estos dos primeros genios del arte, estos dos Hércules de la música, son sin duda los

únicos que siempre tienen el privilegio de emocionar y conmover al público con sus altas y gigantescas concepciones, y el don singularísimo de provocar nuestro entusiasmo por los más sublimes y arrebatadores efectos de sus complicadas y profundas armonías. Eso precisamente sucedió con las dos piezas que dejamos indicadas. La primera que hubo de repetirse en vista de las aclamaciones del público y de los nutridísimos aplausos que de todas las localidades estallaron al terminarse su ejecución, es una de esas obras que no se sabe que admirar más en ellas, si la esbelta sencillez de sus formas ó la belleza y espiritualidad de su contenido. Es una *melodía* llevada por la cuerda y sostenida en algunos compases por la madera, llena de languidez y sentimiento, revestida con toda la grandeza y sublimidad que siempre se encuentran en las composiciones de este genio extraordinario. La ejecución de esta *melodía*, igualmente que la de *La estrella del Norte*, fué como suele ser la de todas las obras que acoge con interés y entusiasmo la Sociedad de Conciertos, y según esperaba el público, después de los deslices que contra costumbre y con gran sentimiento suyo había tenido que presenciar en el *Sueño de una noche de verano*. De esta manera el quinto concierto concluyó por una reconciliación, que no pudimos menos de celebrar, prodigando sus aplausos la concurrencia á la Sociedad y á su digno director, que con tanta inteligencia y singular esmero trataron de interpretar las obras de sus dos maestros predilectos.

No es tiempo ya de hacer comentarios ni entrar en reflexiones que necesariamente nos habrían de llevar muy léjos, si tratásemos de emitir un juicio concreto y desapasionado de esta memorable tarde. Dejamos al buen talento del Sr. Vazquez y con él á la discreción de la Sociedad, las reflexiones que ahora pudiéramos hacer, y concluimos aquí esta ya pesada Crónica con la esperanza de que en la siguiente hemos de anunciar á nuestros lectores la enmienda y la reparación de las faltas en ésta censuradas. Al terminar este trabajo, hemos tenido ocasión de presenciar dos acontecimientos musicales de altísima y transcendental importancia cada uno en su esfera, é interesantes los dos bajo el punto de vista de nuestra historia artística. A reserva de ocuparnos en nuestra próxima Crónica con toda la detención que tales sucesos merecen, y únicamente para que nuestros lectores tengan alguna noticia de estas dos fiestas musicales, no hacemos hoy más que indicarlas, y consignar de pasada el ruidoso y extraordinario éxito que una y otra han obtenido.

La primera ha sido el concierto de la *Estudiantina Española*, celebrado en el Teatro Real por iniciativa de las Facultades de nuestra Universidad con el fin de dar una prueba de sus cariñosas simpatías al pueblo francés, en favor de cuya Beneficencia estaban designados los productos de esta *Fiesta escolar*. En este concierto se prestaron gustosos á tomar parte con la Estudiantina, la simpática y distinguida artista Srta. Borghi-Mamo, el Sr. Tamberlick y el

maestro director de orquesta Sr. Espin. Todas las piezas que formaban su programa, excepto la bella *Serenata* de Gounod, eran españolas y de nuestras más populares zarzuelas, mereciendo todas sin distinción la más entusiasta acogida del numeroso público que ocupaba totalmente el espacioso teatro. Coronas, bravos y frenéticos aplausos fué la pequeña recompensa otorgada esta tarde á esta ya célebre y popular Estudiantina, cuya fama es tan universal en estos momentos, como justamente merecida su reputación artística y musical.

Ménos ruidoso el primer concierto de la nueva sociedad dirigida por el maestro T. Breton, titulada: *Union artístico-musical*, que es el otro suceso á que nos hemos referido, tiene sin embargo un valor é importancia, que seguramente le revisten todos los caracteres de un verdadero acontecimiento, cuya transcendencia, en orden á nuestras instituciones musicales, es difícil de calcular en estos momentos. No queremos hacernos pesados y por eso omitimos otras consideraciones que tendrán su oportunidad en nuestra próxima Crónica. El programa de este concierto le constituían las piezas siguientes: *Marcha de las antorchas* (4), de Meyerbeer, Adagio del cuarteto 44 de Haydn, la *Danza Macabra*, de Saint-Saens (un wagnerista frances), un *Concierto* de piano con acompañamiento de orquesta, de Mendelssohn, la primera *Polonesa* de piano instrumentada por Breton, de Chopin, una *Gavota* de Alditi, y la sinfonía de *Tannhauser* de Wagner. Figúrense nuestros lectores una orquesta de cien instrumentistas, la mayor parte desconocidos, las obras indicadas, ejecutadas de un modo que no se esperaba, y dirigidas con un gusto y entusiasmo excepcionales, cinco repeticiones en medio de nutridísimos aplausos, regular concurrencia, llena de curiosidad, é interesada en el buen éxito del concierto, satisfaccion en los individuos de la Sociedad y satisfaccion á la vez en el público, comparaciones y conjeturas en unos, ilusiones y esperanzas en otros, y con todo esto podrán formarse una idea de esta solemnidad musical que tan justamente ha llamado la atención de los verdaderos *dilettantes*.

J. E. GOMEZ.

Abril 11 de 1878.

Madrid 15 de Abril de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA-ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.